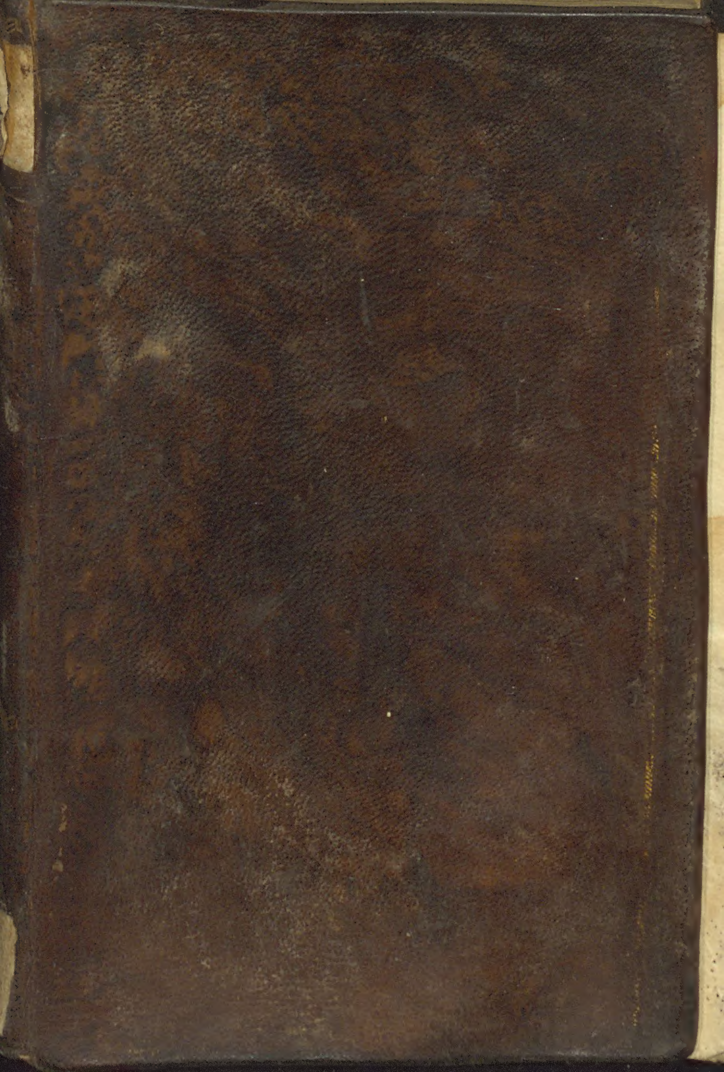
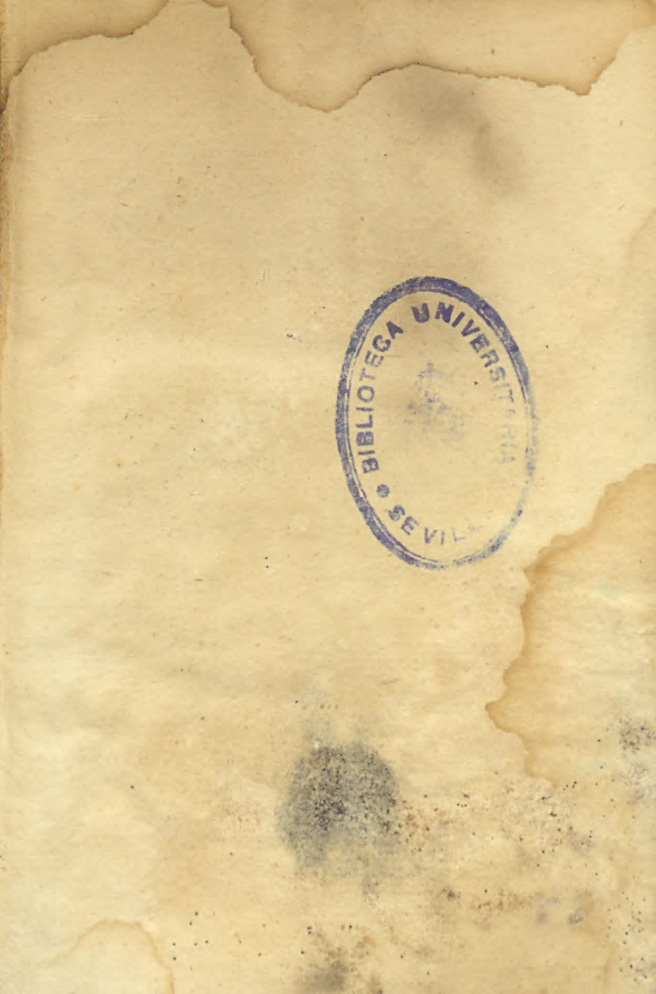






Imprenta de I. Sancha; calle de la
Concepcion Gerónima, n.° 31.


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVIL



Pues bien, moriremos juntos exclamó con acento desesperado: Cristabela!.... mi unica esperanza..... Tom. II. Pag. 205.

EL PEREGRINO

ó

CRISTABELA DE MOWBRAY,

NOVELA INGLESA

de Isabel Helme,

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR DON RAMON DE UGENA.

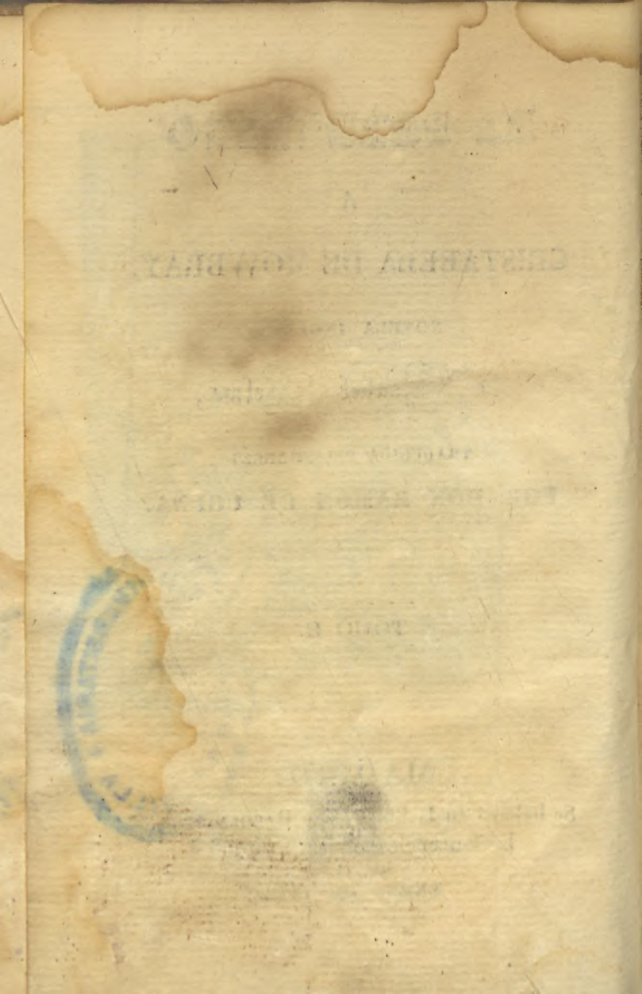
TOMO II.

BIBLIO UNIVERSITARIA SEVILLA

MADRID:

Se hallará en la librería de Razola, calle de la Concepcion Gerónima, n.° 3.

ENERO DE 1832.



—¡Oh cielo, y he de deber tan singular beneficio á un hombre que me es enteramente desconocido!.... Ah! perdonad si no puedo expresaros mi gratitud: casi he perdido el uso de la voz, y hace muy pocas semanas que mis ojos han vuelto á ver la luz del astro que nos alumbra. Pero si he de juzgar por ese vestido, vos sois caballero de la Santa Cruz,.... ¿me atreveré á presentarle la mano de un desventurado?....”

Al decir estas palabras hizo ademan de extender su mano hácia el baron, pero recordando la situacion en que se encontraba y los miserables andrajos que le cubrian, la retiró precipitadamente. Entonces apoderándose de ella el baron le dijo: “No perdamos el tiempo inutilmente: no es este lugar á propósito para entrar en explicaciones.” En seguida llamó al mercader para tratar del rescate del desconocido.

Viendo el sarraceno el deseo del baron en comprar aquel esclavo, pidió un precio exorbitante sin embargo de haberle adquirido por una despreciable cantidad de un subalterno del gobierno que se habia apoderado de él al tiempo de cumplir con una órden que imponia pena de muerte y

confiscacion de bienes á un individuo cuyas riquezas habian excitado la codicia del monarca.

El baron no replicó una sola palabra; pagó sin detenerse la suma pedida, y volviéndose despues á su nuevo amigo le dijo con tono afectuoso; "Sois libre, y vivid seguro que procuraremos por cuantos medios estén á nuestro alcance haceros olvidar vuestros padecimientos. ¡Ojala nos permita el cielo llegar pronto, sanos y salvos á Europa!"

El extrangero quiso responder, pero estaba demasiado conmovido, y cuando el baron repitió por segunda vez se hallaba libre, no dió otra respuesta que mirarle con sorpresa como dudando de la realidad de lo que acababa de oir. Entonces Fitz Hugo y el baron asiéndole cada uno de un brazo echaron á andar hácia el campamento, donde Pointz le obligó á tomar algun alimento, invitándole á descansar en su lecho, y despues de haber mandado á Gregorio le diese uno de los mejores vestidos de su uso, salió de la tienda.

CAPÍTULO II.

Solo una hora durmió el desconocido: cuando despertó se encontró mas aliviado del peso que parecia oprimirle, y su actual situacion se presentó á su memoria como un sueño de los mas lisonjeros; pero esto no era bastante á tranquilizarle. Ignoraba el nombre de su bienhechor, y consideró como un rasgo de ingratitud su descuido en no haberse informado antes como debiera. Para reparar esta falta se levantó prontamente y no hallando en la tienda mas que á Gregorio le preguntó quien era su amo y como se llamaba.

—Mi amo, respondió el criado, es uno de los mas amables y poderosos señores de Inglaterra. Se llama el baron De-Pointz.

—¡El baron De-Pointz! replicó el extrangero sorprendido. ¡Qué, será tu amo el baron De-Pointz! Esto no es posible.

—¿Y por qué no? Os aseguro que se llama Felipe De-Pointz, y que es hijo del

baron Gilberto. Esto es tan positivo como que vos estais vivo y libre.

— ¡ Libre ! respondió prontamente el desconocido..... ¡Libre!.... Solo con la muerte..... Despues de un momento de silencio continuó : "Dame un vaso de agua ; la poca sangre que me han dejado mis penas y desgracias se ha retirado de repente hácia el corazon....." Luego que volvió un poco en sí prosiguió : "El baron De-Pointz es tu señor : ¿ qué edad tiene ?

— Veinte y tres años.

— ¿ Qué se han hecho sus padres ?

— Han fallecido, y los bienes que le dejaron se han aumentado con el dominio de Latimer que por su muerte le legó Lady Cristabela.

— ¿ Quién era esa muger ?

— Esto es lo que no podré deciros con certeza. Solo sé que era hija de un amigo de la baronesa de Pointz. Su madre, hija de un infiel y de una singular belleza , se convirtió á nuestra santa fé, y la encomendó antes de morir á los cuidados de la baronesa que ha cumplido fielmente este encargo."

Al oir estas palabras el extrangero estuvo á punto de desmayarse. "¿ Y qué re-

laciones tenia con tu amo esa jóven? preguntó con interés."

— Lo ignoro. Seria prima suya, ó mas bien la amistad la decidiria á hacerle tal legado."

La llegada de Pointz interrumpió esta conversacion. Vio con sumo gusto vestido al extrangero cual convenia á la nobleza que se dejaba ver en toda su persona. Pero esta observacion dió pronto cabida á otra muy diferente. Le pareció que lejos de manifestarse sensible al placer de haber recobrado su libertad, se entregaba á una tétrica melancolía que excitó su compasion. "Permitidme, le dijo con dulzura, que os ofrezca mi tienda. La habitaremos juntos, y cuando nos conozcamos mejor me lisonjeo que llegaré á merecer vuestra amistad."

El desconocido le miró con atencion: su corazon daba fuertes latidos en el pecho, y recuerdos dolorosos hicieron correr por sus mejillas abundantes lágrimas.

— Largo tiempo ha, dijo, que el llanto no baña mi rostro. He pasado muchos años en un calabozo, sin distinguir el dia de la noche, en donde no tenia otro arbitrio para medir el tiempo que la renovacion de los males causados por el hambre, ni otros

medios de sostener mi existencia que un pan negro y agua salobre y corrompida.''

El baron no pudo contener una justa imprecacion contra los autores de tantos males, y tratando de persuadirle al olvido de lo pasado añadió: "Seguramente hallareis en Inglaterra dulces consuelos.

—Ninguno ¡ah! ninguno, respondió suspirando. Estoy muy cierto de que no he de hallarlos.

—Pero al menos espero no me negueis la gracia que voy á pediros. Ó yo me engaño mucho ó el honor es tan inseparable de vos como la tristeza. Sed pues el que guie á Felipe De-Pointz en la carrera de la gloria, y en recompensa él cuidará de ayudaros á sufrir los golpes de la desgracia que os oprime.''

—Jóven, no os comprometais á tanto: temed exponeros algun dia al arrepentimiento, sin embargo que no tengo porque reprenderme de haber ofendido á nadie voluntariamente. Pero..... ¿no me habeis dicho que os llamabais Pointz? Repetidlo os ruego. La tristeza y el pesar me han hecho perder la memoria..... Yo..... yo tenia tambien un protector, una esposa, una amiga..... Olvidemos, olvidemos estos tris-

tes pensamientos..... Mis ideas se pierden..... ¡Ay! continuó despues de un momento de silencio..... y ahora soy esclavo.... ¡yo esclavo!

Una mezcla de tristeza y de orgullo parecia que trastornaba su razon: estaba fuera de sí. Pointz le tomó la mano afectuosamente diciendo: "Las penas que os afligen son sin duda horribles, y su impresion segun véo no se borrará jamas de vuestra imaginacion; pero ¿será justo que las desgracias pasadas os hagan insensible á los bienes presentes? Bendito sea el cielo que me ha elegido para ser el libertador de un hombre á quien me hallo tan dispuesto á respetar. Consolaos amigo mio; yo seré vuestro hijo, consentid vos en servirme de padre."

Á este tiempo entraron en la tienda Fitz Hugo y Beltran: los ojos del desconocido y los del jóven se encontraron como por un movimiento simpático. "Ven querido Beltran, dijo el baron al verle: quiero presentarte á mi nuevo amigo que no tardará en serlo tuyo si mi corazon no me engaña. En tu edad ya conoces los pesares: mira á este hombre respetable que ha arrastrado por muchos años los hierros de la mas dura esclavitud. Procuremos no hablarle mas

que de cosas que le proporcionen algun consuelo, y amortigüemos si es posible los recuerdos que no le sea dable desechar de su imaginacion."

Beltran sin responder al baron se acercó al desconocido á quien una taciturna desesperacion tenia inmóvil como una estatua, y tomando su mano afectuosamente le dijo: "Hombre interesante, el baron De-Pointz cree que debemos amarnos; yo deseo que no se engañe, mas no me atrevo á lisonjearme de ello. Me mira con demasiada indulgencia, y mi corta edad.....

— ¿De dónde sois? le interrumpió con viveza el extrangero: estoy impaciente por saberlo.

Beltran admirado de oir esta pregunta y de las penetrantes miradas que le dirigia creyó que habia perdido la razon.

—Conozco, respondió, que nuestra presencia os molesta, el reposo os es ahora muy necesario. Entregáos á él, y nosotros nos encargaremos de velaros alternativamente.

—Quizá hay algun desorden en mis ideas, aunque no tanto como imaginais, Pareceis cristiano, pero decidme: no teneis parientes sarracenos?

El jóven peregrino se avergonzó al oir esta pregunta y guardó silencio, pues se ruborizaba de que se creyese pertenecia á una familia de infieles.

—Sin duda que su tez es la que os induce á ese error, dijo entonces el baron: Beltran es un peregrino que nos ha seguido; es uno de mis amigos y ha venido de Inglaterra.

—Creí que venia del cielo, replicó el extrangero con voz melancólica: no por su tez sino por su voz es por la que creí reconocerle. Perdonad, añadió, no soy dueño de mí mismo: los acontecimientos que pasan por mí hace algunas horas han dado á mi alma un golpe aun mas violento que todos los años que he pasado en el cautiverio. Permitid que me retire de vuestra presencia para ver si puedo calmar los diversos afectos que me agitan.

Dicho esto se marchó al aposento que le habian destinado en la tienda, y Beltran manifestó la compasion que le inspiraba la suerte de aquel hombre, cuyo nombre preguntó al baron.

—El único que nunca se invoca en vano, respondió: es un desgraciado.” El jóven estrechó con ternura la mano de

Pointz; pues con sola esta expresion daba á entender los motivos que le habian impedido fatigar al desconocido con preguntas, por las cuales solo habria dejado traslucir una desconfianza injuriosa é impertinente.

CAPÍTULO III.

Gregorio tuvo órden de su amo para permanecer junto al lecho del extrangero, y ofrecerle en caso de necesidad sus servicios. Las dos veces que se acercó á él le halló desvelado; pero á la tercera le pareció estaba dormido. Sin embargo, al mirarle con mas atencion advirtió que su sueño era agitado, y que sus ojos derramaban abundantes lágrimas. Sobresaltado el baron con esta noticia entró apresuradamente en la estancia, y le encontró, no durmiendo como creia Gregorio, sino aletargado por efecto de una ardiente calentura y sumamente abatido. Á pesar de sus razones no le permitió levantarse, obligándole á permanecer en el lecho, man-

dando al mismo tiempo se dispusiese otro para él.

La fiebre fue tomando mayor incremento; y por espacio de algunos dias, en los cuales el enfermo estuvo entregado á los accesos de un delirio espantoso, llegó á temerse por su vida. Aunque manifestaba la mas viva y sincera gratitud por los cuidadosos esmeros que le prodigaban, se notaba sin embargo una absoluta indiferencia respecto de su vida, y á pesar que su debilidad no le permitia incorporarse sin ayuda, jamas se le oyó proferir ninguna queja en todo el tiempo que duró la enfermedad. El baron y sus amigos no se apartaban de él velándole por turnos, y aprovechando los momentos en que le veian mas tranquilo para reanimar su valor y sus esperanzas. No fue Beltran el que menos parte tuvo en tan caritativo ejercicio; colocado á la cabecera del enfermo dirigia fervorosas súplicas al Eterno por la salud de aquel á quien continuamente veia sumergido en un profundo letargo. El extrangero no apartaba la vista de él, dando muestras de la mayor alegría cuando oia el agradable sonido de su voz.

Por fin el éxito coronó tantos esfuer-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

zos. El enfermo recobró insensiblemente las fuerzas, y pronto sus amigos perdieron el temor que habian tenido de perderle. Un dia que Pointz le vió mas tranquilo y en mejor disposicion para conversar con él le preguntó su nombre. "Yo no sé respondió, si despues de tantos años como he pasado en el infortunio habrá alguno que quiera disputarme el derecho de llevar un nombre ilustre, aunque en todo caso no procuraré reclamarle, pues que el mundo y sus honores han perdido para mí todo su atractivo. Llamadme Jacobo, Milord, mas adelante no tendré ningun secreto para vos; pero ahora no me hallo con la fuerza necesaria para referiros el pormenor doloroso de lo que he sufrido.

—No pensemos en ello, respondió el baron. Lo mas importante en este momento es que trateis de fortalecer vuestro ánimo, y que os penetreis de la viva y síncera amistad que os profeso."

Al cabo de pocos dias Jacobo se halló en estado de dejar el lecho. Pidió recado de escribir, y despues de emplear bastantes horas en esta ocupacion, mandó á Gregorio llamase al baron y sus amigos.

—Milord, dijo al verle, acabo de con-

cluir un asunto que miro como el mas indispensable; y solo me resta suplicaros os encargueis de guardar estos pliegos poniendo en ellos vuestro sello, al que deberá acompañar el de dos caballeros de la cruz, como individuos de la clase á que yo pertenecí en otro tiempo. En vuestras manos voy á depositar mi testamento. Si acaso llego á morir sois dueño de leerle; pero si se verifica mi arribo á Inglaterra tendré forzosamente que hacer nuevas disposiciones, y entonces os lo reclamaré.”

El baron envió inmediatamente en busca de otro cruzado, que puso su sello junto al del baron y al de Fitz Hugo.

Concluidas estas formalidades, Jacobo presentó el pliego á Pointz, diciéndole. “No soy rico, Milord, pero no dudo que despues de mi muerte cumplireis mi última voluntad del mejor modo posible. Este escrito os descubrirá al mismo tiempo quien soy: en él vereis la causa de un silencio que acaso á vuestros ojos tenga ahora todos los visos de la mas negra ingratitud; mas estoy persuadido á que merecerá vuestra aprobacion cuando llegueis á saber los motivos que me obligan á no hacer de vos una total confianza en este momento.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SEVILLA

—Mi curiosidad, replicó Pointz, no pasa de aquello que juzgueis conveniente decirme. Acepto la comision que me encargais, y la miro como una prueba de vuestra amistad. Ruego y rogaré al cielo que llegueis á Inglaterra, y que me pidais este pliego en una ocasion mas feliz.

—¡Ah! la felicidad se concluyó para mí, y por grande que sea el deseo que tengo de volver á mi patria, conozco que su vista despertará en mi alma los mas dolorosos recuerdos.

La melancolía de Jacobo siempre era la misma; pero Pointz observó con el mayor placer que iba restableciéndose de dia en dia; y como el mal estado de su salud fue lo que retardó la marcha de los cruzados de aquel sitio se aprovecharon de su convalecencia para levantar el campo: se determinó descansar dos dias cerca de la capilla de San Juan, á la que todos los peregrinos acudieron al siguiente de la llegada para asistir al oficio divino. Pointz, Jacobo, Fitz Hugo, Beltran y sus amigos fueron reunidos. . . . .

Como estaban aun fatigados de la marcha llegaron algo tarde y á tiempo que acababan de concluirse las primeras ora-

ciones, y en que se principiaba una misa solemne por el alma de Roberto de Mowbray, conforme á la fundacion secreta hecha por Pointz. Toda la capilla estaba iluminada con la multitud de cirios que ardian delante de la imágen de san Juan, y los mas exquisitos perfumes se quemaban en un incensario de oro colocado sobre el altar, junto al cual se veia un gran cartel, en él que estaban escritas con gruesos caractéres estas palabras:

"Se encarga á todos los fieles rueguen al »Todopoderoso por el descanso del alma de »Roberto de Mowbray, muerto valerosa»mente en defensa de la Fé delante de »Acre, el año del Señor de 1190."

Pointz, que habia guardado el mayor secreto aun á Fitz Hugo sobre la visita que hizo á los religiosos de San Juan, se alegró mucho de llegar al momento de empezarse la misa, y se arrodilló con la mayor devocion, Beltran siguió su ejemplo. El baron atribuyó el interes que su amigo manifestaba por la memoria del desgraciado caballero por quien se hacian aquellos sufragios, á la lectura del manuscrito; pero él no atendia á nada de cuanto le rodeaba dando muestras de un profundo re-

cogimiento, igualmente que Maynard, Alan y Fitz Hugo. Solo Jacobo estaba de pie mirando alternativamente á todas partes con una atencion que excitó la del baron.

—Amigo mio, le dijo en voz baja, la confusion que veo en vos nace sin duda del tiempo que ha mediado desdé que no habeis podido participar de nuestras augustas ceremonias. Oramos por un valiente y desgraciado caballero, y yo dirijo mis súplicas al cielo por su reposo, no obstante la enemistad que existió entre él y mi familia. Espero que no rehusareis unir vuestras oraciones á las mias.

—Sí, dijo Jacobo arrodillándose al lado del baron: quiero rogar por todos los pecadores, y particularmente por Roberto de Mowbray. La muerte es el fin de todos nuestros trabajos: los que han perecido no estan ya á merced de los hombres, y solo para ellos existe la felicidad.

El oficio fue largo y solemne. Los peregrinos oraron con un fervor ejemplar, y concluida la misa se retiraron penetrados de una veneracion religiosa y de un sentimiento de piedad hácia el héroe que en la flor de su edad habia llegado al mas alto grado de gloria, y dejado una reputacion

tan justamente adquirida de valor, virtud y grandeza de alma.

Al salir de la capilla Pointz tomó por el brazo á Jacobo, que abismado en sus reflexiones guardaba un profundo silencio.

—Sabed amigo mio, le dijo, que al entrar en la capilla creí ver en vos cierta repugnancia á mezclar vuestras súplicas con las nuestras; mas una segunda reflexion hizo retractarme de este mal juicio. Sois, lo conozco, demasiado noble para aborrecer aun despues de muertos á aquellos de quienes tendriais motivos para quejaros durante su vida........ ¿Habeis conocido en vuestra juventud á Roberto de Mowbray?

—Sí, Milord, y ojala mi alma tenga el reposo que le deseo. Era como nosotros caballero de la cruz, y tenia el honor de militar bajo las banderas de Ricardo, Corazon de Leon. Sois demasiado jóven para haberle visto; pero sin duda conocereis á alguno de sus parientes, pues estos honores religiosos tributados á su memoria indican, á no dudarlo, que aun existe alguno.

—¡Ah! ya no queda ninguno. Su desventurada hija murió á la edad de diez y ocho años. Yo no la he conocido; pero todos convienen en que era un modelo

de prudencia, de virtud y de belleza. Mi madre la amaba como si fuera su hija. Al morir la dejó por heredera de una posesion considerable, que por un escrúpulo infundado no queria admitir á pretexto de que me perjudicaba: al fin me la ha legado por su testamento.

—Ojala el cielo la cuente entre los bienaventurados, replicó Jacobo: su madre era sarracena de nacimiento, y su abuela la mas virtuosa de todas las mugeres.

—Teneis razon, ambas sobrevivieron á Mowbray: contadme, os suplico, las particularidades que les conciernen, y de que teneis sin duda noticia.

—Yo no sé otras que las de que vos mismo parece os hallais enterado.

—¿Visteis morir á Mowbray?

—Sí, habia ya desarmado a Achmet que mandaba el ejército de los infieles bajo las inmediatas órdenes del Soldan. Su cualidad de padre de la esposa de Mowbray contuvo varias veces el brazo de este. Este que trataba de conservar la vida de un monstruo, á quien ni los vínculos del parentesco ni su religion enseñaban á respetar nada. Encarnizado contra Mowbray espió para atacarle el instante en que

á la cabeza de un corto destacamento le vió separado del grueso del ejército. Corria tanto menos peligro, cuanto que aquel cuya sangre deseaba derramar no hacia mas que evitar sus golpes, pues su empeño no era otro que el de desarmarle, procurando con todo cuidado no herirle. En este tiempo se vió Mowbray rodeado de una multitud de enemigos que le hirieron por la espalda, mientras que Achmet aprovechándose de esta circunstancia le atravesó la cimitarra por el pecho.

—Malditos infieles, exclamó Pointz. ¿Estábais cerca de él en aquel momento?

—Muy cerca: le ví caer con mis ojos.

—Mowbray tenia tambien uno de sus amigos á su lado, Laroche...... ¿Le habeis conocido?

—Jacobo Laroche ¡ah! Y mucho. No estaba muy lejos del parage en que sucedió aquella desgracia; pero su posicion no le permitió acudir al socorro de su amigo. Yo creia que habia perecido en aquel combate en que tuve la desgracia de caer prisionero.

—Laroche fue mucho mas dichoso, pues aunque la gravedad de sus heridas hizo temer por su vida, al fin sanó. Á su vuelta á Inglaterra abrazó el estado religioso, y

de su esposa, y aun á mí mismo de los dulces alhagos de una madre? Oh esta es una desgracia de la que jamas me consolaré.

—He ahi una grave acusacion; y es preciso que yo esté muy mal informado: dejemos pues este asunto.

—Perdonad: no es mi ánimo ultrajar la memoria de Mowbray: le estimo aun sin haberle conocido, y le miro como un hombre de honor; pero yo no puedo ser insensible á las injurias de mi padre, y mi mayor pena es hallarme en la imposibilidad de vengarle.

—No permita Dios que yo trate de acusar á un padre delante de su hijo; mas ya que segun parece estais tan bien instruido en los pormenores de su contienda, juzgad con imparcialidad, y ved si Mowbray no tenia mas justos motivos de queja contra él...... Por fin, decidme, ¿si hubieseis estado en su lugar qué hubierais hecho?

El baron estuvo un rato pensativo, y al fin dijo:

—Mowbray ha sido desdichado, convengo en ello; pero Gilberto de Pointz era mi padre, y no debeis extrañar que su hijo piense de este modo.

—No, Milord, lejos de vituperaros alabo vuestra piedad filial; pero el ofensor y el ofendido descansan actualmente en paz. Quede pues lo mismo todo lo que les concierne.»

Asi se terminó una conversacion cuyo resultado fue el de redoblar la recíproca estimacion que los dos nuevos amigos se profesaban á pesar de la diferencia de sus opiniones.

Al dia siguiente llevado de la curiosidad, ó acaso de otro motivo mas poderoso, se levantó Jacobo muy de mañana y se dirigió solo á la capilla de San Juan con objeto de preguntar á los religiosos el nombre de la persona que habia ordenado se hiciesen aquellos sufragios por el alma de Roberto de Mowbray. Ellos respondieron que no les era permitido decirle otra cosa sino que aquella fundacion habia sido acompañada con ricos presentes, tanto para la iglesia como para el convento, esto fue cuanto pudo averiguar.

Á su vuelta al campo vió muchos preparativos para la marcha. Procuró no hablar de un asunto que sabia era desagradable á Pointz, y no pronunció el nombre de Mowbray ni habló de la visita que

acababa de hacer á la capilla de San Juan.

Al otro dia se emprendió la marcha y llegaron á las cercanías de Joppé, donde el gran número de enfermos les obligó á detenerse antes de hacerse á la vela.

Durante su permanencia en aquel sitio se paseaban muchas veces en un bosque contiguo al campamento, únicamente frecuentado por algunos paisanos que le atravesaban al volver de sus faenas diarias, y que evitaban con sumo cuidado la presencia de los cristianos.

Un dia que el baron estaba ocupado con los demas gefes de la expedicion en concertar las medidas para el embarque, Jacobo y Beltran dirigieron sus pasos hácia el bosque. Discurrieron largo tiempo por él hasta llegar á un edificio cuyas ruinas descubrian aun las señales de su antigua magnificencia. Beltran se detuvo á examinarle, y dió á entender cuanto se holgaria de saber cual pudo ser su primer destino, y porque le habian dejado arruinar de aquella manera.

—Conozco muy poco el pais, respondió Jacobo, á pesar de que le he habitado muchos años; pero por la posicion y las murallas que le rodean presumo que

este edificio perteneció en otro tiempo al gran Visir Achmet. Éste era, segun todas las apariencias el teatro de sus atrocidades, y en donde los cristianos que por su mucha desgracia caian en sus manos encontraban su prision y sepulcro á un tiempo. ¡Desventurado! Murió, y su sucesor despojado de sus inmensas riquezas por el Soldan, cayó víctima del fatal cordon so pretexto de conspirador contra el estado.''

Esta narracion despertó vivamente todos los afectos de Beltran. Se informaba con el mayor interés de todas las particularidades que Jacobo le decia, teniendo sus ojos fijos en aquellas ruinas, hasta que por último rompió en un copioso llanto.

—¿Por qué llorais? le dijo Jacobo sorprendido? ¿Qué pesares pueden excitar en vuestra alma estas ruinas?

—Perdonadme: yo mismo me avergüenzo de semejante debilidad. Cuanto mayores son las penas que sufrimos, tanto mayor es el ánimo que ellas nos infunden para soportarlas; al paso que las mas ligeras suelen excitar nuestras lágrimas y sensibilidad. Acabais de decirme que

pente, y exclamó con una voz que llenó de terror á Beltran:

—No me habia engañado; esta es la entrada del calabozo. He ahí la horrible cueva donde Achmet privaba hasta de la luz á sus infelices esclavos, y en la que se les daba sepultura cuando el aire infecto de esa cloaca les habia hecho perecer.

—Entremos, dijo Beltran con resolucion; mi corazon desecha toda especie de temor: estoy impaciente por penetrar en lo profundo de ese abismo para pedir á Dios por el descanso de los desgraciados que la muerte ha reunido en él."

Una resolucion tan repentina de parte de Beltran sorprendió á Jacobo, pues conocia su timidez; pero atribuyendo á la religion este esfuerzo sobrenatural respondió: "Amigo mio, si os sentis con valor para entrar yo os acompañaré. No será dificil levantar esta reja, bajo de la cual veo escalones, pues regularmente los habran conservado porque una cueva no ofrece nada que pueda tentar la avaricia, y los que han llegado hasta aquí no habran tenido la curiosidad de penetrar en un parage cuyo nombre solo basta para inspirar horror."

Al decir esto levantó la reja con bastante trabajo. Concluida esta operacion miró á Beltran y le dijo: "Reflexionad bien lo que intentais pues aún teneis tiempo. Los mas nobles principios os sostienen contra las impresiones á que acaso tendreis mucho trabajo en resistir cuando los objetos se presenten á vuestra vista bajo los mas espantosos coloridos. Nada tenemos que temer por la vida, pero es una prueba muy fuerte el espectáculo de la muerte. Consultad con vos mismo si os hallais con el valor suficiente para soportarle.

—Aunque deba perecer no retrocederé," y sin detenerse echó á andar por la escalera; pero Jacobo le detuvo y exigió de él que caminase á su lado.

La abertura daba paso á un rayo de luz que apenas bastaba para alumbrar los objetos. Despues de haber bajado muchos escalones llegaron á una pieza pequeña, en donde habia un poco de paja y una botella de cuero. Continuaron su marcha hasta el fondo de la cueva en la que la luz era mas débil, aunque suficiente para no privarles de ver cosas capaces de inspirar espanto al hombre mas resuelto: tales eran una puerta muy gruesa medio abierta, llena de cer-

rojos y una porcion de enormes cadenas sueltas. Jacobo la abrió enteramente, y el ruido que hizo al girar sobre sus goznes resonó espantosamente en las bóvedas del subterráneo, imprimiendo en el alma de Beltran un terror que no fue dueño de contener.

Abandonándole el valor que habia mostrado al principio corrieron de sus ojos lágrimas amargas, y se arrodilló para encomendar al Eterno las almas de los que habian perecido en aquel sitio de horror. Jacobo siguió su ejemplo, y ambos abismados en la mas silenciosa y profunda devocion, permanecieron largo tiempo entregados á su triste melancolía.

El calabozo era espacioso, y los rayos de luz aunque muy débiles para dejar distinguir perfectamente los objetos, comunicaban demasiada claridad para alumbrar todo el recinto. Aún permanecia Jacobo de rodillas recorriendo el subterráneo con la vista, cuando le pareció que en el estremo opuesto á ellos habia un hombre parado. No estando muy seguro de ello se mantuvo siempre en la misma posicion, echando sin embargo mano á la espada, sin apartar los ojos del sitio donde veia moverse de cuan-

do en cuando el objeto que habia llamado su atencion.

Convencido al fin de que no se engañaba se levantó con precipitacion diciendo: "Temo que nuestra imprudencia nos haya hecho caer en manos de los bandidos que sin duda se refugian en este calabozo. Pero nada temais: seguidme que el cielo nos ayudará y saldremos libres de todo riesgo.

Jacobo sacó entonces su espada, y Beltran sin responderle hizo lo mismo con la daga que llevaba debajo del vestido, siguiendo sus pasos. El primero se adelantó hácia el hombre que ya principiaba á distinguir claramente, y asiéndole por el cuello le dijo en lengua árabe:

— Quién eres? por qué razon te ocultas aquí? Habla ó te quito inmediatamente la vida.

— Á todo me hallareis dispuesto, respondió el sarraceno, pues no me espanta la muerte: hace tres meses que oculto en este subterráneo vivo asaltado de un continuo temor, privado de luz y de aire, sin mas alimento que los higos y dátiles que hallo en el jardin de este edificio, ni otra bebida que agua salobre y corrompida. Por vuestros trages conozco que sois cristianos,

y por consiguiente enemigos mios; herid pues y libradme del insoportable peso de una mísera existencia, de la cual hasta ahora no he tenido yo el valor necesario para librarme.

—Ven á la claridad, dijo Jacobo, y ve en medio de nosotros. Si meditas alguna traicion contra cualquiera de los dos, el otro te atravesará inmediatamente el corazon.

—No tengo mas que una arma oculta entre la paja en un rincon de este calabozo. Mas de una vez he tenido intencion de reclamar la proteccion de los cristianos acampados en las cercanías, y lo hubiera hecho á no detenerme el odio que profesan á los de mi nacion.

—Los cristianos no aborrecen á nadie; tu vida seguramente está proscripta en este pais por haber quebrantado sus leyes.

—Jamas: todos me creen muerto. He venido del Cairo á refugiarme aquí con la precaucion de no caminar sino de noche, ocultándome de dia en los bosques.

—En otra ocasion podremos explicarnos mas claramente. Salgamos de aquí sin dilacion."

Jacobo obligó al árabe á subir con él la escalera del subterráneo. Llegados á la

luz del dia Jacobo y Beltran le examinaron escrupulosamente. Tendria muy cerca de treinta años y era de una estatura bastante regular. Su rostro flaco y descarnado atestiguaba la verdad de lo que les habia dicho, haciéndole mas bien un objeto de compasion que de terror.

Le condujeron á la tienda de Pointz, quien desaprobó la temeridad de sus amigos en visitar sin escolta aquel calabozo, aunque proponiéndose recorrer él mismo aquellas ruinas, no dudando fuesen las del harem de que hablaba Cristabela en sus memorias, y en el cual ayudó María Lapole á su padre á salvarse.

El sarraceno, testigo de los preparativos de marcha que se hacian en el campo, expresó sus deseos de seguir á los cruzados á Europa; pero viendo la desconfianza con que se le miraba, juró por todo lo que el islamismo tiene de mas sagrado, que no era culpable de ningun crímen.

—Si eso es asi, respondió Jacobo, dinos tu nombre. Yo salgo garante de tu seguridad si dices la verdad.

—Ningun interés tengo en ocultarla, y me creeria demasiado feliz si lograse dejar un pais en que he visto hollar los mas sa-

crosantos derechos de la naturaleza. ¿Habeis oido hablar del gran visir Achmet?

— Mucho.

— Pues á ese debo la vida.

— ¡Será posible! Pero no; esa es una falsedad. Achmet no tenia mas que dos hijos: Othman el mayor pereció con el fatal cordon, y Achmet, víctima de las mas infames maquinaciones.

— ¡Ay de mí! Ese Achmet soy yo. He escapado de la muerte en tanto que mi hermano ha pagado con la suya la pena debida al crímen que habia meditado."

Jacobo asombrado de lo que oia, rogó á Achmet refiriese un suceso tan extraordinario, y prometió á sus amigos contarles cuanto dijese del sarraceno. Éste comenzó su narracion en estos términos.



CAPÍTULO V.

«El visir Achmet, el amigo del Soldan y el azote de los cristianos, era mi padre y el de Othman. Tenia ademas una hija habida en una esclava cristiana, que se fugaron á Europa con un cautivo inglés, cuya circunstancia aumentó la aversion de mi padre hácia los de aquella nacion y su creencia.

Achmet mostraba una predileccion decidida por Othman; y esta injusta distincion que establecia entre sus hijos mortificaba bastante á mi madre.

Á medida que ésta iba entrando en edad se debilitaba el cariño de mi padre, pues necesitando de nuevos objetos para excitar sus apetitos, se dedicó á obsequiar á otras jóvenes bellezas que hacia venir de todos paises. Pero ninguna podia quitarla su primacía por la cualidad que tenia de madre, y á cuya prerogativa debió el favor de ser enviada al harem que ahora

acabais de ver destruido, y donde me habeis encontrado. La favorita cristiana de que os he hablado, y que se llamaba María, se habia fugado de él poco tiempo antes de la llegada de mi madre, en cuya época tenia mi hermano trece años y yo once. Quedamos con mi padre, á quien seguíamos en los diferentes viajes que hacia á Acre, á Jerusalen y al Cairo.

Aunque mi madre no era ya el objeto de su cariño, no por eso habia perdido enteramente la influencia y los derechos que en otro tiempo ejerció sobre su corazon. Asi era que no omitia ningun medio ni gasto para complacerla, dándome todos los años permiso para que fuese á pasar en su compañía una temporada; señal de ternura que rara vez recibió por parte de Othman.

El cuarto año que fuí á visitarla, salí de Jerusalen acompañado de mi ayo Alí y de diez soldados; mas al atravesar el desierto perdimos el camino y anduvimos errantes parte de la noche, hasta que á la debil luz de la luna distinguimos cerca de nosotros las paredes de un cementerio. Esto nos hizo creer que no estábamos muy distante de alguna poblacion; pero inciertos

sobre la direccion que deberiamos seguir para llegar á ella, determinamos hacer alto y esperar la venida del dia. Alí me aconsejó descansase un rato sobre las mantas de los caballos con las que mandó preparar una cama; pero no quise obedecerle, y le propuse me acompañase á dar un paseo alrededor del fúnebre edificio. La claridad de la luna permitia distinguir los objetos, y viendo con sorpresa una de sus puertas abiertas, entramos en aquel recinto; mas al empezar á examinar los sepulcros, un gemido sordo y lastimero hirió nuestros oidos. Nos paramos un momento para cerciorarnos mejor, y pronto quedamos convencidos de que no nos habiamos engañado.

Acudimos con presteza al sitio de donde partian los quejidos, y ¡cuál fue nuestra sorpresa al ver una muger tendida en tierra, próxima á espirar y estrechando contra su helado corazon una niña de cuatro años profundamente dormida!

Alí la dirigió la palabra, mas ella no estaba en estado de responderle. Entonces salió á la puerta del cementerio y llamó á dos soldados que la levantaron mientras yo tomaba en mis brazos á la niña. ¡Oh Selima, desde aquel momento la irresistible

voz de la naturaleza formó entre nosotros la mas dulce simpatía! Yo te estreché contra mi corazon y tu me pagastes esta caricia con una sonrisa cariñosa: tus brazos se dirigieron hácia mi cuello, y tus labios de coral imprimieron en los mios un inocente beso.

¡Oh grande Alá! exclamó Achmet interrumpiéndose: ¿Por qué permaneces tan tranquilo cuando la inocencia y la virtud son las víctimas de un raptor infame? Acaso no era yo merecedor de tan rico tesoro? Y cómo en este caso tu justicia no ha descargado su fuerte brazo sobre el culpable? Perdonad, dijo despues de una larga pausa; el recuerdo de mis penas extravía mi razon.

Reunimos todas las mantas y con ellas dispusimos una cama en la que se colocó á la madre de Selima despues de haberla dado á beber algunas gotas de un cordial, porque desde luego inferimos que su desmayo provenia de falta de alimento. Á la salida del sol tuvimos el gusto de ver que habia vuelto en su acuerdo, por lo que se la llevó en una especie de litera formada con las mismas mantas atada á dos mulos.

Yo tomé á Selima en mis brazos y la coloqué en el arzon de la silla. Durante el viaje la daba de comer, la dejaba reposar en mi pecho, y cuando despertaba me entretenia en enseñarla á pronunciar mi nombre. De este modo se pasó el camino hasta que despues de dia y medio llegamos al harem, pues nuestro extravío fue solo de pocas millas. Mi madre me recibió con el mismo cariño que siempre, y prodigó á las dos desgraciadas que llevé en mi compañía todos los cuidados que la dictaron su humanidad y mi recomendacion.

En pocos dias se restableció la madre de Selima lo suficiente para informarnos de sus desgracias. Nos dijo que su esposo era un mercader griego, y que para viajar con seguridad se habian aprovechado de la escolta de una caravana; pero que habiendo sido atacados por los árabes del desierto, la mayor parte de los que la componian quedaron cautivos ó perecieron en la defensa, de cuyo número fue el padre de Selima. Obligada á separarse de unos restos queridos, fue conducida por los bandidos á las montañas donde esperaban la llegada de un mercader de esclavos, á quien pensaban vender segun su costumbre los des-

graciados que habian caido en sus manos.

Sus penas se mitigaron en parte con la atrevida resolucion que tomó de fugarse, y no tardó en presentársela una ocasion favorable, pues un dia que casi todos los árabes se hallaban ausentes del aduar, y los pocos que habian quedado aletargados con el opio y profundamente dormidos, puso por obra su proyecto. Sin agua, sin víveres ni medios de obtenerlos en los desiertos arenales que tenia que atravesar, guardó los pocos víveres de que pudo proveerse para su niña. Cuando la socorrimos hacia dos dias que carecia de todo. Sus fuerzas estaban exhaustas por falta de alimento, sin haber podido hallar una gota de agua para refrescar sus abrasados labios. Al ponerse el sol de aquel mismo dia divisó á lo lejos las torres de una mezquita, con lo que recobró un poco de aliento; pero rindiéndose á la fatiga, y casi muerta de hambre, oscureció antes que pudiese llegar adonde deseaba, y se entró en el cementerio convencida de que no podia seguir su camino, viendo su puerta abierta como la de la tumba preparada para recibirla. Para concluir con estos tristes pormenores, el restablecimiento de la madre de Selima no

fue mas que momentáneo. Sus padecimientos habian minado su salud, y una lenta consuncion la llevó al sepulcro en menos de tres meses.

Selima era demasiado tierna para sentir su pérdida. Mi madre lo fue suya desde aquel momento, y su cariño para con ella era igual al que á mí me tenia. Pasaban los meses y los años: yo volvia siempre á ver á mi madre en una época determinada, y á medida que iba entrando en edad un nuevo atractivo me arrastraba hácia el harem. Á los quince años era Selima la obra mas perfecta de la naturaleza, y con consentimiento de mi madre la declaré mi amor que ella escuchó con benignidad, prometiéndome en recompensa una mútua correspondencia. Acordamos ocultar nuestro cariño á mi padre, que pronto á inflamarse á la vista de una belleza era capaz de emplear la fuerza para arrebatarme á Selima.

Nuestras precauciones fueron enteramente inutiles. Un eunuco que trajo unos pliegos de parte de Achmet vió á Selima en el harem, y á su vuelta hizo una pintura tan halagüeña de su belleza, que abrasó el frio é indiferente corazon de Othman, con-

cibiendo desde entonces los mas vivos deseos de cumplir con un deber en el que aún no habia pensado.

Fue con efecto al harem donde quedó deslumbrado con la vista de Selima, y la pidió para sí, no como amante sino como un dueño despótico. Negada por mi madre su peticion, se dirigió á su padre que tuvo la debilidad de acceder á sus deseos, y mandar que Selima fuese entregada á algunas esclavas y eunucos que envió en busca suya al harem.

Mi madre justamente ofendida de semejante violencia, se negó por segunda vez con mayor teson á cumplir con la órden de Achmet, con lo que me vi libre por algun tiempo de los temores que atormentaban mi corazon.

Pero desgraciadamente se descubrió nuestro amor, no obstante el cuidado que poniamos en ocultarle, y abusando Othman del ascendiente que tenia sobre mi padre obtuvo una órden del Soldan por la que se me ordenaba ir á Damasco.

Al pronto resolví llevar á Selima en mi compañía; pero cediendo á las súplicas de mi madre que temia la cólera de Achmet, me dejé persuadir de sus razones con tanta

mayor facilidad cuanto que me prometió no omitir medio alguno para velar en mi ausencia por la seguridad de la que yo amaba. ¡Ay! estaba reservada para mí la mas atroz de las desgracias. Mi madre despues de mi marcha se negó todavía dos veces á entregar á Selima; y estoy bien cierto de que hubiera cumplido exactamente su promesa sin el fatal influjo de mi suerte que contribuyó al logro de los proyectos de mis enemigos. Mi padre murió, y contra lo que yo esperaba me dejó el tercio de sus bienes. Esta disposicion no fue muy del agrado de Othman, que estaba decidido á no sufrir disminucion en sus riquezas ni oposicion en sus amores. Me hizo prender en el camino de Joppé, adonde volvia apresurado luego que supe la muerte de mi padre. Me cargaron de cadenas, y con una mordaza en la boca fui conducido á Jerusalen. . . .

Dueño mi hermano del poder, no conoció límites en su violencia y brutalidad. No tuvo ningun respeto á las órdenes ni á las lágrimas de mi madre. Selima fue arrebatada violentamente de sus brazos y llevada al Cairo. Yo fui puesto en un encierro, y mi custodia se confió á personas en-

teramente adictas á los intereses de Othman.

Yo no sé si le detuvieron sus temores ó sus remordimientos, lo cierto es, que pasó mas de un año sin que atentase contra mi vida; bien que en mi situacion hubiera mirado la muerte como el mayor beneficio comparada con los tormentos que oprimian mi cuerpo y mi espíritu. No se separaban de mi pensamiento Selima ni mi madre, y todas cuantas tentativas empleé para obligar al carcelero á que me descubriese su situacion fueron infructuosas. En este tiempo observé que redoblaba su vigilancia y severidad para conmigo, y que fijaba la vista en mí con un aire siniestro, de lo que inferí que Othman estaba de vuelta, y tenia intencion de deshacerse prontamente de mí. No se engañó mi pensamiento, pues que tal era su propósito. Habia obtenido licencia para pasar una temporada en el palacio en cuya vecindad estaba mi prision, y pensaba hacerme transportar lejos de allí; pero una órden superior le obligó á partir inmediatamente para comparecer delante del Soldan. La inquietud y los temores que de él se apoderaron con esta novedad, no le impidieron

disponer lo que debia hacerse durante su ausencia, y supe entre otras cosas que no se le habia olvidado mandar me quitasen la vida en el momento de su partida.

Una tarde que estaba meditando sobre el horror de mi situacion, vi abrirse de repente la puerta y dirigirse el carcelero hácia mí. En su rostro se veia menos ferocidad que lo acostumbrado, y despues de varias preguntas me dijo: si juraba por Alá y su profeta guardar el mayor secreto sobre lo que iba á descubrirme, por ser cosa que me tocaba muy de cerca. Respondíle que sí: hice el juramento exigido, y empezó por comunicarme las intenciones de Othman con respecto á mí. Le interrumpí diciéndole cuan poco caso hacía de la vida, y le supliqué me diese noticias de mi madre y de Selima, que era lo único que deseaba saber.

—¿Tu madre? respondió, descansa en el sepulcro. En cuanto á Selima, la fuerza en vez de los ruegos ha triunfado de su resistencia.''

No tuve aliento para oir mas, pues tantos y tan infaustos acaecimientos causaron en mí el efecto del rayo, y abandonándome á la mas cruel desesperacion me ar-

rojé furiosamente contra el suelo, y hubiera terminado mi odiosa existencia si hubiese tenido una arma á mano.

—Esos extremos son inútiles, dijo el carcelero, y en lugar de entregarte á la desesperacion disfruta del placer de la venganza. La vida de Othman está pendiente de un hilo, pues se han dado quejas contra él al Soldan, y segun todas las apariencias no se le volverá á ver. Selima me ha ofrecido por medio de una esclava fiel una suma demasiado considerable para que yo la rehuse..... Pero acuérdate de tu juramento: tu no puedes estar libre de él sino por la muerte de Othman.

—¿Dónde está Selima? exclamé. ¡Oh Mahoma! haz que la vea una vez y moriré contento.

—Está en el Cairo; pero no puedes verla porque correrías el mayor riesgo de presentarte en público. Existen tambien acusaciones contra tí por el cargo que tuviste en Damasco.

—Juro por Alá, repliqué que jamas tuve otro objeto que el bien general y los intereses del Soldan; y si la perfidia de mi hermano ha llegado hasta pintarme con otro colorido es un infame calumniador.

—Tu padre ha muerto demasiadamente rico, respondió el carcelero. El erario está pobre, y quizá no le pesará ver forjada una acusacion á cuya sombra pueda apoderarse de la herencia de ambos hermanos. Yo te proporcionaré los medios para huir, y haré creer á Othman que has muerto; pues me ha encargado muy particularmente le informe de estar ejecutadas las órdenes que sobre el particular me dió al partir.”

Aquella misma noche fui puesto en libertad: salí de la prision acompañado de un esclavo enteramente adicto á Selima, con el que no debia hablar hasta hallarnos á cierta distancia de la ciudad, por haberlo exigido asi formalmente el carcelero.

Apenas estuve en el campo dí libre curso á mi dolor y á mi curiosidad.

—Ya estais libre, dijo el esclavo; pero aun no he cumplido mas que una parte de mi comision pues me resta entregaros esta carta.

Tomé apresuradamente el papel, que abrí sin advertir que era de noche, y que por consiguiente no podir leerle. Juzgad cuan largo me pareceria el tiempo que tuve que esperar hasta que fuese de dia, y con

la luz enterarme de su contenido. Llegó por fin el momento deseado, y leí lo que sigue:

"Si esta carta llega á tus manos, ó mi »siempre querido amigo, verás que no te »olvido, á pesar de la insuperable barrera »que la suerte ha puesto entre nosotros. »Nuestra dicha se ha destruido para siem- »pre por los esfuerzos que la víctima ha »tenido que emplear forzosamente para re- »chazar la opresion. Aun espero volver á »verte, y entretanto es preciso que te con- »duzcas con una prudencia sin límites, »pues de ella depende no solo tu vida sino »tambien el conocimiento de un secreto »que no puedo revelar mas que á tí. Par- »ticípame que estás en salvo mas no fir- »mes."

Habia en esta carta un misterio que me parecia incomprensible, y que sin embargo reanimó mi valor. Marchamos toda la noche y dia siguiente por el desierto, hasta llegar á un bosque próximo á una montaña, hácia la cual nos dirigimos; y donde mientras descansaba, Lama mi compañero de viaje, me trajo algunos víveres que buscó entre los habitantes de las cercanías.

Al otro dia por la mañana emprendi-

mos de nuevo la marcha, procurando alejarnos de los parages frecuentados, y despues de un penoso y largo viaje llegamos al Cairo. Me oculté en un bosque inmediato, mientras que Lama fue á la ciudad para noticiar á Selima el resultado de su comision. Á falta de papel la envié un anillo como testimonio de la nueva que el esclavo iba á darla.

Lama volvió la noche siguiente trayéndome otro trage y nuevas provisiones: tambien me dió una carta en la que decia Selima que Othman sospechaba estaba yo en libertad, y que hacia las diligencias mas eficaces para descubrir el lugar de mi retiro. "Sin embargo, añadia, se »tienen vehementes sospechas que has pe»recido víctima de la ferocidad de tu her»mano, y conviene muchísimo que esta »opinion se consolide." Permanecer tan cerca de Selima y no verla era un tormento que no podia soportar; pero ella lo mandaba y yo no tenia otra voluntad que la suya.

Quince dias pasaron de este modo, en todos los cuales recibí noticias de ella, hasta que al cabo de este tiempo se pasaron dos noches sin que Selima me escribiese.

Aun tenia algunos víveres; pero la inquietud en que estaba por su silencio me quitaba todo el apetito. En fin, á la caida de la tarde del tercer dia me aventuré á entrar en la ciudad, no pudiendo ya sufrir por mas tiempo tan horrorosa incertidumbre. El harem se hallaba á corta distancia del camino por donde tenia que transitar. Volví maquinalmente la vista para contemplar á lo menos de lejos las paredes que encerraban á mi Selima. ¡Pero cual fue mi horror cuando solo vi un monton de ruinas y una multitud de obreros ocupados en demoler las pocas paredes que quedaban!

En medio de esta escena de desolacion no pensé mas que en Selima: impaciente por saber su paradero me acerqué á ellos para averiguar la causa de tal destruccion. Contestaron á mis preguntas que Othman, hijo del último Visir Achmet, habia sido condenado á muerte dos dias antes, y que la sentencia contenia ademas de la confiscacion de sus bienes, que la casa y harem fuesen demolidos, y sus efectos entregados al saqueo. Othman habia roto todos los lazos del cariño que debia existir entre nosotros, y sin embargo no fui dueño de con-

tener mis lágrimas á tan espantosa noticia; pero al acordarme de la afrenta de Selima me avergonzé de mi debilidad, y el despecho enjugó mi llanto. Incierto sobre el partido que deberia tomar elegí por último recurso volver al bosque, persuadido que Selima no dejaria de enviar á alguno en mi busca si hallaba medio de hacerlo.

Fatigado Achmet de esta relacion pidió permiso para suspenderla hasta el dia siguiente.

CAPÍTULO VI.

Volví á mi asilo, prosiguió el sarraceno, en un estado dificil de explicar: la agitacion de mi espíritu comunicaba á mi cuerpo un temblor general; una sed ardiente me devoraba, y la imágen de la muerte me seguia por todas partes. La oscuridad del bosque, interrumpida de tiempo en tiempo por la pálida y escasa luz de la luna, contribuia á perturbar aun mas mi imaginacion y aumentar mis negros presentimien-

tos. Abandonado á mi desesperacion, invoqué al profeta para que terminase mi existencia. "Estoy absolutamente solo en el mundo, exclamé. Mi cruel hermano ha sufrido la pena que merecia su infamia, mis padres no existen, y aquella que podia ayudarme á soportar todos mis males, quiza estará separada de mí para siempre. ¡Desgraciado Achmet!"

Á este tiempo crei oir una voz que decia, *Achmet*: escuché con la mayor atencion, mas no volví á oir nada; por lo que me persuadí que el eco era quien habia repetido mis últimas palabras. "¡Ay! continué, el mundo no tiene ningun atractivo para mí. ¿Dónde debo buscar á la que adoro? ¡Ah! Selima! Selima!

Selima! repitió de nuevo la misma voz pero con un tono tan penetrante, que conmovió vivamente mi corazon.

"Espíritu celestial, exclamé, vienes aquí á ofrecerme consuelos? Preséntate á mi vista, habla, dí lo que exiges de mí pues estoy pronto á obedecerte."

Por aquí, respondieron con un acento muy débil. Entonces conocí que aquello no era ya ilusion. Dirigí mis pasos bácia donde se me figuró partia la voz, pero estan-

do la luna oculta entre las nubes me lastimaba contra las ramas de los árboles, y buscaba inutilmente la persona cuyo dulce eco traia á mi memoria la melodía del de Selima. Un temblor universal se apoderó de mí al oir un doloroso gemido: maldije la funesta idea que me habia inducido á salir del bosque, pues no dudaba que Selima habia venido á él durante mi ausencia y que acometida y maltratada por algunos salteadores exhalaba el postrer aliento. La llamé por su nombre en alta voz, pero nadie me respondió, y despues de algunos instantes de silencio un segundo gemido acabó de llenarme del mayor terror. En el mismo instante se disiparon las nubes que cubrian la luna y á favor de sus débiles rayos descubrí no lejos de mí una muger sentada al pie de un árbol. Corrí hácia ella apresuradamente..... ¡Oh cielos! cómo podré espresar mi despecho y mi sorpresa! Era la misma Selima; estaba fria, inanimada y á punto de espirar. Al ver la imposibilidad en que me encontraba de socorrerla olvidé todo cuanto me prescribia la prudencia; la llamé por su nombre, la inundé con mis lágrimas, la abrigué con mis vestidos y procuré reanimar su espíri-

tu con el calor de mi pecho. Mis diligencias quedaron sin efecto por largo tiempo, pero al fin fué poco á poco recobrando el sentido, y no tardó en conocer que su cabeza estaba apoyada sobre un corazon que la adoraba mas que á la misma vida.

Me pidió agua con voz debilitada. Afortunadamente habia yo conservado un cordial del que la dí á beber algunas gotas, y ví con placer que su estado no era del todo desesperado. La hice tomar un poco de alimento, que reanimó un poco sus fuerzas y la procuró un corto pero sosegado sueño, durante el cual la velé con toda la ternura y solicitud que una madre puede emplear con su tierno hijo.

Despertó á la salida del sol, y entonces pude observar la alteracion que las penas habian producido en su bello rostro: sus mejillas de carmin se habian marchitado; sus ojos mas hermosos que los de la gacela del desierto estaban hundidos y amortiguados, y los labios semejantes al coral, lívidos y cárdenos: en fin todo anunciaba en ella los síntomas de una muerte pronta. Pero ¡cuánta fue mi alegría al oir su voz aunque débil! "Achmet, dijo, antes de hallarte he andado extraviada por el bosque un

dia y una noche; te busqué por todos lados decidida á morir antes que volver á la ciudad. Cuando oí tu voz no podia hablar porque el cansancio y el hambre habian agotado enteramente mis fuerzas. Ahora al menos moriré contenta pues te he salvado; pero no perdamos tiempo y apresurémonos á alejarnos de un parage que no ofrece ninguna seguridad para tí.''

Quise convencerla que no nos era posible ponernos en camino hallándose en semejante estado de debilidad, pero ella respondió:

—Te he dado pruebas de lo que soy capaz de hacer por tí. Nos aprovecharemos de la oscuridad de la noche para caminar, y de dia descansaremos en un sitio oculto y seguro. Marchemos inmediatamente á Joppé, pues razones que te diré en otra ocasion exigen que dirijamos allí nuestros primeros pasos.''

Estaba yo impaciente por saber cuanto la habia sucedido desde nuestra última separacion; pero su debilidad era tal, que no quise molestarla con preguntas indiscretas. No consintió me separase de ella un momento ni aun para ir á la ciudad en busca de las cosas que mas necesitábamos,

pues solo la idea de los peligros á que me hubiera expuesto la estremecia, y asi me vi precisado á renunciar á este proyecto. Permanecimos dos dias enteros en el bosque, y cuando nuestros víveres se consumieron y Selima principió á recobrar sus fuerzas, resolvimos partir. Fuimos una tarde á un arrabal de la ciudad, evitando cuidadosamente pasar por donde habia mayor concurrencia, y nos proveimos de víveres y de dos caftanes de tela ordinaria, con otras ropas á propósito para disfrazarnos. Caminamos por espacio de muchas horas, y aún no habiamos andado cuatro millas, cuando por la debilidad de Selima tuvimos que refugiarnos entre unos matorrales que no distaban del camino, en los cuales permanecimos escondidos el resto del dia. Allí fue donde ella refirió todas sus desgracias, y donde supe que la brutal pasion de Othman la habia arrancado de los brazos de mi madre. Confieso que arrebatado por la fuerza del dolor no pude contenerme, y que prorumpí en imprecaciones contra la memoria de mi hermano, creyendo que su muerte habia sido un castigo pequeño para expiar su cobarde y culpable infamia.

"Achmet, dijo Selima, el cielo permite algunas veces que el débil triunfe del fuerte del mismo modo que el aspid dá la muerte al leon que le holla con pie orgulloso. Othman no quiso respetar los derechos que tenias sobre mi corazon; permaneció sordo á mis lágrimas y ruegos, y mis propias manos han armado el lazo en que ha caido."

Al oir estas palabras no pude contener un movimiento de sorpresa, no obstante hallarme ya preparado á lo que me decia por la lectura de la carta que me escribió desde el harem. "En una visita que me hizo Othman, prosiguió, y en que llevó su insolencia al último estremo, rompí su vestido defendiéndome de él. Luego que me quedé sola encontré en el suelo un paquetito que se le habia caido del bolsillo. Lo alcé inmediatamente, y examinándole con cuidado, hallé una carta de tu carcelero en que le preguntaba lo que habia decidido respecto á tí. Á ella acompañaba otra del general de las tropas turcas enviadas contra el Soldan, por la que adquirí luces de muchas traiciones de Othman, y de las sumas que habia recibido en premio de las noticias que comunicaba al enemigo. Pro-

vista de estos documentos, solo pensé en hacerlos servir de instrumentos de mi venganza, y reuniendo cuantas albajas poseía, á fuerza de trabajo y dispendios logré seducir á un esclavo, y decidirle á que se encargase de procurarte la libertad.

Antes de partir Othman á Jerusalen hizo me llevasen á su presencia para decirme esperaba que á su regreso estaria mas dispuesta á recibirle como él deseaba, jurando por el profeta que me venderia á un mercader de esclavos si me hallaba cual siempre rebelde á su voluntad. Esta brutalidad puso el sello á su condenacion. En el momento que le ví fuera de la ciudad hice entregar al Mufti la carta que probaba la traicion de Othman, cuidando de no revelar cómo habia caido en mis manos. No debo pasar en silencio decirte, que habiendo Othman echado de menos sus papeles, hizo las mayores diligencias en busca de ellos, y que al fin se tranquilizó enteramente desechando toda idea de peligro por la incertidumbre del parage en que se le habian caido.

Arrestado, y presentado ante el Divan, se le comprobó su crímen y condenó á muerte que sufrió inmediatamente, confis-

cándole sus bienes que fueron aplicados al estado. Antes de que su casa fuese arrasada se vendieron todos sus esclavos; y habiendo yo regalado un diamante de mucho precio á uno de los encargados del cumplimiento de estas órdenes, me facilitó los medios de salvarme con la condicion de que inmediatámente saldria de la ciudad. Ya puedes conocer por esta narracion que á mí es á quien unicamente debe acusarse de la muerte de tu hermano. Pero ¿qué digo? Mi alma no sufre ningun remordimiento, y no puedo pensar sin estremecerme en la suerte que me tenia reservada si hubiera verificado su regreso al Cairo.»

Estreché á Selima entre mis brazos declarándola que á mis ojos aparecia tan inocente como antes de nuestra separacion, y que estaba decidido á verificar mi union con ella en la primera mezquita que encontrásemos.

—Achmet, respondió, la pasion te ciega y engaña, y tu arrepentimiento no tardaria en seguir á semejante enlace. ¿Podrias amar por largo tiempo á una muger deshonrada por tu hermano, y que ha sido la causa de su muerte? Ciertamente que no: esto seria hacerte partícipe de mi deli-

to, y la sangre de Othman pediria tambien venganza contra tí.

En vano procuré combatir la repulsa de Selima. Era inmutable en sus determinaciones, y sin embargo yo estaba seguro de que me preferiria á la vida y á la libertad.

Joppé era por entonces el objeto de nuestro viaje. Allí debia saber el secreto de que me hablaba en su carta, y que solo á mí podia descubrirle. Mi madre previendo la tiranía de Othman, habia enterrado en el jardin del harem una suma considerable tanto en oro como en diamantes, cuyo secreto solo á ella habia confiado para que en caso de necesidad me lo descubriese como un recurso reservado para nuestras necesidades. Su rapto ocurrido poco despues, y la muerte de mi madre que se verificó casi inmediatamente, impidieron que ni siquiera se sospechase la existencia de tal tesoro. Resolvimos desenterrarle y salvarnos en un pais extrangero para estar libres de toda inquietud.

Continuamos nuestra marcha siempre de noche, y ocultándonos por el dia. Yo llevaba las provisiones en una cesta y una botella de agua, que cuidaba de llenar siempre que encontraba proporcion. Un

camellero que iba á Roseta nos alcanzó en el desierto; nos agregamos á él, mediante una cantidad en que convenimos, y á este feliz encuentro debí la salvacion de mi amada compañera, que sin este recurso habria perecido en aquellos vastos arenales. Digímosle que habiendo sido robados por los árabes pudimos ocultar de su rapacidad una cantidad de oro suficiente para satisfacer los gastos del viaje. Por último, llegamos á Joppé sin ningun accidente, y dirigimos nuestros pasos al harem, que hallamos arrasado y destruido como todas las demas posesiones de Othman.

Por mas triste que fuese para nosotros aquella vista, nos sirvió sin embargo del mayor consuelo en nuestra situacion, pues confiabamos que las ruinas nos ofrecerian un asilo seguro, facilitando mejor nuestras investigaciones y el transporte del tesoro escondido en ellas; pero aún no estaba saciada la codicia de los agentes del gobierno: todos los dias venian desde la ciudad atraidos por la esperanza del botin, y aunque conociésemos Selima y yo mucho mejor que ellos las entradas y salidas de aquel parage, tuvimos muchas veces bastante trabajo en sustraernos á sus miradas.

cia seria para mí mayor que la misma muerte.”

Yo la aseguré que nada teniamos que temer, pero ella guardó un profundo silencio, y despues de una larga pausa dijo: “Ahora recuerdo haber oido decir en otro tiempo que en este edificio habia varios subterráneos, en los cuales encerraba tu padre á sus cautivos; éstos deben existir aún, y quiza no los han visitado todavia los encargados del gobierno porque se harán cargo que no contienen nada que pueda tentar su avaricia. Tratemos pues de descubrirlos prontamente: allí estaremos de dia con mas seguridad, y de noche hallaremos abrigo contra el frio. ¡Ojala el cielo me conceda pronto la fuerza necesaria para dejar tan espantoso albergue ó me llame á sí, para que tu puedas buscar otro mas pacífico!”

Estas palabras de Selima traspasaron mi corazon. No ignoraba yo que habia subterráneos en el edificio, pero no estaba cierto del parage en que se hallaban situados. No permitió absolutamente tomásemos ningun descanso hasta descubrir el sitio en que me habeis hallado. Llevé á él cuanto encontré entre las ruinas y que creí á pro-

pósito para la comodidad de Selima, habiendo quemado antes algunos arbustos secos que recogí en el jardin para purificar aquella mansion del aire mal sano.

Tomadas todas estas precauciones pensé en cumplir con otras no menos indispensables. Para evitar el riesgo que corria de ir con frecuencia á Joppé, llevé un dia al subterráneo una gran cantidad de víveres; y por este medio solo una vez me he separado de Selima en todo el tiempo que habitamos aquel calabozo. Por mi parte hubiera arrostrado los mayores peligros para colocarla en una habitacion mas cómoda, pero ella jamas lo consintió, ni menos logré disipar sus temores.

¡Ay! mi historia toca ya en el instante en que la dicha desapareció enteramente para mi en este mundo. La debilidad de Selima iba cada vez en aumento: su rostro me indicaba el terrible golpe que iba á caer sobre mí, pues al examinarla un dia con atencion noté que hablaba con mucha dificultad, y que el frio sudor de la muerte corria por su frente. "Achmet, me dijo: veo con placer que pronto estarás libre de un peso que podia arrastrarte á tu ruina si debieses sostenerle por mas tiempo. To-

ma el tesoro que tu madre te ha reservado y huye lo mas pronto que te sea posible de este odioso pais.” ¡Ah! estas palabras fueron las últimas que pronunció. No puedo acordarme de tan horroroso momento sin llenarme de la mayor amargura.”

Al llegar aqui cesó de hablar el sarraceno, pues la fuerza de su emocion le impidió continuar su triste historia. Jacobo le rogó la suspendiese hasta el dia siguiente, y se encargó de explicar entretanto á sus amigos lo que acababa de oir.

CAPÍTULO VII.

Selima, víctima de un infame tirano, prosiguió Achmet, no por eso perdió su inocencia á mis ojos. Me pareció tan pura el dia de su muerte como aquel en que la tomé de los brazos de su madre en el cementerio. ¡Ah! mi pena no conoció límites. Habia espirado en mis brazos, y á lo que pude juzgar estuve por tres horas privado enteramente de conocimiento. Al recobrar

el sentido aun la tenia estrechada contra mi seno, pero fria é inanimada: me era imposible separarme de ella.

La coloqué suavemente en su lecho sin apartar de su rostro mis miradas, lisonjeado con la esperanza de que aun respiraba. Procuré hacerla tragar una gota de agua; pero ¡ay! volvió á caer en mi mano. Á esta vista caí desmayado otra vez, y creo que permanecí un dia entero en este estado hasta que el aguijon del hambre renovó en mí el sentimiento del dolor. Al volver del segundo desmayo vi á Selima tendida junto á mí pálida y desfigurada. Este espectáculo me causó una terrible sensacion, cuya amargura solo fue suspendida por la necesidad que empezaba á sentir de tomar algun alimento y por las lágrimas que derramé en abundancia. Fui con pasos trémulos adonde estaba la cesta de las provisiones; bebí un vaso de agua y comí unos cuantos higos.

Esta escasa comida reanimó un poco mis fuerzas, y hallándose algo mas aliviado mi corazon con el llanto, traté de tributar á Selima los últimos deberes. La coloqué en el sepulcro que abrí con una barra de hierro que hallamos en las ruinas, con la

cual habiamos desenterrado nuestro tesoro, y que sirvió entonces para sepultar otro aun mas precioso que todos los que el universo podia suministrarme. Figuraos, si es posible, el horror que experimentaría en esta ocasion, y cuanto sufriría mi alma al separarme para siempre de un objeto querido.

Despues de la muerte de Selima me abandoné enteramente á la indolencia y al desaliento. No queria alejarme de las ruinas, y no tomaba otro alimento que las frutas que encontraba en el destruido jardin. Pasaba los dias en el calabozo, y las noches bajo la higuera que daba sombra á los restos de mi Selima; y esta triste estancia me hubiera servido de morada el resto de mi vida si no me hubieseis descubierto en ella."

Luego que hubo concluido Achmet su triste historia le preguntó Jacobo si habia conocido á algunos de los esclavos cristianos encerrados en otro tiempo en aquel calabozo. Respondió que no, pues únicamente Othman era quien sabia los secretos de su padre, aunque no ignoraba se habian encerrado alli á muchos cristianos, de los cuales ninguno salió con vida.

Las desgracias de Achmet no podian menos de excitar el interés del baron De-

Pointz y de sus amigos: no hay lazo que tanto estreche y que establezca mas pronto el afecto entre las personas como el infortunio, y todos excepto Fitz Hugo le conocian. Sin embargo no estaba exento de penas, porque hallándose tan estrechamente unido con Pointz, ¿cómo hubiera dejado de sentir las de su amigo? Pero al menos éstas no eran personales, aunque ya se acercaba el momento en que él mismo debia tambien experimentarlas.

Cuando Achmet concluyó su lamentable historia los dos caballeros salieron de la tienda, y se separaron para ir segun su costumbre á reconocer el campamento y cerciorarse por sí mismos si los peregrinos se hallaban en estado de embarcarse para Europa. Esta ocupacion duró mucha parte del dia. Al fin, cuando el baron concluyó la revista y se disponia á volver á su tienda, halló á Beltran que con Alan y Maynard iban á dar un paseo alrededor del campamento: determinó acompañarlos, y á poco se suscitó entre él y el jóven peregrino una conversacion interesante. Pointz solo tenia un pensamiento que le dominaba; la tristeza se habia apoderado de él desde que leyó las Memorias de Cristabela,

cuyo contenido no se apartaba un punto de su imaginacion. Al observar Beltran su aire triste y pensativo le dijo:

—Milord, veo con sentimiento la profunda sensacion que ha causado en vuestro sensible corazon la historia del desgraciado Achmet; pero él ha encontrado en vos un protector generoso que mitigará sus pesares.

—Sí, y mas fácil me será ofrecerle nuevos consuelos que hallarlos yo mismo. Dijo esto suspirando, y despues de un momento de silencio continuó levantando la vista y la voz al cielo. ¡Dios mio! ¿quién podrá jamas penetrar la enorme tristeza que pesa sobre mi alma? Privado desde mi infancia de las mas tiernas caricias de una madre, todavia quedaba una persona para hablarme de ella, para compartir mis pesares expresándome su maternal amor, y aun quizá para hacérmela conocer."

Mientras que Pointz hablaba de este modo, Beltran estuvo inmóvil con los ojos fijos en él, manifestando en su semblante la mayor sorpresa. "Si amigo, prosiguió, creyendo adivinar lo que pasaba en el interior del jóven; es preciso que te descubra mi corazon y que aumente tu

asombro enterándote, si es posible, de un sentimiento incomprensible para mí mismo. Cristabela de Mowbray excitó por largo tiempo en mí una secreta envidia. Objeto del cariño de mi madre, juzgaba me habia usurpado una ternura que debia pertenecerme exclusivamente; pero despues que he podido apreciar mejor su conducta, y que su alma ha aparecido á mis ojos en el manuscrito de que la casualidad te ha dado conocimiento, lloro en ella una tiernísima hermana.

—¿Luego participais del afecto que ella os habia profesado? replicó vivamente Beltran. Á lo menos me parece que sus Memorias, y aun mas su proceder, prueban lo bastante su tierna amistad para con el hijo de su bienhechora.

—Ahora conozco que de todos los últimos deseos de mi madre ninguno hubiera ejecutado tan facilmente como ese: porque ¿quién no habría amado á Cristabela teniendo una alma cual pintan sus Memorias?

—Veo, Milord, cuanto es vuestro respeto hácia la mas sensible y cariñosa de las madres. Pero el exceso del amor filial os lleva sin duda demasiado lejos, pues

que á su memoria y no á la de Cristabela es á la que pagais ese tributo amoroso. Vuestra imaginacion adornaba á esta última de cualidades en extremo sobresalientes, que acaso no habrian llenado vuestras esperanzas, y que la hubieran hecho decaer del buen concepto que teneis formado de ella si la hubieseis conocido personalmente.

—¿Acaso podia conocerla mejor? No, Beltran, jamas formó el cielo una criatura mas perfecta, y creo que ninguna muger en la tierra hubiese tenido sobre mi alma un ascendiente mas absoluto que ella.

—¡Cielos! ¿por qué no la visteis antes de vuestra marcha á la Palestina? Tal seguridad la hubiera infundido valor, y aun habria consentido en vivir para el hijo de aquella que todo lo fue para ella en la tierra.

Beltran parecia sumamente conmovido al pronunciar estas palabras.

—Amigo mio, le dijo Pointz, desterremos vanos recuerdos, puesto que mis pesares no tienen ya ningun remedio y que mi dicha nunca podia realizarse. Mowbray era el padre de Cristabela, y quizá hubiera ofendido al mio enlazándome con la sangre de su mas cruel enemigo.”

Esta respuesta enmudeció al jóven ; levantó los ojos al cielo, y continuó caminando al lado del baron hasta su tienda guardando un tétrico silencio.

Á su llegada hallaron á Jacobo y Achmet sumamente inquietos. En efecto, su paseo se habia dilatado demasiado aquella tarde y la noche era bastante oscura; pero lo que mas contribuyó á aumentar su sobresalto fue el ver que Fitz Hugo no estaba de vuelta ni se hallaba en la tienda de Beltran, quien habia ya una hora que con Maynard y Alan se habia separado del baron.

Resuelto Pointz á no acostarse hasta que la presencia de su amigo disipase sus temores, le estuvo esperando toda la noche con Jacobo y Achmet. Ya era de dia, y viendo que aun no habia parecido enviaron á algunos soldados de descubierta, recorriendo ellos al mismo tiempo todas las cercanías del campamento en diferentes direcciones, sin poder adquirir la menor noticia satisfactoria. De este modo pasaron ocho dias, los mas amargos que tuvo el baron en su vida por la incertidumbre de la suerte de su amigo.

El restablecimiento de los enfermos

hizo se pensase en la partida, y se hubieran aprovechado del primer viento favorable para efectuarla sin este desagradable suceso. Un dia que el baron retirado solo en su tienda estaba entregado al dolor y á sus reflexiones, le avisó Beltran de la llegada de un sarraceno que le traia una carta. Su sorpresa fue grande al ver que era del Cadí de Joppé, pero aun fue mayor cuando halló dentro otra de Fitz Hugo. Llamó inmediatamente á Jacobo y á Achmet, y leyó lo que sigue:

"Soy víctima, amigo mio, de la perfidia de los sarracenos por haber caido sin pensarlo en una de sus emboscadas. Me paseaba solo fuera del campamento, y poco distante de los límites que por el tratado vigente está convenido respetar por ambas partes, cuando me ví de repente cercado por una porcion de sarracenos, y aunque hice cuanto pude en mi defensa tuve que ceder al número, aunque con el consuelo de haber vendido bien cara mi libertad. Ahora quieren coger el fruto de esta violacion del derecho de gentes, pues el Cadí espera que concediéndome el permiso de escribir, apoyaré su exorbitante peticion para conseguir mi rescate.

"Nadie entiende aqui nuestro idioma, y me aprovecho de esta circunstancia para explicarme francamente. Mis bienes son demasiado cortos para pagar las seiscientas doblas de oro que se piden por mi libertad; y asi mejor quiero renunciar á ella que obtenerla por medios gravosos á mis amigos: tarde ó temprano me la proporcionará mi valor, confiandó siempre en aquel Dios cuya causa defendemos. Únicamente ruego á los cristianos que prolonguen por algun tiempo su permanencia cerca de esta ciudad."

¡Oh cielo! exclamó el baron; ¿es posible que nuestra distancia de Europa me ponga en la imposibilidad de socorrer á mi amigo, por quien sacrificaria gustoso todas mis riquezas? ¡Ay! Habré de contentarme con hacer votos estériles en su favor?.... No..... Á falta de sacrificios pecuniarios tengo otro mas noble que ofrecerle: mi vida le está consagrada y presto haré ver que mi generosidad es igual á la suya.

Instruido Achmet por Jacobo del motivo de la desesperacion del baron, levantó los ojos al cielo exclamando con júbilo: "El poderoso Alá se digna dirigir hácia mí sus miradas benéficas, pues puedo manifestar

de algun modo el agradecimiento que debo á mis bienhechores. Ahora conozco el valor del tesoro escapado á la avaricia de los emisarios del Soldan. No perdamos un momento en ir á desenterrarle para proporcionar la cantidad que necesitais.

Esta proposicion hizo renacer la esperanza, pero fue de poca duracion. Jacobo abrió la carta del Cadí, olvidada por leer la de Fitz Hugo, cuya lectura consternó todos los ánimos. Su contenido era el siguiente.



CAPÍTULO VIII.

Al baron De-Pointz, uno de los gefes de los cristianos que residen actualmente cerca de Joppé.

"No ignorais que el tratado, por el que se permite á los cristianos peregrinar por la Palestina, les prohibe expresamente acercarse de secreto á las ciudades, y tener conferencias particulares con los verdaderos creyentes. El doble objeto de esta medida política ha sido el de asegurar la tranquilidad del pais, y oponerse á los deseos de los cristianos de separar de la ley del profeta sus mas celosos discípulos. Por consiguiente tenemos el derecho de retener prisionero á un hombre que hemos hallado quebrantando este artículo del tratado. Sabemos que es vuestro amigo, y el deseo de manifestaros nuestras amistosas disposiciones nos induce á mitigar en su favor nuestra justa severidad.

Le hemos conducido al puerto de Joppé, declarando que estamos prontos á entregarle mediante una suma de seiscientas doblas. Pero para concertar el cumplimiento de nuestros deberes con la indulgencia, os prevenimos que si esta suma no se nos remite en el término de dos horas, el prisionero será enviado con buena y segura escolta al Cairo, donde ya no dependerá de nosotros el libertarle."

La dureza de esta condicion hacia inutil el recurso que presentaba el tesoro de Achmet, porque la gran distancia de las ruinas no permitia hacer el viage en un tiempo tan limitado. En este crítico momento era muy urgente tomar un partido decisivo. Beltran aconsejó al baron no se detuviese un instante en recurrir á algunos caballeros para reunir una suma que no le seria dificil hallar puesto que al dia siguiente habia seguridad de restituirsela, prometiéndole por su parte emplear sus débiles medios á fin de interesar á los peregrinos que él sabia se hallaban en estado de contribuir á la libertad de un caballero de la Cruz.

Desgraciadamente el éxito no correspondió á tan lisonjeras esperanzas: todos

habian agotado sus recursos con la larga mansion en la Palestina y con los piadosos donativos que á porfia se habian hecho á la capilla de san Juan; de manera que cuando Pointz reunió las sumas suministradas por la buena voluntad de sus amigos, vió que aún le faltaba mucho para completar la que debia servir á rescatar á Fitz Hugo.

Al encaminarse á su tienda iba confiado que Beltran habria sido mas feliz que él, y que por su medio podria satisfacer al Cadí, pero no le halló en ella y le estuvo aguardando con impaciencia por algun tiempo: éste corria con velocidad, y el fatal término iba á espirar sin que se hallase en estado de dar una respuesta satisfactoria. Entonces resolvió de acuerdo con Jacobo y Achmet, ir él mismo á Joppé á solicitar el plazo de un dia para el pago, mas al irlo á poner en egecucion entró apresuradamente en la tienda Fitz Hugo. La sorpresa del baron fue igual á la alegría de su amigo. Se abrazaron mutuamente sin poder proferir una palabra, y despues de haberse entregado libremente á los arrebatos que tan feliz é inesperada reunion debia producir en sus almas, Fitz Hugo fue el

primero que rompió el silencio expresando su agradecimiento. "No amigo, le interrumpió el baron, yo no tengo otro derecho á tu gratitud que los buenos deseos; en cuanto al éxito no lo debes mas que á tí mismo, pues sin duda te has valido para adquirir la libertad de los medios en que segun tu carta parecia fundabas la única esperanza."

Admirado Fitz Hugo de oir este discurso creyó que Pointz se escusaba de pasar por su libertador, á fin de evitar un agradecimiento que ofendia su delicadeza.

— Amigo mio, le dijo, ya que la fortuna me quita la satisfaccion de poder pagarte esta deuda, no me prives al menos del placer que experimento al demostrarte toda la efusion de mis sentimientos, y de reconocer que te lo debo todo.

— No, no, replicó el baron, no quiero atribuirme el mérito de una accion en la cual no he tenido otra parte que el deseo de ejecutarla, y si es cierto que tu rescate ha sido pagado, declaro por mi honor que ignoro á quién lo debes."

Fitz Hugo calló al oir estas palabras, pero la misma seguridad que adquiria de no ser deudor á su amigo del beneficio que

disfrutaba, contribuia á aumentar mas su confusion; porque cuáles podian ser las razones, decia entre sí, que obligaban á su libertador á permanecer incógnito; y quién era el que entre los cruzados se hallaba en disposicion de hacer un sacrificio tan superior á las facultades de los mas principales de ellos. "Solo hay un medio para aclarar tan extraño misterio, continuó dirigiéndose al baron, y mi corazon mas que la curiosidad me impele á emplearle inmediatamente. Un religioso de san Juan ha entregado al Cadí el precio de mi rescate, él es quien puede darnos las noticias que deseamos: voy corriendo á buscarle."

Pointz aprobó esta determinacion y acompañó á su amigo á la capilla. Fitz Hugo conoció al venerable sacerdote que se habia encargado de negociar su libertad que aún estaba dando gracias al Eterno por el éxito feliz de su diligencia. Aguardó que concluyese su oracion para preguntarle y suplicarle al mismo tiempo le sacara de la penosa agitacion en que le ponia el silencio de su bienhechor.

—Ignoro su nombre como vos, respondió el religioso, y cualquiera que sea el

motivo que le obligue guardar el secreto debo respetarle. Pero no puedo callar que vuestra alegría al recobrar la libertad apenas igualaba á la que brillaba en sus ojos cuando me entregó los diamantes que han servido para rescataros.

—Pero á lo menos ¿cuál es su edad? preguntó el baron.

En este momento los ojos del religioso se volvieron hácia lo interior de la capilla, en ademan de observar á un hombre que se ocultaba en ella. Fitz Hugo se dirigió á él y reconoció á Beltran. La confusion de éste, su encendido rostro y una seña dirigida al religioso, que sorprendió el baron, fue lo bastante para explicar á los dos amigos el enigma que tanto deseaban descubrir. "Basta, exclamó Pointz, es el mismo, es Beltran; porque ¿quién otro que él seria capaz de una accion tan noble?"

El jóven peregrino estaba confundido: quiso hablar para disuadir á sus amigos de la ninguna parte que tenia en ella, pero le faltaron las palabras: el buen religioso derramaba lágrimas de regocijo y ternura al observar aquella escena muda de gratitud y generosidad. Entonces Fitz Hugo se arrojó á los brazos de Beltran, llamándole en

voz alta su libertador. Pasados los primeros transportes, el baron quejándose de la misteriosa conducta del peregrino, le dijo:

—¿ Por qué dándonos á cada paso tantas pruebas de tu amistad recibimos tan pocas de tu confianza? En vano pretendes ocultarnos con ese trage de peregrino la nobleza de tus sentimientos y tu delicadeza. Acaba por favor de tratarnos como amigos, cesando de cubrirte con el velo de un misterio que ya es injurioso para nosotros.

—Convengo en que mi clase no es la que la prudencia me ha aconsejado aparentar hasta ahora, respondió Beltran; pero á esto es á lo que se limita la confianza que me es permitido tener con vos. El destino de mi vida depende de mi discrecion y cuando llegue el momento en que pueda, sin romper el voto con que estoy ligado, renunciar á toda especie de reserva, juro á los pies de este altar y delante del venerable ministro que me escucha, que vos sereis el primero á quien instruya de unos pormenores, á los cuales la amistad que me profesais parece da tanto valor."

Esta respuesta, sin satisfacer enteramente la curiosidad del baron, destruia

todo el derecho que él creia tener para reconvenirle, pues lo que la falta de confianza hubiera hecho imperdonable en otras ocasiones, era en aquellos tiempos respetable y sagrado cuando á ella acompañaba la de un voto solemne: por lo mismo aparentó quedar satisfecho con esta explicacion, y cesó de hacerle mas instancias sobre el particular por considerarlas inútiles é intempestivas.

Al dia siguiente muy de madrugada, los caballeros seguidos de Jacobo y Achmet se dirigieron á la tienda de Beltran, y le suplicaron fuese en su compañía con Maynard y Alan, á visitar por última vez las ruinas y sacar el tesoro de Achmet: el baron iba guiado de otro motivo de mayor importancia; cual era el de examinar un parage que tanto le interesaba, por la descripcion que de él se hacia en las memorias de Cristabela.

Atravesaron el bosque y entraron en el destruido harem por el jardin. El primer objeto que se presentó á su vista fue una higuera, á la que dirigió Achmet una mirada melancólica, por donde infirieron sus compañeros que allí estaba el sepulcro de Selma. Todos expresaron con un res-

petuoso silencio la parte que tomaban en la afliccion del sarraceno; pero Beltran se acercó á él, y estrechándole la mano mezcló sus lágrimas con las suyas. Cuando vió que se disponian á internarse en las ruinas, pidió por favor le excusasen de ir en su compañía, pues no queria exponerse á las terribles conmociones que experimentó anteriormente, y se quedó fuera con Maynard y Alan.

Al entrar Achmet en el calabozo, sintió que el corazon se le oprimia. Jacobo no sufrió menos por su parte, mientras que el baron no podia reprimir el llanto al acordarse de los padecimientos que Mowbray habria sufrido en aquel espantoso subterráneo.

Dejaron prontamente un sitio que les inspiraba tan melancólicos recuerdos, y se dirigieron al jardin donde les aguardaba un espectáculo de otra naturaleza. Hallaron al jóven Beltran de rodillas y clavada su vista en el cielo derramando tiernas lágrimas sobre la tumba de Selima: Achmet se dirigió precipitadamente hácia él, y estrechándole tiernamente entre sus brazos, le dijo en su idioma estas palabras interrumpidas por los sollozos: "Jóven admi-

rable! Esta es la primera vez que disfruto de algun consuelo despues de la pérdida de mi Selima. El cielo, no hay duda, acogerá benignamente las súplicas de un corazon tan puro como el tuyo." En seguida se arrodilló al lado del peregrino, y tributó como él sus homenages á la divinidad.

Luego que Achmet concluyó con tan piadoso deber, indicó al baron y á sus amigos el sitio que ocultaba el tesoro. Se dieron priesa á desenterrarle, y colocándole en un gran cofre, volvieron al campamento.

Las riquezas que contenia eran infinitamente superiores á la idea que habian formado el baron y sus amigos. Achmet los obligó á aceptar algunas joyas y brazaletes riquísimos que distribuyó á cada uno en particular, regalando á Beltran un rosario de inestimable valor, de cuyo remate pendia una cruz de diamantes.

—Os admirará sin duda, le dijo, hallar aquí este símbolo de vuestra creencia, pero era de aquella esclava cristiana de que ya os he hablado, de la desgraciada María Lapole, que se refugió en Europa para huir de las persecuciones de mi padre. Despues de su partida se lo regaló á mi madre para que le destinase á otro adorno

mas análogo á su gusto; pero por fortuna no ha mudado aún de forma, y creo que asi tendrá mucho mas valor á vuestros ojos.

El primer impulso de Beltran fue el de aceptar aquella alhaja, pero se detuvo al reflexionar la magnificencia del regalo. El baron notó su confusion y adivinó el motivo.

—Amigo mio, le dijo, hay en este mundo ciertos caractéres exentos de toda sospecha, y tu puedes manifestar sin el menor temor de ella el deseo de poseer un tesoro, cuyo único mérito para tí es el haber pertenecido á la mas santa y mas virtuosa de todas las mugeres. Al mismo tiempo tomó el rosario y le puso al cuello del peregrino, cuya alegría se dejaba ver al través del vivo sonroseado de que estaba cubierto su rostro.



CAPÍTULO IX.

El dia siguiente se empleó en los preparativos de la marcha: todos se ocuparon en recoger las tiendas y desatar las lanchas de los navíos para conducir los peregrinos y soldados á los buques, haciéndose con tal prontitud que á las cuatro de la tarde no quedaba en tierra mas que un centenar de caballeros y soldados.

Por órden de los gefes los peregrinos se habian embarcado los primeros, y aunque Beltran hubiera querido eximirse de esta disposicion, tuvo que someterse á ella, rogando á Achmet le acompañase.

Tal era el número á que se hallaban reducidos los cruzados, cuando un heraldo enviado por el Cadí de Joppé solicitó hablar en su nombre á los gefes, lo que le fue concedido sin dilacion. Preguntado sobre el motivo de su mensage, respondió que su señor sabia por muy cierto que los cristianos habian dado asilo en su campo á

Achmet el hermano del último visir, quien segun se aseguraba estaba disfrazado de europeo, por lo que le reclamaba en nombre de su amo, amenazando de lo contrario con la fuerza armada.

—¿De qué le acusan? preguntó Pointz por medio de Jacobo, que sirvió de intérprete en esta ocasion; ¿cuál es su delito? Explicádnosle y entonces no titubearemos en responderos.

—Nosotros no somos sus jueces: ha incurrido en la desgracia del Soldan, y esto basta.

—Para vosotros, pero no para mí. Decid al Cadí que yo salgo garante de que Achmet jamas volverá á ofender al Soldan.

—¿Luego rehusais entregármele?

—Positivamente.

—De este modo debo advertiros que todo está dispuesto para vuestro castigo. El Cadí no sufrirá que se desprecien asi las órdenes del Soberano, y pronto oireis hablar de él.»

Dicho esto se retiró el heraldo, y los gefes deliberaron lo que deberian hacer en aquellas circunstancias. Las lanchas aún debian tardar en volver una hora, y durante este tiempo todos podian ser muertos ó

cautivos, pues no debia esperarse socorro de la gente que ya se hallaba embarcada aunque se enviase en su busca, mediante á que la distancia de esta travesía hacia enteramente su auxilio inútil.

Por estas consideraciones opinó la mayoría se entregase al sarraceno, como único medio de salvarse de aquel peligro; proponiendo en su virtud enviar un heraldo á las puertas de Joppé para entablar negociaciones conciliatorias. Indignado el baron De-Pointz al oir semejante deliberacion exclamó: "Entregadme á mí tambien, pues estoy resuelto á defenderle mientras el cielo me dé fuerza para manejar mi espada. Este valiente guerrero (añadió señalandó á Jacobo) y el caballero Fitz Hugo, me ayudarán en tan arriesgada empresa, y aunque no somos tan escasos de juicio que esperemos vencer solos á los musulmanes, al menos venderemos caras las vidas y nuestra memoria no quedará mancillada con la infamia de haber abandonado cobardemente á un hombre que ha venido á acogerse bajo nuestra proteccion."

El discurso de Pointz fue seguido de un murmullo general de desaprobacion. La mayor parte de los caballeros declararon

que no estaban en ánimo de exponer su vida por un infiel, é insistieron en la necesidad de satisfacer prontamente al Cadí.

—¡Cuánto siento, replicó Pointz, ver esta falta de caridad en cristianos que han dejado sus hogares para cumplir con una mision tan sagrada como la nuestra! El pensar por un solo instante que se puede acceder á tan bárbara peticion, es faltar á la primera de las virtudes cristianas. Achmet no es un criminal; entregarle es hacerse cómplices de sus opresores, y dárles muestras de nuestra debilidad y cobardía. Lo repito, jamas prestaré mi consentimiento á semejante infamia, y me alegro sinceramente que esté en seguridad á bordo."

Aun no habia concluido el baron de hablar, cuando vieron á lo lejos avanzar hácia ellos un grueso cuerpo de sarracenos. Entonces los gefes representaron de nuevo la urgencia de enviar un mensage pacífico al Cadí, á lo que el baron se opuso con firmeza, diciendo que mataría por su mano al primero que se atreviera á encargarse de tan humillante negociacion.

Jacobo pidió á este tiempo le oyesen: "Creedme, les dijo, no es solo Achmet

quien atrae aquí á vuestros enemigos, sino la codicia y la esperanza de los crecidos rescates que puedan sacar de los que caigan en sus manos: para esto necesitan un pretexto, y por lo mismo os aconsejo que obreis como hombres que confian, no solo en su valor, sino tambien en la justicia de su causa.”

—Sí, añadió el baron, estamos decididos á vivir y morir como soldados cristianos. Los que quieran seguir nuestro ejemplo vengan conmigo: mi mansion en Palestina ha agotado mis recursos, pero poseo cuantiosos bienes en Inglaterra y en la Normandía, y empeño desde ahora mi palabra de honor de recompensar generosamente á la vuelta á todo el que mas se distinga en esta ocasion.”

Pointz era generalmente amado de los soldados. Siempre á su cabeza en los peligros, jamas les habia rehusado sus socorros y consuelos en las necesidades, y esta última proposicion reanimó su ardor amortiguado. Jacobo y Fitz Hugo se aprovecharon de esta coyuntura para colocarse á su lado, y al momento mas de sesenta soldados sacaron sus espadas agregándose á ellos con muestras de entusiasmo y de alegría.

Entonces el baron saludándolos, dijo: "Os doy gracias mis valientes y dignos camaradas por vuestra decision: sino logramos rechazar á los infieles al menos dejaré sin pesadumbre mi cuerpo privado de sepultura en esta tierra extrangera; pero no, amigos mios, mejor suerte nos espera, pues que van á aprender á respetarnos, y á conocer que lo que una vez emprendemos lo sostiene nuestro valor.

La proximidad de los sarracenos acabó de decidir á los que no querian combatir, y por su propia seguridad se reunieron á los adictos del baron, marchando sin detencion al encuentro del enemigo. Jacobo hizo observar al baron, que el número de infieles excedia en un doble al de los cruzados, pero que reinaba la confusion en sus filas, y que generalmente estaban mal armados.

El Cadí iba á su cabeza. Cuando llegaron á vista de los cruzados arengó á sus soldados para que exterminasen á los enemigos del profeta. Pointz, Jacobo y Fitz se lanzaron los primeros contra ellos, é inspiraron á los demas el valor que les animaba, quienes convencidos de que alli se trataba nada menos que de su vida y de su

libertad las defendieron con denuedo é intrepidez. En lo mas encarnizado de la pelea el baron encontró al Cadí, que partió contra él enfurecido levantando el pesado alfange sobre su cabeza. Pointz esperó con serenidad á su adversario; paró el golpe con el escudo, y al mismo tiempo le atravesó el pecho con la espada.

Jacobo, con una audacia y ligereza que no habian debilitado el tiempo ni sus desgracias, se abria paso por entre los infieles á la cabeza de un puñado de valientes sembrando en su alrededor la muerte y el espanto, mientras que Fitz Hugo con otros pocos soldados cortaba la retirada á los sarracenos para impedir que refugiándose en Joppé alarmasen á los habitantes, y volviesen con nuevos refuerzos.

En este momento llegaron las lanchas á la ribera para recoger los caballeros y soldados que faltaban. Viendo los marineros el desorden que reinaba entre los sarracenos, trataron de hacerle aun mayor reuniéndose con sus hermanos. Dispersos ya los infieles y desalentados sobremanera por la pérdida de su gefe, huyeron precipitadamente refugiándose en un cercano bosque.

Los cruzados tenian poco tiempo que perder, y no pensaron en perseguir á los fugitivos: recogieron los heridos y los llevaron á bordo lo mas pronto y cómodamente que les fue posible. Beltran manifestó una excesiva alegría al ver á Pointz á quien abrazó tiernamente, congratulándose de su precaucion en embarcarle con tiempo. Achmet no hallaba expresiones con que demostrar su gratitud y sorpresa al enterarse de las circunstancias de un combate en que tanta parte habia él tenido contra su voluntad. Se acercó al baron, y tomando su mano que estrechó afectuosamente, puso al cielo por testigo de la sincera amistad que siempre le profesaria. Aquella misma tarde se levantó un viento favorable con el que se hizo el convoy á la vela, y en pocos dias llegaron á Sicilia, donde hubo que detenerse algun tiempo para cuidar del restablecimiento de los enfermos y procurar el necesario descanso á los demas. Desde su salida de la Palestina Jacobo fue instruyendo á Achmet en la lengua inglesa, única que podria serle util en la nueva patria que adoptaba.

CAPÍTULO X.

Los cruzados dejaron la Italia cuando el viento les permitió proseguir su viaje. Surcaron sin ningun contratiempo las costas del Mediterráneo, y despues de pasar el Estrecho de Gibraltar y de doblar el golfo de Vizcaya, llegaron felizmente al puerto de Penzance en el condado de Cornouailles. Los peregrinos franceses, alemanes é italianos se habian separado de los ingleses en Sicilia, aprovechándose para regresar á sus hogares de los buques de sus respectivas naciones que hallaron surtos en diferentes puertos de Italia; de modo que de ocho buques que salieron de Palestina, solo cuatro llegaron á Inglaterra, donde todavia hubo una segunda division. Los sacerdotes, los monges y la mayor parte de los peregrinos marcharon los unos á sus monasterios y los otros á sus casas. Solo quedaron los enfermos y aquellos á quienes el excesivo cansancio obligaba á

esperar algunos dias para recobrar sus fuerzas antes de continuar el viaje. El baron se aprovechó de esta ocasion para enviar á Gregorio á sus dominios de Hampshire con órden de traerle las rentas que se hubiesen recaudado durante su ausencia.

Sentado el campo, todos se entregaron al placer de verse salvos en su patria. El baron pensaba recorrer sus posesiones del Mediodia de Inglaterra antes de ir al castillo de Latimer, y hubiera querido que Jacobo y Achmet le acompañasen; pero impaciente el primero por ver al único antiguo amigo que poseia, respondió que su intencion era la de dirigirse sin tardanza al condado de Durham donde esperaba encontrar aun vivo á Laroche. Achmet, que no acertaba á separarse de él, quiso tambien ir en su compañía. Viendo Pointz esta resolucion no se opuso á ella; pero exigió que á lo menos fijasen su residencia en el castillo de Latimer hasta que él pudiese reunirse con ellos; cuya oferta aceptaron con reconocimiento, y al dia siguiente se separaron.

El deseo de volver á ver á unos amigos sin los que no le era dado pasar un ins-

tante, habria seguramente decidido á Pointz á marchar á Hamsphire al mismo tiempo y concluir prontamente los negocios que le alejaban de ellos por algunos dias ; pero no era dueño de seguir el impulso de su corazon, mayormente cuando tenia que cumplir con un deber que miraba como el mas sagrado é indispensable, y que no debia posponerse á la amistad: éste era el de prodigar sus cuidados á los enfermos y á los que aun no se hallaban restablecidos de las heridas que recibieron en el combate sostenido en favor de Achmet, y darles las recompensas ofrecidas, para lo que era preciso aguardar la vuelta de Gregorio.

Sin embargo, el pesar que le causaba la momentánea ausencia de los dos amigos se mitigaba en cierto modo con la presencia de los que aun quedaban con él. El tumulto de los campamentos, la inquietud inseparable por la cercanía y perfidia de los sarracenos, ya no interrumpian las efusiones de su corazon ; pudiendo consagrar libremente todos sus instantes á la amistad. Fitz Hugo veia que su inclinacion á Alan tomaba cada vez mayor incremento, pues las prendas y bellas cualidades que diariamente descubria en aquel jóven,

se le hacian aun mas interesante, siendo digno de notar que no obstante los nuevos afectos de los dos caballeros, en nada alteraba el antiguo cariño que se profesaban, antes bien parecian ser de distinta naturaleza. La diferencia de edad atraia tambien otra no menor en sus relaciones, que sin disminuir la confianza les imponia mayores obligaciones. Ambos se consideraban como los amigos y protectores de los dos jóvenes, cuya debilidad era en cierto modo un lazo que estrechaba con mayor fuerza los que ya habia formado el continuo trato.

Sin embargo de los rápidos progresos que Fitz Hugo hacia en el afecto de Alan, no pudo menos de quejarse de la reserva que guardaba con él. Hacia algun tiempo que le veia triste y pensativo; y aunque le importunaba para que le dijese la causa de aquella novedad, Alan guardaba un obstinadó silencio, hasta que por fin una tarde le halló mas dispuesto á abrirle su pecho.

—No me acuseis, le dijo, de una falta de confianza de que no soy culpable. Mi corazon no tiene nada oculto para vos; pero el secreto que me pediais os revelase, ni era mio ni podia descubrirle sin el con-

sentimiento de la parte interesada. Hoy que Beltran me ha concedido el permiso para ello voy á satisfaceros; pero bajo la condicion de que os obligueis con juramento á no dejar traslucir jamas lo mas mínimo, no solo de lo que voy á deciros, pero ni aun de la conversacion que en este momento pasa entre nosotros.”

Este exordio llamó vivamente la atencion de Fitz Hugo, que no se detuvo en prestar el juramento que exigia el jóven peregrino.

—Sobre todo, con quien debeis guardar la mayor reserva, añadió, es con el baron de Pointz, pues de este misterio depende la dicha de mi amigo.

—¡Con el baron de Pointz! replicó Fitz sorprendido. ¿Es posible que Beltran trate con tal desconfianza á un hombre de quien recibe á cada paso tantas señales de benevolencia é interés? Este proceder casi debe mirarse como una perfidia, y sin la gratitud que yo debo á ese jóven......

—Pues bien, interrumpió Alan, que esa misma gratitud sirva para suspender vuestro juicio hasta haberme oido.

Fitz Hugo conoció la fuerza de esta observacion y guardó silencio.

—Ese Beltran, continuó Alan, cuyas virtudes, buen corazon y generosidad tanto admirais, excitará aun mas vuestra sorpresa cuando sepais......

Á este tiempo entró el baron en la tienda seguido de Maynard y de Beltran, por lo que Alan tuvo que suspender su narracion. Pasaron juntos el resto del dia sin que Fitz Hugo hallase ocasion favorable para renovar una conversacion que tan vivamente habia llamado su curiosidad. Sin embargo esperaba, que cuando segun su costumbre, acompañase á los peregrinos á su tienda, lograria satisfacerla, pero el baron fue tambien en su compañía: lo que aumentó su disgusto y le hizo pasar la noche en la mas penosa agitacion. Al dia siguiente se levantó muy de madrugada con el designio de despertar á Alan y oirle sin temor de ser interrumpido; pero al llegar á su tienda la halló desierta. Llama y nadie le responde: se informa, y sabe que Maynard y los jóvenes peregrinos habian marchado inmediatamente que Pointz y él se separaron de ellos.

Entra de nuevo en la tienda, la registra con escrupulosidad, y solo encuen-

tra dos cartas encima de la mesa, una dirigida al baron y otra á él. Abre la suya con precipitacion, conoce la letra de Alan y lee lo siguiente:

"Marcho con el sentimiento de no poder confiaros un secreto que era esencial supieseis. Acordaos de vuestro juramento, y de que la menor indiscrecion por vuestra parte acerca de nuestra conferencia, perjudicará al baron De-Pointz tanto como á mí y aun á vos mismo."

Esta última frase produjo en Fitz Hugo la mas viva sorpresa. No alcanzaba como podia hallarse interesado en un negocio enteramente extraño para él, y confiado en que la carta de Beltran aclararía un enigma tan misterioso la llevó sin detenerse á su amigo, que no podia creer la marcha de los peregrinos hasta que se cercioró por el billete de Beltran.

"El corazon del baron De-Pointz, decia, adivinará desde luego el motivo que me ha obligado á ocultarle mi partida. He necesitado de todo mi valor para dejarle, he tenido una despedida demasiado penosa, y unas instancias á que no habria podido resistir. Sin embargo no me alejo sino para acercarme á la persona á quien

tengo consagrados mis mas caros y tiernos sentimientos. Pronto debe pronunciar una sentencia de la que va á depender la fortuna ó desgracia de mi vida, y en breve tambien, libre Beltran de su juramento, no tendrá nada oculto para su generoso protector."

El baron quedó inmóvil de asombro, y con la vista fija en el suelo por algun tiempo, hasta que saliendo de sus reflexiones dijo á Filz Hugo.

¿Quién podrá explicar tan extraña conducta? ¡Beltran conocia el amor apenas acabado de salir de la infancia, y ha podido por tan largo tiempo encerrar en su pecho un secreto que todas las fuerzas de la edad madura apenas son bastantes á contener! Yo le he abierto enteramente mi corazon, conoce mis mas ocultos pensamientos, y jamas mi confianza pudo grangearse la suya: no, no era amigo mio...... Dicho esto se entregó de nuevo á una profunda meditacion. Hugo estaba no menos confuso con el contenido tan contradictorio de las dos cartas que acababa de leer. Alan le recomendaba la mayor circunspeccion, y Beltran prometia una entera y proxima confianza, de donde inferia que uno ú otro

obraban con falsedad; pero como en medio de estas ideas encontradas no olvidaba se hallaba ligado con un juramento, se abstuvo de comunicar sus sospechas al baron, y cada uno de por sí formaba diversas conjeturas sobre una partida tan repentina y misteriosa.

CAPÍTULO XI.

Gregorio no tardó en volver al campamento con el importe de las rentas atrasadas de Hamsphire: con él vinieron mas de cincuenta vasallos del baron montados en hermosos caballos y ricamente vestidos, que á porfia se disputaron el honor de salir al encuentro de su señor y servirle de escolta.

Pointz les agradeció esta muestra de afecto; se dió priesa á distribuir sus dádivas á los soldados, y anunció partiria luego que sus vasallos hubiesen descansado. Tres dias gastó en hacer los preparativos del viaje y en despedirse de los caballeros que aun tenian precision de permanecer

en aquel sitio para cuidar de los pocos peregrinos que por su debilidad no podian dirigirse á sus hogares. Al cabo de este tiempo se puso en marcha con Fitz, y llegó á Hamsphire sin ningun contratiempo.

Podia decirse que el baron De-Pointz era extrangero en su patria: por esta razon cuando visitó sus tierras antes del viaje á la Palestina fue recibido con cierta especie de temor y desconfianza; pero la corta mansion que hizo en los nuevos estados produjo una gran mudanza en los ánimos, y no se conoció ya otro disgusto que el de su ausencia. No se ocupaba en otra cosa que en procurar el alivio de los indigentes, y en defender á los débiles contra la opresion de los poderosos. Todas las mañanas las pasaba en un gran salon del castillo, donde los desgraciados le encontraban siempre dispuesto á oir sus peticiones y á alargarle una mano consoladora.

Los ancianos, gracias á sus beneficios, se hallaron pronto en estado de no trabajar para mantener su débil existencia. Dotó á las doncellas pobres, y alentó con premios á los jóvenes que se aplicasen á la agricultura; haciéndoles al mismo tiempo ejercitar en el manejo de las armas para

emplearlos utilmente en caso de necesidad. La insoportable altanería de su padre, aun no olvidada de sus vasallos, servia para ponerles mas de manifiesto el feliz contraste que notaban en los modales del hijo. Bendecian por ello al cielo, y todos á porfia le seguian por donde quiera que iba colmándole de bendiciones.

En medio de estos cuidados activos y benéficos, el baron no se olvidaba nunca de Beltran. Su misteriosa carta estaba presente de continuo á su imaginacion, alimentándose con la esperanza que le daba de venir en breve á buscarle. Con este pensamiento hacia todo lo posible por terminar cuanto antes los negocios que le detenian en Hampshire para regresar á Latimer; sin embargo no era este el único afecto que le arrastraba hácia aquel dominio: amaba sinceramente á Jacobo, y su compañía le era tan necesaria casi como la misma vida. Fitz Hugo, a quien animaban iguales sentimientos que á su amigo, se mostraba no menos impaciente por volverle á ver, por lo que ambos pensaron con seriedad en partir para el condado de Durham.

Pero ya es tiempo de hablar de Jacobo

y Achmet, á los cuales dejamos en el momento de marchar del campamento. El primero estaba cada dia mas abatido, sin que nada fuese bastante á disipar su tristeza: apenas tomaba el preciso alimento para sostener su existencia, pasando horas enteras sumergido en un tétrico silencio.

Asi que llegó á las tierras del baron se apartó del sarraceno, encargándole siguiese su camino hasta el castillo de Latimer mientras que él iba á adquirir noticias de Laroche y á asegurarse de su existencia. Achmet consintió en ello, y Jacobo al separarse de él le prometió estar de vuelta pasadas algunas horas.

Extrangero á los usos y costumbres del pais, Achmet experimentó en el primer momento cierta turbacion por tener que presentarse solo en el castillo de Latimer; pero se tranquilizó cuando al esparcirse la noticia de la llegada de un amigo del baron vió que todos los criados y parte de los vasallos acudieron presurosos á ofrecerle sus servicios. La amable y agasajadora Cicely le condujo al momento á una de las habitaciones convidándole á tomar algun descanso en ella; pero por desgracia, la inquietud en que le tenia la tardanza de

su amigo Jacobo no le permitió aceptar tan sinceras ofertas. Llegó el mediodia, y la noche se aproximaba sin que aun hubiese parecido en el castillo.

Estuvo largo tiempo entregado á las ideas mas melancólicas, hasta que por fin le dijeron que un religioso del monasterio cercano queria hablarle de parte de Jacobo y de Laroche.

Sorprendido el sarraceno de este mensage preguntó con interés por su amigo. El religioso le aseguró que vivia, pero dijo al mismo tiempo, que habiéndose temido algunos momentos por su vida fue preciso sangrarle para precaver los males que podria acarrearle su estado.

Apenas oyó Achmet esta noticia marchó al convento donde permaneció hasta mas de media noche en que volvió al castillo acompañado de Jacobo, y no consintió que ninguno le prodigase los cuidados que exigia su situacion, pasando en su estancia y junto al lecho lo que restaba de la noche.

Por la mañana bajaron á la sala en la que Cicely les tenia preparado el desayuno: ésta miró con atencion al recien venido; su rostro noble y magestuoso excitó viva-

mente su atencion, pero aun fue mucho mayor su admiracion cuando observó la extrema curiosidad con que examinaba el aposento, pareciéndola que de cuando en cuando exhalaba profundos suspiros: tambien notó que su semblante, á la manera del sol cuya sola presencia basta para disipar los mas densos nublados, aparecia despues de algunos momentos de distraccion con toda su serenidad, siguiendo con Achmet una conversacion sobre los asuntos mas indiferentes. Dirigió la palabra á Cicely con agrado y la hizo varias preguntas acerca de su estado y del de su familia.

Concluido el desayuno, los dos huéspedes volvieron sin pérdida de tiempo al monasterio. Encontraron en la puerta á Laroche empeñado en una conversacion bastante animada con una jóven de tan extraordinaria belleza, que los dejó suspensos por un rato. No se le ocultó á ella la sorpresa de los dos amigos, y cubriéndose su rostro de un modesto encarnado trató de retirarse.

— Á Dios, hija mia, la dijo Laroche, dad memorias á Cicely y tened ánimo, pues todo se terminará segun creo á medida de vuestros loables deseos.

—¡Ojala os oiga el cielo, padre mio!

Estas palabras fueron las únicas que contestó bajando la vista; despues de lo cual hizo una profunda reverencia, y se alejó de aquel sitio.

Jacobo y Achmet pasaron todo el dia en compañía de los religiosos: lo mismo hicieron los siguientes, é insensiblemente se acostumbraron á consagrarles casi todos sus instantes.

La vida ejemplar de aquellos venerables sacerdotes, junto con el espectáculo de los beneficios que esparcian en toda la comarca, penetraron el corazon de Achmet.

El deseo de imitarlos le inspiró el abrazar una religion que enseñaba á practicar tantas virtudes, pidió al pie de los altares el título de cristiano, abjurando los errores del islamismo y de su falso profeta.

Entretanto se esperaba de un dia á otro al baron De-Pointz. Todo estaba preparado en el castillo para su recibimiento. Segura Cicely de que su amo daria la preferencia al cuarto de su buena madre no se olvidó de reemplazar la fúnebre colgadura con tapicerías risueñas y agradables.

La impaciencia de Jacobo no tenia límites. Todas las mañanas montaba á ca-

ballo, y se alejaba algunas millas del castillo por el camino que debia traer el baron, con la esperanza de encontrarle. Al fin llegó el deseado momento, y la presencia del señor del castillo colmó de regocijo á sus amigos y vasallos. Laroche vino á manifestar con sus lágrimas el placer que experimentaba al ver otra vez al baron; y la tierra de Latimer ofreció en adelante el cuadro de una reunion tan extraordinaria como interesante de cinco verdaderos amigos.

No se ocultó á Pointz la mudanza hecha por Cicely en su habitacion: consideró esta oficiosidad como una señal de aprecio y de respeto que agradeció de corazon: sin embargo le parecia que aquel aposento habia perdido una parte de sus atractivos, porque no representaba ya tan exactamente la imágen de la tristeza y del dolor de Cristabela de Mowbray. Solo se conservaba en el mismo sitio el cofrecito de ambar, al que miró con cierta especie de respeto, y se inclinó hácia él de un modo afectuoso. ¡Ah! dijo, ojalá que tu dueño hubiese vivido lo bastante para formar una opinion mas favorable de Felipe De-Pointz. Si he de juzgar por lo que siente mi corazon desde luego aseguro que no me habria sido difi-

cil cumplir con los deseos de mi madre, porque dejando á un lado la belleza de su pupila como la menor de las ventajas, ¿acaso existió jamas una muger que haya reunido tantas virtudes y talento?

Estas ideas le ocuparon parte de la noche, y aun le persiguieron durante el sueño, hasta que por la mañana la presencia de sus amigos disipó la tristeza que habian despertado en su alma. Al principio de su mansion en Latimer experimentaron sus penas algun alivio; pero bien pronto volvió á entregarse á su melancolía habitual: cuando estaba solo, la imágen de Beltran no se apartaba de su memoria, y al lado de las personas cuya compañía le era tan grata, conocia que la impresion causada por la presente felicidad, es débil en comparacion de la que excita el pesar de otra que se ha perdido.



CAPÍTULO XII.

Mas de un mes se pasó sin que los dos caballeros tuviesen noticia alguna de sus jóvenes amigos, perdiéndose en vanas conjeturas sobre tan largo y extraordinario silencio. Pointz se informaba por todas partes: escribió á Hamsphire, creyendo que Beltran habria ido á buscarle á aquel dominio; pero nadie habia oido hablar de tal peregrino. Desde entonces fue mayor su inquietud, asi como la de Fitz Hugo. La carta de Alan, que leia á menudo, aumentaba sus pesares, y se acusaba en su interior de no haber andado mas diligente para averiguar el resto del importante secreto del cual dependia, segun Alan, la felicidad de su amigo. Una tarde que retirado en su cuarto, y paseándose pensativo estaba abandonado á estas meditaciones, vió un papel encima de la mesa. Se acerca y no acierta á creer si es realidad o ilusion de sus sentidos lo que se presentaba á su

vista. Era una carta de Alan que abrió apresuradamente, y leyó con la mayor sorpresa lo que sigue.

"Habeis cumplido vuestra promesa, de consiguiente yo debo ser fiel á la mia, advirtiendoos que ahora mas que nunca es necesaria la prudencia: mañana al rayar el alba os espero en el pabellon que está al extremo del bosque."

El contenido de este billete impidió á Fitz Hugo entregarse al sueño aquella noche, y ninguna le pareció tan larga en su vida. Contaba impaciente las horas, y se levantaba á cada instante como si por este medio apresurase la venida de la aurora. Apenas empezó á distinguirse el débil crepúsculo del dia, salió del castillo sin ser visto de nadie, en lo que no fue poco dichoso, porque aun no se habria alejado cincuenta pasos de él, cuando el baron que tambien habia pasado la noche en una penosa agitacion, entró en su aposento con el fin de proponerle le acompañase á caza. Extrañando hallarle fuera de el, bajó al jardin donde le estuvo esperando largo tiempo, hasta que al fin se decidió á salir solo. Sus reflexiones mas bien que la caza le entretuvieron gran parte de la mañana, y

ya era mas de mediodia cuando volvió al castillo, en el que encontró á Jacobo y á Achmet, pero no á Fitz Hugo. Viendo que eran pasadas mas de dos horas sin que aún hubiese vuelto, envió algunos criados en su busca, y despues de esperar todavia un buen rato le vió venir á lo lejos. Corrió aceleradamente á su encuentro; pero si la presencia de un amigo tan querido disipó por una parte sus inquietudes, por otra le infundió ideas extraordinarias, pues la gran confusion que advirtió en su semblante le sorprendió sobremanera. En sus discursos se notaba una reserva mal disimulada, manteniéndose constantemente pensativo y taciturno sin atender á ninguna de las preguntas que le hacian, sin que nada fuese bastante á sacarle de su distraccion. Al otro dia y los que le siguieron hubo la misma ausencia y cavilosidad: pero esto no incomodaba tanto al baron como el ver cuán inútiles eran sus esfuerzos para saber el origen de las penas que él creia atormentaban á su amigo. Mas de ocho dias permaneció en su obstinado y profundo silencio, hasta que una tarde que se paseaban juntos, hallandose al fin del parque, le preguntó Fitz afectando la mayor

de su rostro. La transparencia y la brillante delicadeza de su tez, dejaban percibir á un tiempo los matices del rubor y de la palidez que manifestaban á cada momento las emociones de su alma. Sus negros y brillantes ojos se bajaron al acercarse á ella el baron, ocultando el fuego de sus miradas unos largos y hermosos párpados. El brillo del rubí y la blancura de la mas hermosa perla oriental adornaban su bellísima boca, cuya gracia se aumentaba aun mas por dos hermosos hoyuelos, que una sonrisa encantadora formaba en sus lindas mejillas.

Deslumbrado Pointz con tal conjunto de gracias exclamó despues de haberla estado contemplando un buen rato: "¡Oh cielo! ¿es esto realidad ó una ilusion de mi fantasía? Fitz, habla tu por mí, pues yo no me hallo con fuerzas para ello.

Si hubiese en aquel momento mirado á Fitz Hugo, habria conocido sin dificultad que la turbacion de éste era igual á la suya; pero todo lo que no era Ana no podia cautivar su atencion.

Bella Ana, la dijo el caballero, mi amigo se lamenta de no haberos visto desde su llegada al castillo.

El rostro de Ana se cubrió de un bello encarnado al oir estas palabras y no se atrevió á levantar la vista. El baron temblaba lo mismo que ella, sin embargo animándose un poco procuró disimular su agitacion, y la dijo con agrado: "Vuestra respetable madre hace muy bien en sustraer tan linda persona de los lazos de un mundo corruptor; pero en vez de un tirano hallareis siempre un amigo y un protector en Felipe De-Pointz."

Ana quiso responder, y no hizo mas que articular algunas palabras sin enlace ni conexion; pero Pointz menos atento á lo que ella decia, que maravillado de oir su voz, manifestó la mas extraordinaria sorpresa y preguntó á Cicely con viveza si tenia otros hijos.

—No Milord, le respondió, Ana es mi hija única.

—¿Y nunca habeis tenido algun hijo?

—Nunca.

—¡Oh cielo, que singular capricho de la naturaleza! Qué semejanza tan extraordinaria!

Interpelado Fitz por el Baron, sostuvo que Ana no se parecia en nada á la persona á quien él hacia alusion. Pero

Pointz siempre se mantuvo en su opinion.

Á este tiempo llegaron Jacobo y Achmet y su presencia interrumpió la conversacion. Cicely y su hija se aprovecharon de esta circunstancia para despedirse del baron, y alejarse de ellos; pero Pointz ocupado siempre con su idea, renovó despues de su marcha la disputa con Fitz Hugo, y quiso saber el parecer de Jacobo.

— Sí, contestó éste dando un profundo suspiro, sí Milord; he conocido una muger que tenia una notable similitud con Ana; una muger que poseia á la vez la inocencia, la hermosura y la pureza de un ángel; pero ah! ya no vive, y jamas la habeis visto.

Pointz no esperaba que su disputa despertase tan crueles recuerdos en el alma de Jacobo, y se arrepintió de haberla llevado tan adelante.

Desde aquel momento se convenció del poco fundamento de una observacion, que solo á él habia ocurrido, y se esforzó á desterrar de su imaginacion las ideas que ella le habia sugerido.

CAPÍTULO XIII.

En todo el resto de aquella tarde pudo el baron apartar de su pensamiento á Ana, cuya imágen le persiguió por la noche aun durante el sueño. Deseaba la llegada del dia para hablar largamente con ella y ver si su talento correspondia con su belleza. Ademas nadie como ella podia comunicarle las noticias que todavia deseaba adquirir acerca de su madre y de Cristabela de Mowbray. Debia celebrarse en aquel dia el aniversario de su nacimiento, y como era la vez primera que desde su infancia se hallaba á tal época en el castillo de Latimer, se hacian grandes y suntuosos preparativos para la fiesta. Despertó apenas fue de dia, y aun permanecia en el lecho, cuando llegó á sus oidos una dulce voz que uniéndose á los acentos melodiosos de un harpa penetró hasta su corazon; pero se sorprendió mucho mas al enterarse que lo que cantaban era el siguiente:

HIMNO.

Rompió la aurora los densos velos
Con que la noche se oculta infiel:
Y á su destello las torres brillan
En el castillo de Latimer.

Trinan las aves, las selvas rien;
Y á una las flores abren tambien
El blando cáliz, que aromas vierte
En el castillo de Latimer.

Tributo es justo que el campo rinde
Al dueño hermoso que habita en él:
Escudo firme de sus vasallos,
Y eterno timbre de Latimer.

Muros antiguos de glorias llenos,
Gratas memorias de honor y prez;
Sed la corona natal que hoy ciña
Al baron justo de Latimer.

Tal dia fausto como el que luce,
En esta estancia le vió nacer,
Retoño bello del noble tronco
Que honró al castillo de Latimer.

Á nuestros votos propicio el cielo
Por siempre tantos dones le dé,
Cuantas virtudes encierra el alma
Del baron justo de Latimer.

Impaciente por conocer el dueño de una voz tan seductora, dejó precipitadamente el lecho, y vistiéndose de priesa, salió á la galería; pero ya la encontró desierta.

Se habia lisonjeado desde luego que la que le festejaba de aquella manera era Ana la hija de Cicely. Volvió á su aposento, y sentándose en una silla estuvo por largo tiempo triste y silencioso. ¡Cielos, exclamó al fin, en que turbacion tan inesplicable me encuentro! Solo he conocido una persona cuya voz melodiosa pueda compararse con la que acabo de oir: todo cuanto veo y me rodea parece un encanto ¡oh madre mia! ¿por qué no se me habrá permitido venir á este castillo cuando vuestra presencia derramaba en él la felicidad, ó mas bien por qué no estais en él ahora que yo le habito?

Poco despues bajó al salon donde ya sus amigos reunidos le esperaban para el desayuno. Todas las paredes estaban adornadas con ramas y flores, elevándose en

medio un gran ramo de roble rodeado de diversos arbolillos, y en un pergamino, en que se veian dibujadas las armas de las casas de Falcomberg, Pointz y Latimer, se leía la siguiente inscripcion en caractéres dorados.

“Del mismo modo que el vigoroso roble estendiendo sus protectoras ramas, »defiende contra las tempestades al tierno »arbolillo y á la flor del campo, asi Felipe »De-Pointz sabrá usar de su poder para »libertar al débil de la opresion. Como su »madre, traerá á estos sitios la paz y la »abundancia: la felicidad aparecerá de nue»vo en los dominios de Latimer, y ya re»piten las bóvedas del castillo los gritos de »la bulliciosa alegría.”

Atónito y encantado el baron, deseó saber quien fuese el autor de aquel escrito: llamó á Gregorio, pero éste no pudo satisfacer su curiosidad, porque dijo habia hallado la sala preparada de aquella manera, no obstante haberse levantado antes de amanecer. “Sin embargo, añadió, tengo recelos que es obra de la hija de Cicely, porque poco antes que yo entrase aquí, vi salir una jóven que me pareció ser Ana.”

Se cree facilmente lo que se desea; ¿y

cómo era posible engañarse cuando se trataba de Ana? Por otra parte, ¿qué otra muger podia tener con ella la menor semejanza? Esta reflexion no dejó duda alguna al baron, y al momento se dirigió al aposento de Cicely.

Encontró á Ana ocupada en bordar, y junto á ella vió el harpa que tan agradablemente le habia sorprendido hacía pocos momentos. Un modesto encarnado cubrió su rostro á la vista del baron, y sus ojos se arrasaron de lágrimas.

—Hermosa Ana, la dijo, ¿cómo podré dejar de expresaros el placer que me han causado los sonidos de esa harpa encantadora, y vuestra voz mil veces aun mas melodiosa? ¿Y qué habrá que yo no intente para merecer algun dia los elogios que con tanto afecto me habeis tributado? No; de hoy en adelante no me será posible olvidar mi deber. Vuestras palabras me le recordarán de continuo..... Pero ¿á qué esas lágrimas, cuando esta mansion no presenta hoy mas que el júbilo y la alegría? Decidme el motivo, y sea yo el que logre detener su curso si está en mi mano el conseguirlo.

Ana, despues de un momento de silen-

cio, respondió: "Mas quiero explicarme con vos claramente que dejaros formar falsas conjeturas sobre lo que veis. No, no es la pena la que hace correr mi llanto, sino la ternura de un corazon agradecido, que experimenta una indecible satisfaccion al ver al digno y legítimo heredero de Latimer en posesion de lo que debia pertenecerle con tan justo título: no he podido detener mis lágrimas al reflexionar cuan completo seria este placer si la baronesa hubiese podido participar de él.

En tanto que Ana explicaba sus sentimientos de esta manera, Pointz no apartaba la vista de ella escuchándola con la mayor atencion, y exhalando un profundo suspiro dijo:

—Antes renunciaria á todos cuantos bienes poseo que á este dominio, no obstante de tener que llorar toda mi vida el desgraciado acontecimiento que me ha hecho dueño de él. ¡Con que gozo sacrificaría el doble de su valor porque vuestra amiga la amable Cristabela fuese aun propietaria de este castillo! Vos que la conocisteis, y que estabais unida á ella por la mas estrecha intimidad, habladme de ella sin cesar; aumentad, si es posible, el sentimiento de

respeto y de ternura que siempre he profesado á su memoria.

Ana no le replicó; pero Cicely tomando la palabra suplicó al baron evitase hablar de un asunto tan penoso.

En aquel momento miró Pointz á Ana que tenia sus bellos ojos elevados al cielo con la expresion de la mas viva sensibilidad. Incapaz de contener su emocion á vista de semejante espectáculo, tomó una de sus manos y la llevó á los labios con enagenamiento.

Esta accion animó los colores del rostro de la hija de Cicely, y aun el mismo De-Pointz se hallaba en el mayor embarazo. "Acordaos, dijo, bella Ana, que hoy es el dia de mi cumpleaños; sírvame de escusa esta consideracion. Todos los años solicitaré igual favor de vuestra amistad, y me creeré el mas dichoso de los hombres si puedo obtenerle.

En este instante le avisaron que unos caballeros magníficamente vestidos pedian permiso para entrar en el castillo á tomar parte en la fiesta que iba á celebrarse. Salió á recibirlos, y quedó agradablemente sorprendido al encontrarse con los Lores Towers y Newille seguidos de sus

vasallos y domésticos. Habian conocido á Pointz en Palestina, y contraido con él una sincera y tierna amistad. Los recibió con cariño, y se apresuró á reunirse con Jacobo y Achmet que le esperaban en el gran salon del castillo con parte de los caballeros de las cercanías.

El dia se pasó en regocijos: los vasallos del baron acudieron al castillo, donde se habian dispuesto mesas para todos, y á cada uno se le dió una moneda de oro en señal del afecto y memoria de su señor. Se bebieron infinitos toneles de vino á su salud, y la música y las danzas se prolongaron hasta la mañana siguiente, siendo general la alegría que brillaba por todas partes. Newille y Towers aceptaron la invitacion que se les hizo de pasar algunos dias en el castillo antes de regresar al Westmoreland donde estaban situadas sus posesiones.



CAPÍTULO XIV.

El baron se habia entregado sin reserva ni desconfianza á un sentimiento cuya fuerza no le dejaba la libertad necesaria para indagar su naturaleza: la alegría de los que le rodeaban principió al fin á fastidiarle, sin que tampoco pudiera adivinar de donde nacia esta sensacion involuntaria; y la necesidad de estar sin testigos mas bien que el cansancio le condujo hácia el fin de la noche á su aposento donde sè entregó libremente á sus reflexiones, alarmándose sobremanera al descubrir el estado de su corazon. Vió que Ana habia producido en él una impresion, tanto mas profunda, cuanto era mas inesperada. La amaba, y ya su razon no le ofrecia mas que inútiles socorros. "Me he arrojado, decia, á un horroroso precipicio, y no me queda otro partido que el de una pronta fuga....... ¿Con qué es preciso que yo olvide la juventud, la hermosura y la inocencia? ¡Oh

cielos! cuan feliz seria con tal esposa. ¿Por qué no habré nacido en una esfera humilde, ó por qué el cielo habrá puesto tan inmensa distancia entre ambos? Pero...... La pupila de mi madre, la amiga de Cristabela de Mowbray ¿no puede honrar á todos los que la pretendan? Ciertamente que sí...... ¡pero la hija de un vasallo mio!..... ¡Oh vanidad, fantasma insufrible! hasta cuando han de ser los hombres tus esclavos, y dejarán de sacrificar su verdadera felicidad á tus ridículos prestigios?

El desórden en que se hallaba su imaginacion con unas ideas de esta naturaleza, no era nada comparable con el que produjo una reflexion que repentinamente se presentó á su pensamiento. Las reiteradas ausencias de Fitz Hugo, su continua agitacion, el porfiado silencio interrumpido solamente en una ocasion para hablarle de Ana, le persuadió que su amigo amaba á esta jóven, y se acordó que habiendo llegado á penetrar el motivo de su conducta, se propuso interiormente favorecer su amor dotando á la hija de Cicely. Admirado de la exactitud de estas observaciones, como si fuese la primera vez que se presentaban á su vista, creyó salia de

un sueño por el que se habia dejado seducir, y se horrorizó de sí mismo.

Estas ideas le ocuparon toda la noche, mudando sus determinaciones de tal modo, que aun llegó á lisongearse de un triunfo que estaba bien distante de haber conseguido. Por la mañana al reunirse con sus huéspedes se descubria en su semblante una tranquilidad aparente; y despues del desayuno les propuso una cacería.

Towers la aceptó, pero Newille pretextando hallarse indispuesto para no ir con ellos, se quedó en el castillo; aunque el motivo era muy distinto del que aparentó. Newille era uno de aquellos jóvenes, que sin tener principios enteramente corrompidos, afectan una ligereza que muchas veces está en manifiesta contradiccion con su propio corazon. No era un libertino consumado; pero creia que el honor no le obligaba á respetar los juramentos del amor, y no tenia escrúpulo en engañar á las mugeres á quienes dirigia sus homenages. Quizá en esto no era tan culpable como podia creerse. Su ligereza y presuncion alejaban de él las mugeres virtuosas; y las que se mostraban sensibles á sus declaraciones amorosas es-

taban muy lejos de poseer las cualidades necesarias para rectificar las falsas ideas que habia adquirido con el trato de los jóvenes de su edad.

Habia visto aquella mañana á Cicely y Ana al atravesar la galería, y no habiendo tenido tiempo en este encuentro puramente casual para hablar á la última, propuso buscar ocasion para ello. Instruido por Jacobo del empleo de Cicely en el castillo, no consideró á Ana sino como hija de una sirviente, y desde aquel momento se lisonjeó recibir una acogida favorable, si hallaba medio de proporcionarse una entrevista con ella. Atribuyó á su modestia las señales evidentes de desprecio con que correspondió á sus expresivas y apasionadas miradas, y poco intimidado por el mal éxito de esta tentativa, juzgó imposible que una jóven de estado tan inferior al suyo tuviese el valor necesario para resistir sus ataques por mucho tiempo. Penetrado de este pensamiento y resuelto á tener una conversacion con ella, se excusó de acompañar al baron, y apenas le vió fuera del castillo se puso á recorrer todas las habitaciones, informándose muy particularmente de la de Cicely. Sus ocupaciones detenian á

ésta en otra parte, y Ana estaba sola. Cierta de la ausencia del baron y de sus convidados, y no esperando ninguna visita, entró en su gabinete, y tomando el laud se colocó junto á una ventana, desde donde se descubria un hermosísimo paisage.

No podia llegar Newille en mejor ocasion, pues vuelta de espaldas á la puerta se entretenia en pulsar las cuerdas del instrumento bien agena de que nadie la escuchase.

La estuvo contemplando por algun tiempo admirado y sin interrumpirla, hasta que al fin acercándose á ella dijo: "No necesitas valerte de un talento tan singular, para ser la persona mas seductora de tu sexo: miro como uno de los mas felices instantes de mi vida el en que me es permitido declararte un amor que me hace perder la razon."

Ana se levantó prontamente, echó sobre él una mirada de desprecio, y se dispuso á salir sin dignarse responderle.

— No, no, exclamó Newille adivinando su intencion y poniéndose delante de ella, no me dejarás asi hermosísima Ana. Has sido demasiado tiempo vasalla del baron De-Pointz: quiero partir mi fortuna con-

tigo, y que seas desde ahora quien mande despóticamente en mi corazon."

Indignada Ana al oir semejante lenguaje respondió procurando evadirse de nuevo: "Esa proposicion tan insolente demuestra bien á las claras que sois un vil libertino. Sabed que el menor de los vasallos del baron De-Pointz es mas digno de mi estimacion que vos."

— ¿Y de dónde nace esa altivez? Conoces mi clase?

— Sí, y por lo mismo es mayor el desprecio con que os miro.

Sorprendido Newille de una resistencia que no esperaba, y fuera de sí á vista de tantos atractivos, la detuvo por un brazo. "Aguarda, la dijo, yo te lo suplico, y cuenta con mi generosidad."

— ¡Vuestra generosidad! No, sois incapaz de conocerla. Retiraos ó llamaré á quien me socorra, contestó Ana, haciendo un esfuerzo con que logró desprenderse de sus manos.

Newille intentó detenerla de nuevo, pero ella empezó á dar gritos, sin que por eso se atemorizase aquel jóven atolondrado que se creia solo en el castillo; mas cuál fue su asombro cuando abriéndose de gol-

pe la puerta vió entrar á Jacobo precipitadamente en el aposento!

El susto de Ana y la turbacion de Newille dieron á conocer sin otra explicacion á Jacobo el motivo de los temores de la jóven. Se acercó á ella y la ofreció su brazo, echando al mismo tiempo sobre el Lord una mirada de indignacion. Esta aparicion tan inopinada le desconcertó de tal manera, que no tuvo la presencia de espíritu necesaria para salir de aquel apuro, de recurrir á su habitual ligereza, ni para responder á la especie de provocacion de Jacobo. Quedó inmóvil un buen rato, y cuando volvió de su sorpresa se encontró solo, pues Jacobo y Ana habian salido de la estancia sin que él lo notase. Animado del deseo de responder á una mirada que él consideraba como la invitacion de un desafio, se apresuró á ir en su busca, pero fue detenido por el baron que volvia de caza con Towers y Fitz Hugo.

Precisado á contenerse y acompañarlos, no pudo hablar á Jacobo á solas segun deseaba. Esta circunstancia trastornó su proyecto, porque aquella misma tarde tuvo que partir con Towers, y viendo que no le era posible explicarse claramente, se

acercó á Jacobo repetidas veces, procurando hacerle comprender con sus miradas lo que no podia decirle de viva voz: al despedirse del baron dirigió la vista á Jacobo, y con una marcada afectacion le aseguró que antes de mucho se verian. Esperaba que esta frase seria inteligible para aquel á quien se dirigia.

CAPÍTULO XIV.

Mas satisfecho Pointz, aunque no mas tranquilo despues de su última resolucion, se entregó con una especie de orgullo á los nuevos sentimientos que habian remplazado al amor que tenia á Ana. Dos dias enteros combatió con un valor extraordinario la irresistible fuerza que le arrastraba hácia la habitacion de Cicely; pero al cabo de este tiempo creyó que la delicadeza y la amistad le imponian el deber de dar ciertos pasos cuyo objeto, decia entre sí, cesaba de ser vituperable desde el momento que no le eran puramente personales. No

podia, ni trataba de pretender que Ana le amase; ¿ pero acaso debia renunciar á su confianza y á la satisfaccion de serla útil? Ademas ¿no tenia Fitz Hugo un derecho para esperar el cumplimiento de sus promesas? Estos motivos eran demasiado justos y conformes á la verdadera honradez, y esto mismo le determinó á hacer una visita á Ana. Al ver la tristeza que aparecia en su rostro quedó en extremo maravillado: la hizo várias preguntas, en las que desde luego se dejaba conocer que la curiosidad tenia menos parte que el interés, y aun se atrevió á redoblar sus instancias á riesgo de desagradarla con la única intencion de servirla. "Permitidme, la dijo, os suplique me ilustreis sobre un particular muy esencial á vuestra felicidad. Bella, jóven, y dotada de las mas escelentes cualidades, es imposible que la conquista de vuestro corazon no haya sido objeto de los deseos de infinitos *adoradores*. Habladme con franqueza querida Ana: entre los que se han manifestado ansiosos por agradaros ¿hay alguno tan dichoso que tenga esperanza de lograrlo?"

Ana estaba demasiado turbada para poder responderle.

— Vuestro silencio me dice lo bastante, continuó Pointz esforzándose á ocultar su conmocion. Nombrádmele y sed feliz. Por mi parte no quiero perdonar ninguno de los medios que estén á mi alcance para asegurar vuestra dicha."

Cada palabra del baron redoblaba la confusion y tristeza de Ana, quien sin responderle prorumpió en un amargo llanto. Hay cierta clase de secretos que no quieren absolutamente confiarse, pero que sin embargo no disgusta algunas veces verlos adivinados. Pointz creyó que Ana se hallaba en este caso.

— Fitz Hugo, la dijo mirándola con atencion, es mi mayor y mejor amigo. Se que no ha podido mostrarse insensible á vuestras gracias y su mayor dicha seria la de agradaros: ¿qué debe pues esperar de vos? Permitidme que pueda yo darle una prueba de mi celo y afecto."

Ana no pudo ocultar su sorpresa al oir este razonamiento: con todo esforzándose á disimular su embarazo respondió:

— Milord, la turbacion que notais en mí no me quitará la fuerza necesaria para sacaros del error en que os veo. El caballero Fitz Hugo es vuestro íntimo amigo;

por este título le respeto y le estimo, y á esto es á lo que únicamente se reducen mis sentimientos para con él.

—¿Luego me he engañado? Quién es pues el dichoso mortal que posee vuestro corazon?

—No pretendo casarme Milord. Solo deseo pasar mi vida en el retiro y en la oscuridad."

La llegada de Cicely puso fin á esta conversacion. Pointz estaba en un estado tal de agitacion que no era dueño de contenerla, y salió del aposento casi al mismo tiempo que entraba Cicely, para entregarse libremente á los nuevos sentimientos que le asaltaban, pasando alternativamente del desaliento á la esperanza, pareciéndole que ningun obstáculo se oponia á sus deseos, pues no veia otros contra su amor que los de una ridícula vanidad; de ningun valor en verdad, para aquellos que conocian á Ana y admiraban las virtudes y bellas cualidades con que el cielo la habia dotado. Estas reflexiones le decidieron al fin: pensó en explicarse sin reserva, y en declarar á Ana sus afectos; pero un temor, cuya causa le era desconocida se lo impedia, y en cuantas ocasiones fue á verla con

intento de descubrir el estado de su corazon, jamas se atrevió á hacerlo. Ocho dias pasaron de este modo, al cabo de los cuales una mañana vió entrar en su aposento al Lord Newille. Éste habia conocido lo odioso de su conducta en el castillo de Latimer, y no pudiendo olvidar la noble defensa de Ana, ni su dignidad imponente inseparable de la verdadera virtud, concibió por ella un respeto igual al amor que su belleza le habia inspirado cuando la vió por primera vez. La imposibilidad de seducirla aumentó su pasion; y como le era mas fácil pasar de un extremo á otro que contenerse en los límites de un medio racional y justo, no vió mas que un camino para salir de su apuro.

—Milord, dijo dirigiéndose al baron, vengo con la esperanza de conseguir una prueba de vuestra amistad. La corta mansion que hice en este castillo ha destruido enteramente mi sosiego, pues desde que ví á la amable Ana conozco que mi corazon no puede vivir sin su presencia, y por lo tanto estoy resuelto á desposarme con ella.

—¡Á desposaros con ella! respondió el baron sorprendido y confuso.

—Si amigo mio; conozco que tal pro-

puesta debe admiraros, pero mi partido está irrevocablemente tomado, y la felicidad que debo gozar con su compañía me compensará del disgusto que pueda ocasionarme la crítica á que sin duda va á exponerme este enlace. Espero que no me rehusareis, lo mismo que vuestro amigo (Jacobo estaba presente), el favor de acompañarme á la habitacion de Ana para ser testigos de una proposicion que debo hacer públicamente por motivos que me impelen á ello."

Jacobo entendió muy bien el sentido que encerraba esta última frase, y que la intencion del Lord era la de reparar su escandaloso proceder con aquella á quien despues queria ensalzar, dándola el título de esposa. El baron estaba tan turbado que no le fue posible responder. Únicamente procuró ocultar los diferentes afectos que le agitaban, y confiado en obtener por este medio datos seguros sobre el estado del corazon de Ana, determinó ir en su busca al momento. La presencia de Newille sobresaltó en extremo á la tímida jóven; pero aún causó en ella mayor efecto su propuesta, y mirando al Lord con un aire mezclado de pudor y firmeza contestó:

—Milord, vuestra proposicion me honra demasiado; pero tengo poderosas razones para no aceptarla.

—¿Es posible que me desprecieis? exclamó Neville. Pensad bellísima Ana cuan humillante es para mí semejante respuesta.

—¡Humillante! Veo que interpretais muy mal el sentido de mis palabras. Mi negativa no prueba otra cosa, sino que yo no puedo dar mi corazon al Lord Neville.

—Está acaso comprometido?

—¿Qué os importa saberlo, Milord, si yo no os doy ningun derecho sobre él? Os ruego no penseis mas en esto. Un amor pasagero, y sobre todo tan repentino, se borrará facilmente. Ofreced á otra vuestra mano, seguro de que la recibirá con agradecimiento."

En seguida hizo una reverencia, mas bien dirigida al baron que á Neville, y salió del aposento.

Neville quedó confundido con esta respuesta. Su orgullo sufria tanto como su amor por un desden que no podia menos de mirar como un castigo de su conducta anterior. Abrevió la visita lo mas que le fue posible, y se alejó despechado del castillo.

El baron se hallaba combatido de diversas sensaciones. El mal éxito de la pretension de Newille le colmaba secretamente de júbilo, pero no por eso se disminuia su incertidumbre. ¿Qué motivos podia tener la hija de Cicely para rehusar una oferta tan brillante y ventajosa? Era preciso que otro poseyese su afecto; y si esta observacion iba fundada como lo indicaban demasiado las apariencias, ¿deberia él tambien renunciar á toda esperanza? El resultado de estas reflexiones le volvió á sumergir en sus antiguas sospechas. Ana le engañaba, ó á lo menos no queria confiarle su secreto. Parecia evidente que amaba, y que Fitz Hugo era el objeto de su eleccion. Desde su llegada á Latimer apenas le veia. Siempre hallaba pretextos para ausentarse, y todo concurria á demostrarle que iba secretamente al aposento de Cicely. Pero ¿por qué razon se obstinaba en guardar tanto silencio? Estos pensamientos le resolvieron á aclarar aquel misterio á cualquier costa.



CAPÍTULO XVI.

El acaso presentó muy en breve á Pointz datos que segun todas las apariencias hubiera buscado en vano por algun tiempo. Algunos dias despues de la peticion del Lord Newille se ausentó del castillo de Latimer con objeto de pasar una semana en casa de un vecino suyo, cediendo á las instancias que de largo tiempo le hacia para ello. Á su vuelta un movimiento irresistible le condujo hácia el aposento de Cicely. Era ya de noche, y solo la débil luz de una lámpara alumbraba la primera sala de la habitacion. Pointz se detuvo en ella; pero creyendo oir un gemido, escuchó con mas cuidado y se confirmó en que eran ciertas sus sospechas. Abrió sin detenerse una puerta, y atravesó dos salas que no sabia existiesen aun cuando componian parte de las dependencias de su castillo. La única claridad que penetraba en ellas provenia del reflejo de la lámpara de la

antesala; y sin embargo fue la suficiente para ofrecer á su vista el objeto que iba buscando. Mas ¡en que estado halló á la bella, á la interesante Ana! Una horrorosa palidez, semejante á la de la muerte cubria su rostro: Cicely la sostenia en el lecho en que reposaba, mientras que Laroche respondiendo al parecer á lo que ella le acababa de decir, la hablaba de esta suerte.

"El desaliento, hija mia, ofende al cielo: éste os prodiga sus bendiciones, y vuestro corazon no se muestra bastante agradecido á sus favores."

—Padre mio, mi respetable amigo; sabeis de largo tiempo que mi vocacion me llama á la vida solitaria. ¡Ah padre mio! Me avergüenzo de decirlo; solo el baron despues de Dios era dueño de mi voluntad; pero ahora ya he visto que su indiferencia para conmigo es demasiado cierta. ¿Me hubiera á no ser asi propuesto por esposo á Fitz Hugo ó al Lord Newille?"

Pointz estaba fuera de sí; entró con precipitacion en la estancia pronunciando el nombre de Ana, y se colocó al lado de su cama.

Á esta vista la jóven dió un grito penetrante, cayendo al mismo tiempo sin

sentido en los brazos de Cicely. Laroche se volvió hácia él diciéndole: ¿qué habeis hecho, Milord? Ya en otra ocasion se creyó que la sensibilidad de esta desventurada le fuese funesta, y temo con fundamento que hoy sucumba víctima de ella.

Pointz no respondió: tenia fijos los ojos en Ana estrechando su mano fria é inanimada. Amiga mia, exclamó, recóbrate siquiera de compasion por mí. Á pesar del sentimiento que me causa verte en este estado, conozco que mi corazon se halla mas aliviado del cruel peso que le oprimia.

Estas palabras produjeron en Ana un rápido y saludable efecto. Poco á poco se fue recobrando; pero el pudor la obligó á ocultar su rostro en el seno de Cicely, privándola de la facultad de hablar.

— ¡Ah querida mia! continuó el baron, volved por favor vuestra vista hácia un hombre que solo aprecia la vida por vos. Habladme, os lo suplico, decidme que consentis en ser mia.

— Padre mio; vos conoceis mi corazon: ¿será preciso que el baron conozca toda mi debilidad? dijo Ana levantando la vista con timidez y dirigiendose á Laroche.

Ana, respondió Pointz interrumpién-

dola, decid únicamente que consentis en hacerme feliz, y juro á vuestros pies una eterna fidelidad.

—Deteneos, Milord, no pronuncieis ningun juramento hasta que hayais conseguido saber mis mas secretos pensamientos.

—Por mi parte no veo ningun obstáculo, ¿cuáles pueden ser los que tenga que temer la vuestra? Á no ser tal vez que el compromiso con algun......

—No, yo salgo garante de la inocencia y de la honradez de Ana: os afirmo que su corazon era libre antes de conocer al baron de De-Pointz, dijo Laroche á este tiempo.

—Pongo al cielo por testigo, repuso Ana, que sino consigo ser esposa del baron De-Pointz no lo seré de ningun otro. Pero es preciso que antes se entere de lo que tengo que revelarle: no me hallo ahora en disposicion de explicarme, y le suplico que me conceda aun unos dias.

El baron se hallaba en el colmo de la alegría, y no puso el menor reparo á esta peticion. Ademas, el testimonio de Laroche y la conducta de Ana le aseguraban que el secreto no tenia la menor relacion

con ningun asunto que pudiese estorbar la felicidad de que ya se lisonjeaba gozar anticipadamente.

—Bien, contextó, consiento en ello, esperaré todo el tiempo que gusteis; pero á lo menos tened presente mi justa impaciencia. Nada intento saber de lo que querais ocultarme; únicamente os pido el permiso de veros todos los dias; oir el dulce acento de esa voz, y procurar grangearme vuestro aprecio; á esto se limitarán mis deseos, hasta que logre adquirir el derecho de miraros como otro yo mismo."

Esta escena duraba ya demasiado, y se hubiera aun prolongado si Cicely no hubiese dicho al baron que Ana necesitaba descansar, por lo que se retiró en compañía de Laroche.

Al entrar en el gran salon encontraron reunidos á Jacobo, Fitz Hugo y Achmet, á quienes Pointz comunicó su resolucion. El primero la oyó con la mayor circunspeccion, mientras que Achmet la aplaudió con entusiasmo. El baron quedó admirado de las miradas sombrías de Jacobo cuya causa no pudo adivinar; pero no hizo gran caso de este movimiento de reprobacion, porque estaba bastante ocupado con la idea de

que nada podia turbar su completa dicha, y por lo mismo se entregó sin la menor reserva en presencia de sus amigos á todo el exceso de su alegría: sin embargo en medio de estos arrebatos no olvidó los pesares de Fitz Hugo. Amigo mio, le dijo, ¿cuándo me concederás tambien tu confianza? Si es un deber de la amistad el compartir los placeres, tambien lo es el de participar de sus contratiempos.”

Fitz Hugo le respondió estrechando su mano. Dentro de poco estarás plenamente satisfecho de mi conducta, y aun te aseguro que tu felicidad igualará á la que disfruto al presente. El baron no comprendió el misterioso sentido de esta última frase, que únicamente atribuyó al afecto de su amigo. Asi se terminó el primer dia feliz que habia amanecido para el baron desde la muerte de su padre y su salida de Normandía.



CAPÍTULO XVII.

A la mañana siguiente pasó Pointz bien temprano á la habitacion de Cicely. Encontró á Ana mas aliviada, aunque en su rostro se notaba cierta agitacion, que miró como una consecuencia de la escena de la noche anterior. Temeroso de causarla la menor molestia procuró alejar de la conversacion cuanto pudiese tener referencia con el secreto que ella queria guardar, y solo se trató de su madre y de Cristabela de Mowbray, cuyas alabanzas jamas se cansaba de oir: tampoco se echó en olvido á Beltran.

Pointz habia ya hablado de él muchas veces á Ana; pero en aquella ocasion manifestó mayor pesar por su ausencia. "Nada, dijo, faltaria á mi dicha, si hubiese podido reunir á todos mis amigos para hacerlos partícipes de ella: mas ¡ah! acaso he perdido para siempre á aquel cuyo corazon y sentimientos tenian tanta analogía con los mios. Esta idea me entristece, y

disminuye en parte el júbilo de que estoy poseido. Entonces dió libre curso á sus suspiros, y tropezó de este modo sin conocerlo en el inconveniente que se habia propuesto evitar; pero advirtiendo la grande emocion de Ana se apresuró á terminar una conferencia tan penosa para ambos, y á lo que no poco contribuyó un suceso que estaba muy distante de esperar. Habiéndole anunciado que el superior del convento de Santa María solicitaba hablarle salió á su encuentro, y al querer informarse del motivo de su visita, el venerable religioso le dijo: "Milord, no he querido confiar á nadie el cuidado de entregaros esta carta que me han dirigido para vos." El baron la abrió sin detenerse, y la recorrió rápidamente con la vista. Entretanto Ana tenia los ojos fijos en él, observando con placer la agradable impresion que su contenido parecia producir en él. Concluida la lectura exclamó: por fin ya empiezo á descubrir una vislumbre de esperanza: vos conoceis mis pesares, bella Ana, y pronto, segun espero, no tendré nada que desear. Oid, y juzgad: he aqui lo que me escriben los religiosos de la capilla de San Juan de Acre.

—"Milord: cuando esta carta llegue á vuestras manos os convencereis de la exactitud con que hemos seguido vuestras benéficas intenciones: os la entregarán los ocho cautivos á quienes por efecto de vuestras liberalidades hemos logrado rescatar del poder de los infieles. La generosidad del jóven peregrino Beltran nos ha suministrado igualmente las cantidades necesarias para librar á otros cuatro de la esclavitud, que deben acompañar á los que os son deudores de su libertad, segun la órden que de ello nos dió, con el encargo ademas de que los enviásemos al castillo de Latimer, donde él se hallaria al momento de la llegada de los càutivos, cuya época le indicamos sobre poco mas ó menos antes de su salida de la Palestina."

De este modo, continuó el baron despues de haber leido, pronto volveré á ver á Beltran; pero para que nada falte al recibimiento que le preparo, quiero que los cautivos permanezcan aqui hasta su venida para que goce de sus beneficios, y encuentre su corazon en el espectáculo de los que ha hecho venturosos una dicha que quizá no habrá hallado para sí mismo." Ana le escuchaba y derramaba lágrimas de enterne-

cimiento. El venerable religioso puso término á esta escena verdaderamente patética diciendo al baron, que solo á él aguardaban para dar solemnes gracias á Dios por la libertad de los cautivos. Hizo llamar al momento á Fitz, Jacobo y Achmet y marchó en su compañía, manifestando á Ana cuanto sentia que su salud no la permitiese asistir á una ceremonia tan digna de ser vista. Todo estaba ya preparado para cuando llegase el baron. Las lámparas y los cirios iluminaban el altar y espacioso templo: las paredes se veian cubiertas de ricas colgaduras, y el pavimento sembrado de flores y plantas olorosas, cuyo aroma, unido al del incienso que se quemaba con profusion, embalsamaban la atmósfera, y daban una idea sublime de la Augusta Magestad que habitaba en aquel sagrado recinto. El sillon que en otro tiempo ocupaba la baronesa estaba colocado debajo de un dosel para su hijo, el cual ocupó mientras que sus vasallos y criados se colocaron en su derredor. Ya los sacerdotes caminaban hácia el altar, é iban á principiar una misa solemne, cuando de repente llamó extraordinariamente la atencion de Pointz un jóven que se hallaba en uno de los estre-

mos de la iglesia, cuyo rostro no le era desconocido; y que examinándole con cuidado reconoció en él á Alan, el hijo de Maynard y amigo de Beltran. En otro parage no hubiera podido contener su impaciencia, pero en presencia de la Divinidad y en semejantes circunstancias le fue forzoso reportarse: únicamente se contentó con echar una mirada rápida por todo el templo para ver si descubria el objeto que tanto anhelaba ver. En efecto, no tardó en reconocer á Beltran con su traje de peregrino, confirmándole en que era el mismo el rosario hallado en el tesoro de Achmet que llevaba pendiente de su cuello, y que él le obligó á aceptar como una memoria de María Lapole, que descubrió por habérsele descompuesto un poco el ropon. Desde entonces ya no fue dueño de sí: quedó sumergido en una profunda meditacion de la que nada pudo sacarle: en vano resonaban las bóvedas del templo con los himnos que el agradecimiento dirigia á la Divinidad, pues ni aun advirtió la llegada de los cautivos, que precedidos de Jacobo se dirigian hácia el altar.

Beltran tenia la cabeza humildemente inclinada sobre el pecho, y parecia orar

con el mayor fervor. El baron creyó oir su voz mezclada entre los piadosos cánticos de la multitud, y nunca como en esta ocasion le parecieron tan tiernos y melodiosos sus acentos.

Concluido el himno de accion de gracias dejó Beltran su humilde y reverente postura, tomó la mano de Alan, se acercó con él al altar, y despues de haberse inclinado respetuosamente salieron precipitadamente del templo.

Esta desaparicion tan repentina sorprendió al baron: sin embargo, no dudando que los dos peregrinos se dirigirian al castillo, esperó la conclusion de la ceremonia para retirarse él tambien, y rogar á los cautivos le acompañasen á Latimer, donde podian descansar todo el tiempo que quisiesen, cuya oferta aceptaron con reconocimiento. En seguida, y llevado de su impaciencia por ver á Beltran se dirigió con pasos veloces hácia el castillo; pero ¡cuál fue su asombro al decirle Gregorio que no se habia presentado en él ninguno de los dos jóvenes peregrinos!

CAPÍTULO XVIII.

El baron pasó inmediatamente á la habitacion de Cicely. "Y bien, dijo á Ana, acabo de ver á ese Beltran, á ese hombre que tenia por mi amigo, y que parecia penetrado de una profundísima tristeza al separarnos: acabo de verle, y no se ha dignado siquiera mirarme por un instante. El huye de mí: ahora bien, ¿qué debo pensar de semejante proceder?

Ana trató de consolarle, dándole esperanzas de que Beltran no tardaria en descubrirse y cumplir la palabra que le habia dado.

No, contestó Pointz; en vano intentais defenderle: nada puede justificarle para conmigo. Dicho esto permaneció por algunos momentos pensativo, y despues levantandose muy agitado exclamó, ¡oh cielo! ¡en que situacion tan extraña me encuentro! mi corazon no conoce el disimulo para con mis amigos, y todos á porfia se

ocultan y recelan de mí. Fitz Hugo desde su llegada á Latimer evita cuidadosamente mi presencia; Jacobo se mantiene siempre con la mas impenetrable reserva; Beltran me ha olvidado enteramente, y aun vos misma (perdonad bella Ana si me atrevo á acusaros, cuando el solo y el único anhelo de mi corazon es apreciar las bellísimas cualidades del vuestro) rehusais tenazmente corresponder á mi confianza.

Ana le escuchó con la mas viva emocion: desde que entró Pointz en su estancia habia resuelto esplicarse claramente con él, y la ternura que acompañó á sus últimas palabras acabó de decidirla y hacerla sobrepujar el exceso de su timidez.

—Milord, contestó, confieso que soy culpable; pero sean las que quieran mis faltas, la mayor á mi entender es la de proseguir guardando por mas tiempo un silencio que tanto os aflige. Os ruego que me escucheis con atencion, y feliz yo si procurando obedeceros no pierdo el buen concepto que de mí habeis formado.

Pointz la miró con la mayor sorpresa.

—Vuestro corazon, continuó Ana, se ha dignado honrarme con su ternura Estoy muy lejos de haber merecido tanto

bien, y sin embargo es preciso os confiese que este era el objeto secreto de mis mas ardientes esperanzas. El momento en que adquirí la certeza de vuestro amor ha sido el mas dichoso de mi vida. En fin ya estoy determinada á vencer una debilidad que hasta ahora me ha acarreado las mayores penas, y á descubriros el secreto de que depende para siempre mi felicidad. Mucho me cuesta la confesion que voy á haceros; pero no debo ya diferirla, porque el padre Laroche ni Fitz Hugo me permitirian guardase silencio por mas tiempo.

El baron asombrado del tono solemne de Ana, empezó á sospechar por la vez primera, que el secreto que ella siempre le habia ocultado encerraba algun gran misterio.

—¡Fitz Hugo! repitió, ¿qué relacion puede él tener con vos? No, yo no creo que me hayais engañado sobre este particular. Por Dios, decidme la verdad, y calmad de una vez los tormentos que sufre mi corazon.

—Acordaos, Milord, que no estais ligado por ningun juramento. El mio es sagrado, y no me queda otra alternativa que el ser esposa de Felipe De-Pointz, ó con-

sagrar mis dias al llanto y á la soledad.''

Al pronunciar estas palabras, su voz estaba notablemente alterada. Pointz fuera de sí la estrechó con ternura entre sus brazos, pero ella desprendiéndose suavemente de él prosiguió su narracion en estos términos.

— La historia de mi vida es muy complicada, y así es preciso que empiece á contarla desde una época muy remota, y que recuerde acontecimientos anteriores á la muerte de vuestra digna y respetable madre.

— ¡Oh querida mia, dijo el baron interrumpiéndola, cualquiera que sea el interés que esos pormenores deban tener para mí, en el dia tu sola ocupas todos mis pensamientos!

— Con todo Milord, es forzoso que estos pormenores precedan al secreto que voy á revelaros. He pasado dias, semanas y aun meses luchando conmigo misma para decidirme á haceros esta revelacion, y nunca he tenido valor para ello. ¡Cómo habia de atreverme á confesar que he sido capaz de engañaros por tanto tiempo!

Pointz hizo un nuevo movimiento de sorpresa.

— Si, Milord, es una verdad innegable

que yo os he engañado, que Beltran es un impostor, y que la misma Cristabela de Mowbray ha abusado de vuestra buena fé."

Á estas palabras el baron creyó que la fiebre de que habia sufrido tantos accesos la ponia en un estado próximo al delirio.

Ana adivinó su pensamiento y le dijo: "No me hagais la afrenta de sospechar que mi razon se extravía, pues no podré continuar la obra empezada. Sentaos os suplico, y prometedme que escuchareis sin interrumpirme."

El baron la obedeció, y Ana prosiguió así:

—Escuso deciros, Milord, que el mas ardiente deseo de vuestra madre hubiera sido el de veros esposo de Cristabela de Mowbray. Su ternura maternal disculpaba la aparente indiferencia que mostrabais con ella, atribuyéndola únicamente á las órdenes de vuestro padre. Los bienes de Mowbray llegaron á verse desempeñados, tanto por el cuidado del baron de Falcomberg, como por las riquezas de María Lapole; pero esto no era aun suficiente á la baronesa. Su generoso esmero añadió la posesion de Latimer á tantos beneficios. La dejó n su testamento á aquella á quien miraba

como su hija adoptiva, y ademas muchas instrucciones verbales, imponiéndola como primera y principal la obligacion de considerar siempre á Laroche como á un padre, prodigándole los sentimientos que tal título exigia. La hizo prometer asimismo que no rehusaria, sin haberlo reflexionado con madurez, el corazon de Felipe De-Pointz si alguna vez llegaba á ofrecérsele; y en fin la mandó expresamente (y este mandato fue uno de los artículos en que insistió con mayor fuerza) que se presentase de su parte un incensario de oro de una labor esquisita á la capilla de san Juan en Palestina, para que los religiosos que sirven aquel templo rogasen á Dios por el alma de Roberto de Mowbray. Dejó á Laroche la eleccion de la persona que quisiese encargarse de esta mision, y recomendó sobre todo que se ocultase el nombre del donador."

El recuerdo del incensario presentado por Beltran acudió inmediatamente á la imaginacion del baron, y le llenó de sorpresa.

— Siento mucho interrumpiros, dijo, pero os aseguro francamente que no puedo volver de mi asombro. ¿Esta cumplida esa voluntad de mi madre?

—Sí Milord, en la última cruzada Beltran desempeñó este encargo, y (gracias al cielo que se dignó conducir por su mano todo este asunto), el mismo Felipe De-Pointz le ayudó á cumplir con su comision.

—¡Oh cielo, estoy bien despierto! ¿De dónde habeis adquirido esas noticias?

—Esperad un poco Milord, y lo sabreis todo. Este misterio debe concluirse y ya llegamos á su fin. Habeis jurado á Beltran al pie de los altares una amistad eterna. No olvideis vuestro juramento.

—No, jamas. Aun ahora en que su conducta le hace acreedor á mi olvido, sabeis bien que no ha cesado de serme grata su memoria.

—Despues de la muerte de la baronesa..... ay! este terrible recuerdo nunca dejará de destrozar mi corazon..... la desgraciada Cristabela sola en el mundo dió libre curso á sus lágrimas y á su desesperacion. Las fuerzas la abandonaron, y la melancolía que se apoderó de ella la hizo insensible á toda especie de consuelo. Laroche y sus amigos temblaron por su vida, y para evitar mayores desgracias, aparentaron consentir con uno de sus deseos que no

osaban contrariar abiertamente por consideracion á su salud. Lo que mas la afligia era la manda de la tierra de Latimer, y la idea de que iba á parecer delante del baron. Se figuraba que éste la miraria como una usurpadora de sus derechos, y repugnaba sobre todo presentarse á él como la muger con quien su madre le imponia, por decirlo asi, la obligacion de desposarse.

— Muy mal juicio formó de mí, replicó Pointz, mi corazon era incapaz de vituperar la generosidad de mi madre, y ya escribí á Cristabela para tranquilizarla sobre este particular.

— Lo sé, Milord, pero precisamente vuestra carta fue quien mas la decidió á seguir en su determinacion, y desde entonces renovó sus instancias para que la admitiesen de novicia en el convento de Santa María, peticion que le fue negada por Laroche, no queriendo dar su consentimiento hasta que tuviese la edad de veinte y cinco años. La inflexibilidad de este buen anciano, la noticia de vuestra próxima llegada, su salud, que cada dia iba á menos, todo en fin concurrió á oprimirla mas, y se vió atacada de una fiebre maligna y peligrosa. Poco tiempo antes habia

arreglado por su testamento sus últimas disposiciones.

En el estado de languidez en que se hallaba, la vista de Felipe De-Pointz la parecia mas temible que la muerte.

Laroche, que miraba su restablecimiento como imposible, consintió en que se retirase al convento. Contra toda esperanza adquirió una notable mejoría al cabo de pocos dias, pero era facil ver que aquella mudanza momentánea no la debia sino á la complacencia de Laroche.

Efectivamente, una terrible recaida alarmó de nuevo á sus amigos, y despues de los mas violentos accesos Cristabela cayó en un letargo que le duró mas de tres horas. En este intervalo fue cuando se esparció la voz de su muerte en el castillo y en todos los contornos; pero cesó el peligro y á la crísis siguió un visible alivio. Instruida por las religiosas de lo que habia pasado, pidió á Laroche en nombre de la amistad con que la miraba que no desmintiese el rumor que de su fallecimiento habia corrido, y muerta realmente á los ojos del mundo, quiso desde entonces pasar por tal. Se lisonjeaba recobrar su tranquilidad, pues por este medio el baron recuperaba

sus derechos, y le convencia de la pureza de sus intenciones, por su apresuramiento en reparar el daño que podia haberle causado el testamento de la baronesa.

Viéndola Laroche deshauciada de los médicos, no tuvo inconveniente en ceder á sus deseos con el parecer de la abadesa de Santa María y del superior de los canónigos negros. Sin embargo ella le exigió juramento, y desde entonces se vió imposibilitado de desmentir la noticia de su fallecimiento, mientras que visiblemente iban restableciéndose sus fuerzas.

— ¿Cuándo acaeció su muerte? exclamó el baron. Todo lo que oigo me maravilla, y no me sorprende que este secreto oprimiese tanto vuestro corazon.

— Voy á coordinar, Milord, en lo posible mi relacion. Luego que Cristabela se halló completamente buena, Laroche exigió se le relevase de su juramento, pero sus ruegos fueron inútiles. Á pesar de que la abadesa y el superior del convento de los canónigos unieron sus súplicas á las del anciano, no consiguieron hacerla variar de resolucion, pues persistió constantemente en ella hasta que al fin los redujo al silencio. Leval, Cicely y su hija (continuó Ana

ruborizándose y procurando ocultar el rostro á los ojos del baron) manifestaban la mas tierna adhesion por la hija de Mowbray, y estaban enteramente decididos por ella. Sabian que el único medio de conservar su vida era el de no contrariar sus caprichos.

—¿De dónde nace ese rubor bella Ana? Vuestros secretos son sagrados para mí, estad segura de que soy incapaz de faltar á vuestra confianza.

—Tal era la posicion de Cristabela cuando llegasteis por la vez primera á Latimer.

Al oir esto el baron se levantó precipitadamente de su asiento. ¡Gran Dios, exclamó, cuando vine la vez primera á Latimer! Desgraciada jóven! Y yo no la ví ni me fue concedido procurar desengañarla, dándola pruebas de los sentimientos que me inspiraba..... ¡Ah! este último golpe es el único que no puedo perdonarla.

El baron volvió á tomar asiento, y Ana se aprovechó de su silencio para continuar.

—Una entrevista con vos era lo que mas temia Cristabela; pero deseaba con ardor hallar ocasion de verle sin que él la

conociese. Por todas partes oia vuestro elogio, y Laroche hablaba de vos con entusiasmo. El sentimiento que habiais manifestado al oir hablar de su muerte, y el tierno respeto que profesabais á la memoria de la baronesa eran otros tantos motivos que interesaban el corazon de Cristabela, é insensiblemente sus ideas fueron tomando otro giro; insistiendo con mas ahinco que nunca en seguir pasando por muerta. Por una inadvertencia dejó olvidadas en el castillo las memorias que se habia entretenido en escribir, y Cicely esperando decidiros en favor de su autor, las puso en parage donde no dudaba que vuestra vista se fijase con atencion. Esta fue la causa que hallaseis la llave puesta en el cofrecito de ambar. Su plan salió como deseaba, y ya podeis juzgar de la alegría que esto causaria á Cristabela, que penetrada de agradecimiento no podia destruir una ilusion tan lisonjera para ella, lo que infaliblemente hubiera sucedido si se hubiese alterado la favorable opinion que habiais formado de su carácter, confesándoos entonces la supercheria de que se habia valido para esparcir la voz de su muerte.

Un dia fuisteis á visitar el convento, y allí fue donde os vió en la misa que mandasteis celebrar por el reposo de las almas de vuestros padres. Cuando todo el mundo se retiró, y estabais creido que nadie os mirase, ella os examinaba con el mayor cuidado, quedando edificada de la piedad tan ejemplar con que os arrodillasteis delante de la tumba de vuestra madre, y dirigisteis fervorosas súplicas al Ser Supremo. En fin, ya que debo decirlo á pesar de la repugnancia que opone la modestia de una doncella á esta confesion, desde aquel momento Cristabela de Mowbray os ha amado.

—¿Me ha amado? repitió el baron; eso es imposible Ana. Sin embargo, yo os amo demasiado para persuadirme que pensais en divertiros á mi costa, y sobre todo en un asunto de esta naturaleza.

—Lejos de disuadirla de esta pasion, prosiguió Ana, Laroche, la animó á que continuase alimentándose con ella. Pero ¡cuál quedó cuando despues de veros, y de oir continuamente elogiar vuestras virtudes y excelentes prendas, supo os disponiais á marchar á la Palestina!

La desgraciada suerte de su padre en aquel pais se presentó á su imaginacion

con mas fuerza que nunca; creyó que os estaban reservados iguales ó mayores desastres y perdió de nuevo el sosiego. Laroche hizo cuanto estuvo á sus alcances para tranquilizar su espíritu, y á no ser por el juramento que le ligaba y por la firmeza que ella manifestó, el secreto habria llegado á vuestra noticia. El buen anciano la dijo que él miraba vuestro viaje á la Tierra Santa como una inspiracion del cielo, y que el sueño que le habiais referido era á su entender un aviso del cielo. Vuestra partida fue un motivo de tristeza para todos los vasallos de Latimer y de nuevo desaliento para Cristabela. No se atrevió por de pronto á confesar lo que pasaba en su corazon; pero Laroche obtuvo pronto el privilegio de leer en él por el doble título de confesor y de amigo. Conoció toda la estension del amor que la dominaba: vió que no pensaba sino en vos, y que no tenia otro deseo que el de seguiros á Palestina. Ya dos religiosos venerables por su edad habian sido nombrados para ir en compañía de los caballeros cruzados y peregrinos á llevar el incensario de oro á la capilla de san Juan. Ah! Milord, no menospreciéis á aquella desventurada cuando sepais

que ni ruegos, lágrimas, ni razones pudieron conseguir hacerla mudar de determinacion. Arrastrada por una pasion, á la que parecia estar ligada irrevocablemente su existencia, olvidó su clase, su honor, la modestia de su sexo, y tomó el disfraz de peregrino decidida á reunirse con los cruzados en Francia.

— Mi querida Ana, dijo el barón interrumpiéndola, iluminadme por piedad acerca de su suerte. ¿Vive aún? Es preciso que reunamos todos nuestros esfuerzos para asegurar su felicidad. No existiría esta para mí si no lo consiguiese.

— Eso es lo que vais á saber. Obligados los religiosos á acceder á sus deseos procuraron á lo menos velar por su seguridad. Los dos sacerdotes portadores del incensario tuvieron el encargo particular de vigilar y dirigir su conducta. Su primer cuidado al llegar á Tolemaida fue el de encomendarse á los sacerdotes de la capilla de san Juan, y descubrirles su sexo. Temo explicarme mas. John Leval, ausente al tiempo de vuestro primer arribo á este castillo, y á quien esperais aún en vano desde que habeis vuelto de Palestina, iba con ella pasando por deudo suyo. La ama-

ble hija de este fiel doméstico, habia tomado el mismo disfraz que Cristabela, de la que no quiso separarse, y vais á llenaros de mayor asombro luego que os diga que esta interesante jóven es hoy dia la esposa de Fitz Hugo.

El baron quedó durante un rato como petrificado; al fin exclamó: "¡Qué oigo cielos, Cristabela de Mowbray es quien se ha ofrecido á mi vista, bajo el nombre de Beltran! Por distante que haya estado de presumirlo, mil circunstancias que ahora recuerdo, se reunen para demostrarme cuán evidentes son mis sospechas. Su delicadeza y notable hermosura, la excesiva timidez que manifestaba de tiempo en tiempo á su pesar, y hasta su color enteramente semejante al de los sarracenos que sin duda heredó de su abuelo Achmet, todo me confirma en que era ella. Pero proseguid bella Ana, pues yo me perjudico á mí mismo con mi indiscreta curiosidad."

—Sí, Milord, á Cristabela de Mowbray fue á la que visteis en Beltran, y ella quien llamó vuestra atencion en la travesía del desierto, cuando compró sus mismas memorias halladas por Jonas. Juzgad de su placer al oir la pena que os causaba tal

pérdida, y el que esperimentó cuando consentisteis en presentar con ella el incensario que los religiosos la habian dado por considerarla con mayor derecho que ellos, á cumplir el encargo de la baronesa. Juzgad cuál fue su júbilo al recibir la promesa que la hicisteis al pie de los altares; y por último, juzgad de su amor por el esfuerzo que la fue necesario hacer para vencer la natural timidez de su sexo y clavar un puñal en el seno del miserable que se atrevió á atentar á vuestros dias.

—Ana, no procureis recordarme las obligaciones que la debo. ¡Ojala estuviese en mi mano cumplir con ellas no solo devolviéndola el castillo de Latimer, sino añadiendo á él la donacion de todos mis bienes.

—En Palestina, señor, vivió con el sobresalto continuo de que su secreto se descubriese; pero sobre todo cuando mas sufrió su corazon fue en el momento en que Achmet vino en busca de los cristianos á implorar su proteccion por no atreverse á declararle que era su sobrina. Cien veces estuvo á pique de hacerse traicion á sí misma, pues las continuas pruebas de amistad que de vos recibia apenas la deja-

ban el valor necesario para cumplir el juramento que habia hecho en la capilla de san Juan de no dejarse conocer por su verdadero nombre hasta que estuviese segura de que habiais depuesto toda preocupacion contra la hija de Mowbray: habiais concedido vuestra confianza á Beltran y no á Cristabela. No habiendo bastado su morada en Palestina para disipar enteramente sus temores, sobre este particular conoció la necesidad de seguir un nuevo plan. Poco tiempo despues de vuestra llegada á Latimer hizo avisar secretamente á Fitz Hugo, y le reveló una parte del misterio. Sorprendido, como podeis imaginar, se obligó con juramento á ayudar con todas sus fuerzas las tentativas que tuviesen por objeto contribuir á la felicidad del baron y de Cristabela. En recompensa Alan, ó por mejor decir su dulce amiga, le confesó el amor que le tenia y se casaron en secreto. Ahora, Milord, ya estais instruido de todo; solo os falta saber que el color de Cristabela era lo mismo que el vestido un disfraz, pues la blancura de su rostro no cede á la mia.

Pointz quedó en estremo sorprendido al oir esta relacion. Milord, añadió ella:

¿cómo podré calmar ahora la justa indignacion que debe animaros? Os he manifestado que Leval, Cicely, Fitz Hugo y su esposa todos se han unido para alucinaros. ¿Podré atreverme á esperar su perdon?

—Á todos perdono, respondió Pointz despues de un rato de silencio, y de haber echado sobre Ana unas miradas que no pudo soportar; pero tú...... ¿qué puedo decir de tí?..... ¡Tú, cuyas culpas exceden á todas las suyas reunidas! ¡Tú que me has juzgado tan cruel, tan sin justicia ni generosidad!

—¡Oh Milord! no tengo valor para sufrir vuestro disgusto.

—No me interrumpas, te ruego ¡cuánto me avergüenzo de mi ceguedad, y de haber sido por tan dilatado tiempo el juguete de tus artificios! Pero en castigo dirás á Cristabela, pues sin duda sabes donde se halla, que el corazon de Pointz le está consagrado para siempre, y que ni los años ni ningun otro acontecimiento podran borrar mi amor... Pero ¡oh cielo! ¿por qué ese temblor y palidez, mi querida Ana? (dijo besando su mano). Cálmate, seré fiel á la fé que te he prometido, y esto no me impedirá, si Cristabela lo consiente, asegurarla de mi ternura eterna é inviolable.

¡Ah! ya lo veo, dijo Ana bajando tímidamente la vista; mi trama se ha descubierto, y no me atrevo á mirar el rostro del que he engañado. Decidid Milord de mi suerte, y cualquiera que sea la pena que deba sufrir por mi falta me resigno gustosa á ella.

—Querida Cristabela, Beltran, Ana, nombres tan gratos para mí: ¡cuántas penas te ha costado conquistar un corazon que era tuyo desde el momento en que te he visto, y aun mas desde que leí tus memorias! ¡Cuánto detesto mi ignorancia! Todo conspiraba á desvanecerla, y sin embargo, necio de mi, tu última frase es la única que me ha abierto los ojos. Tu admirable semejanza con Beltran me chocó desde nuestro primer encuentro, ¿pero con qué razon podia yo creerle aqui? Tu voz habia igualmente hallado el camino de mi corazon; pero por dulce que me pareciese la de Beltran, la melodía de la de Ana me causaba aun mayor complacencia.

—Puesto que me perdonais, espero que concedereis igualmente el perdon á todos los que me han ayudado á engañaros.

—¿Quién lo duda? Me arrepiento cordialmente de las sospechas que tuve la in-

justicia de formar contra Fitz Hugo, y ahora comprendo la causa de sus frecuentes desapariciones y del misterio que guardaba conmigo, pues ya no dudo que él es quien se ha desposado con la verdadera hija de Leval, y tambien conozco que no podia descubrirme el sexo de Alan sin alarmarme con respecto al del Beltran.

—¡Ah Milord! mi vida entera apenas puede bastar para acreditaros todo el esceso de mi gratitud. Cristabela de Mowbray tendrá la dicha de ser la esposa de Felipe De-Pointz; Beltran será su amigo, su fiel compañero, y dividirá con él sus penas y sus placeres; y Ana en fin, jamas olvidará cuanto os debe por la merced que os habeis dignado hacerla elevándola á vuestra clase.

—Amable Cristabela, por grande que sea mi deseo de participar á mis amigos la dicha de que gozo, no me resuelvo á privarme por ellos de la satisfaccion de permanecer aun en tu compañía, y no puedo pensar sin enternecimiento en el júbilo que tal noticia va á causar á Achmet.

—Imposible me seria explicaros cuanto he sufrido yo al verme obligada á ocultarle este secreto, sobre todo cuando le oia ex-

plicarse en términos tan afectuosos acerca de mi madre y de mí.

Pero aprovechemos el momento en que aun os puedo hablar sin testigos; pues aun tengo que comunicaros muchas cosas. Ya os he dicho que los bienes de mi padre estaban libres de deudas por haberse aumentado las rentas durante mi menor edad; y gracias á los cuidados de la baronesa ascendian á una suma considerable, de la que es verdad he gastado la mayor parte en Palestina. El temor de atraerme las miradas de todos me obligó á elegir el trage de peregrino como el mas sencillo y adecuado, y para ennegrecer el rostro y cabellos me valí de una composicion hecha de jugos vegetales, cuyo conocimiento debia á la amiga de mi abuela, la fiel Malka, que ha fallecido durante mi ausencia.

Pointz estrechó su mano cariñosamente. Seguro del amor de una muger á quien adoraba, su felicidad le parecia demasiado grande para creerla verdadera. Iba á unir su suerte á la de Cristabela, y presentarla al mundo con el título de su esposa; pero la alegría que tenia por esto no era tanta como la que le ocasionaba la certeza de ser tiernamente amado.

—Cristabela, la dijo: en este instante en que te hablo y te veo en seguridad en el dominio que te pertenece, me estremezco con la sola idea de los peligros á que te has espuesto. ¿Cómo has podido resolverte á viajar sola y sin escolta cuando te separaste de mí á nuestro arribo á Inglaterra?

—Eso es lo que os iba á decir. Maynard, ó por mejor decir Leval, se habia provisto de caballos y guias hasta Auckland, donde los despedimos. Desde alli avisamos á Cicely, quien todo lo dispuso de manera que nos introdujo de noche en el castillo donde nos esperaba Laroche. Leval, por quien habeis preguntado con frecuencia desde que llegasteis, partió para la posesion de Mowbray, y Ana y yo nos encerramos en la habitacion de Cicely. Tuve gran cuidado de ocultarme á todas las personas que no estaban instruidas de mis aventuras, y rara vez aconteció dejar mi aposento sin la seguridad conveniente de que no habia ningun peligro en ello; pues aun para ir á la iglesia tomaba antes las mayores precauciones á fin de no ser descubierta. Lo que mas me incomodaba era la presencia de Jacobo y de Achmet, á cuya vista logré sustraerme

por largo tiempo. Sin embargo, un dia me encontraron en la capilla, y la atencion con que me miraban excitó mis temores, pero felizmente se desvaneció pronto la impresion que advertí en sus rostros. Sin embargo, nada puede compararse con el sobresalto que experimenté al saber vuestra temida y deseada llegada: no sabia que partido tomar. Estaba cierta que poseia vuestra amistad; mas...... perdonadme, añadió con rubor, aun queria otro afecto mas tierno.

El baron besó la mano de Cristabela con muestras de una grande sensibilidad, y ella continuó. Necesitaba de un apoyo para que no se trastornasen mis proyectos, y no encontré otra persona mas digna de mi confianza que Fitz. Por medio de un billete de Alan que halló en su cuarto se le daba una misteriosa cita para el dia siguiente: su ausencia os ocasionó una viva inquietud, y desde entonces se dejó ver en su rostro aquel aire pensativo y taciturno de que os afligiais tan sin motivo, y que provenia tanto de su amor á Ana, como de los deseos que le animaban de hallar un medio á propósito para hacer cesar mi cruel incertidumbre vien-

do mi repugnancia á descubrir los medios de que me habia valido para grangearme vuestra estimacion. Se empeñó en que al menos me presentase á vos como casualmente, lo que jamas habria conseguido: y si una tarde me visteis en el parque acompañada de Cicely lo debeis á una astucia de Fitz Hugo, que nos aseguró os hallabais á muchas millas del castillo. ¡Ah Milord! no es posible explicaros mi agitacion en aquel instante. Adiviné sin ningun trabajo cuanto os maravilló mi semejanza con Beltran, y el temor me habria infaliblemente descubierto sin la llegada de Jacobo y de Achmet, que abrevió nuestra primera entrevista. Fitz Hugo calmó enteramente mis recelos dándome cuenta del amor que me teniais, y os confieso que desde entonces me mantuve en tan lisongera ilusion hasta el punto en que sucesivamente me propusisteis por esposo al caballero Fitz y al Lord Newille: todos mis temores se renovaron: me consideré como un objeto indiferente para vos, y las tristes reflexiones que suscitaron en mi ánimo las consecuencias de mi imprudencia trastornaron mi salud.

Fitz Hugo, prendado vivamente de

Ana pidió su mano, y Cicely escribió á Leval, que envió al instante su consentimiento. Creo que una de las razones que mas poderosamente influyeron en este asunto, fue la de que viéndome privada de la compañía de mi íntima amiga, seria mas dócil á los consejos de todos.

La tarde que entrasteis tan repentinamente en mi cuarto un solo pesar me dominaba: éste era el de la persuasion de que mi doble conducta debia pareceros odiosa, y privarme para siempre de vuestro afecto.

Laroche combatia este pensamiento animándome, y diciendo que ya era tiempo de deponer toda ficcion: Cicely y Ana me habian suplicado lo mismo, pero Fitz hizo aun mas. Con el fin de vencer mi resistencia me concedió solos dos dias de término para revelaros todo el misterio, jurando que si aun seguia obstinada en guardar silencio estaba resuelto á retirarse con su esposa á Normandía; partido que le era muy penoso, porque perdia para siempre vuestra amistad y proteccion.

—¡Pobre Fitz! exclamó Pointz, ¿cómo podré pagar tu afecto?

—¿Pues qué no estoy bien recompensado? dijo Fitz entrando apresuradamente

seguido de su esposa y de Cicely. Habia estado durante esta conversacion en una pieza inmediata donde oyó cuanto hablaron. Cicely se postró á los pies del baron pidiéndole perdon de la supercheria que se habia visto obligada á emplear.

—Os debo mi felicidad, dijo Pointz levantándola con agrado: no pienso mas que en mi agradecimiento. Pero ya tardo en manifestársele á Leval, ¿cuándo le volveremos á ver?

—Le esperamos de un instante á otro, Milord.

—¿Dónde estaba cuando vine por primera vez á Latimer?

—Se hallaba realmente ocupado, repuso Cristabela en la cobranza de las rentas de Mowbray por encargo de Laroche; pero cuando me vió resuelta á seguir á los peregrinos á Palestina determinó que él fuese en mi compañía. Su hija Ana, que habia tenido la complacencia de encerrarse conmigo en el convento, me siguió tambien decidida á participar de mis peligros y fatigas."

Esta larga conversacion habia agotado las fuerzas de Cristabela. Pointz notó por la alteracion de su voz que ya era tiempo

de que tomase algun reposo, y acercándose á Cicely la dijo: "muger excelente, tuve por un momento la esperanza de daros el dulce nombre de madre, ésta se ha frustrado; pero no por eso dejaré de miraros como tal; y la amiga de Cristabela, la esposa de Fitz Hugo hallará siempre en mí el hermano mas tierno y mas querido." En seguida besó la mano de la hija de Mowbray, y se retiró del aposento.

CAPÍTULO XIX.

El baron y Fitz Hugo fueron á la mañana siguiente en busca de Achmet. Despues de haberle saludado le dieron noticia de cuanto habia ocurrido el dia anterior, cuya narracion escuchó el sarraceno con interés; pero habiendo comparado Pointz su notable frialdad con el exceso de alegría de que él se hallaba animado, le dijo: "Achmet, mucho me maravillo de no veros mostrar un placer igual al mio. Pensad pues en que vos sois el único pariente que queda á

Cristabela. ¡Oh amigo mio, padre mio! pues desde hoy no cesaremos de daros este sagrado nombre, vuestro consentimiento es necesario para la felicidad de ambos: ¿Rehusareis bendecir nuestra union?

No, respondió Achmet: os doy mi bendicion, y á ella añadiria el universo entero si estuviese en mi mano: pero reflexionad, que yo no soy amante. Unicamente deseo pasar el resto de mis dias al lado vuestro, al de Jacobo, y de nuestro querido Beltran, pues bajo este nombre principié á amar á mi interesante sobrina: ¡Ojalá llegue en mi ancianidad á veros rodeados de hijos que hagan el encanto de vuestra existencia! ¡Ah! continuó con amargura, tal habria sido sin duda la dicha que yo hubiera disfrutado sin el infame raptor que me privó de mi Selima.

Despues preguntó si Jacobo sabia el descubrimiento que acababa de verificarse, y enterado de que Laroche estaba instruyéndole en aquel momento, se apresuró á vestirse para ir en busca suya acompañado de De-Pointz y de Fitz Hugo.

Sea que el amor que el baron tenia á Cristabela hubiese dado á sus afectos un calor y una exaltacion cuya fuerza se

habia comunicado al fogoso corazon de Fitz-Hugo, ó que el tiempo y los padecimientos hubieran embotado la sensibilidad de Jacobo y de Achmet, la indiferencia que mostraron al oir los sucesos de que se deja hecha relacion, admiró á sus dos amigos. Jacobo á la verdad, felicitó al baron, pero encargándole al mismo tiempo consultase su interior examinando si su enlace con la hija de Roberto de Mowbray mereceria la aprobacion de Gilberto de Pointz.

— Es muy posible que no, respondió prontamente el baron, pero mi felicidad no puede perjudicar á la suya, mayormente cuando estoy muy lejos de creer, que este acontecimiento turbe sú reposo. Yo no soy un visionario, y Laroche puede contaros el sueño que tuve en este castillo, de que resultó mi viaje á la Palestina. Mi padre se me apareció estando yo dormido, y me ordenó marchase á aquel pais, como un medio de cumplir su última voluntad. ¿Debia yo prometerme hallar en él á la hija de Mowbray, y á su tio Achmet? No seguramente. No puedo considerar este aviso sino como una órden del cielo. La muerte extingue todos los ódios: y ha reunido ó

reunirá algun dia á mi padre con el valiente Mowbray. Una amistad eterna é inextinguible debe reinar entre las almas desprendidas de sus despojos mortales.

— El cielo os oiga, respondió Jacobo.

— Gracias sean dadas á Dios todopoderoso: que asi lo dispone para nuestro bien, dijo Laroche santiguándose, si he de decir lo que siento, me parece, que la mútua inclinacion que se tienen el baron y Lady Cristabela, es una obra de la Divina Providencia que se ha complacido en hacer que nazca el amor del seno mismo del ódio, y reunidas y confundidas en una sola las casas de De-Pointz y de Mowbray, nadie se acordará que fueron tan enemigos en otro tiempo.

— Seguramente no seré yo, padre mio, repuso Pointz, y creo que lo mismo podré responder de la amable Cristabela.

Esta conversacion duró hasta la hora del desayuno, despues, tomando el baron la palabra, dijo: "Cristabela me ha ofrecido que vendrá á ver hoy á mis amigos. Os ruego, pues, querido Jacobo, que eviteis en lo posible aumentar su natural timidez con vuestras penetrantes miradas. Os ama y os estima; pero al mismo tiem-

po confiesa que sus sentimientos para con vos, están mezclados de una especie de temor que no puede desechar.

— No me hace la justicia que debe, respondió Jacobo: Beltran era muy apreciable á mis ojos, y Cristabela lo será aun mucho mas en adelante.

No bien acababa de pronunciar estas palabras, cuando entró Cristabela, seguida de Cicely y de Fitz-Hugo, en cuyo brazo venia apoyada su esposa. Pointz salió á recibirla á la puerta, y se apoderó de su mano que halló trémula: "¿dónde nace ese terror? la dijo con dulzura, ¿no estais aqui en vuestros dominios, y no teneis á vuestro lado al mas sumiso de vuestros vasallos?

Cristabela dió algunos pasos en el salon sin responderle. Entonces Achmet corrió apresurado á su encuentro; pero ella se arrojó á sus pies abrazándole estrechamente por las rodillas. "Mi querida hija, exclamó el sarraceno levantándola, tú lo serás de aqui en adelante.

Cristabela besando la mano de Achmet con un respeto mezclado de ternura, contestó: mi bueno, mi estimado tio: cuánto he deseado llegase el instante en que me

vanagloriase de llamarme sobrina vuestra! Nada es comparable al placer que siente mi corazon al ver que puedo cumplir en el dia con los deberes que me imponen el amor y el respeto.

En este instante se acercó Jacobo á Achmet guardando un sombrío silencio; pero la expresion firme, y al mismo tiempo animada de su fisonomía, descubrieron su agitacion interior. Apenas percibió Cristabela su movimiento, se desprendió de los brazos de su tio, y por un movimiento involuntario se precipitó en los de Jacobo diciendo: "Amigo mio, conozco que vuestra delicadeza no puede menos de condenar mi artificio, pero confio en que perdonareis una culpa que en lo sucesivo procuraré hacer olvidar á mis amigos.

Jacobo la estrechó tiernamente contra su pecho, sin poder articular una palabra, y aquel hombre, cuya inmutable firmeza habia sufrido animosamente todos los tormentos de la esclavitud y cuantos males reunidos pueden afligir á la humanidad, prorumpió de repente en un copioso llanto.

Sorprendido Pointz de tan extraordinaria emocion, trató de arrancar de sus

brazos á Cristabela, pero reteniéndola Jacobo en ellos exclamó: Espíritus bienaventurados, ¡ojalá veais desde vuestra morada de paz esta escena! Ya mi alma se halla completamente satisfecha, y solo desea verse libre de sus lazos mortales para dirigirse hácia vosotros y participar de vuestra eterna felicidad.”

Pointz, Fitz, Cicely y Ana, le miraron asombrados, y temieron que su razon se extraviase. Solo Cristabela estaba demasiado conmovida para entender el extraño discurso de Jacobo. Ah! le dijo: puedan mis ruegos subir al empíreo con los vuestros! y quiera el cielo concederos la fuerza necesaria para sufrir desgracias cuyo único remedio en este mundo es la resignacion! Pero ya que la muerte os ha arrebatado todos vuestros deudos, dirigid enteramente vuestro afecto á Cristabela. Una de sus mas dulces ocupaciones será la de hacerse digna de merecerle.

Jacobo procuró entonces serenarse, y dejando á Cristabela fijó su vista en Laroche y Achmet diciéndoles: “¡Soy hombre, y me conduzco de esta manera! Disculpadme esta flaqueza; me ha abandonado el valor, y con vuestro permiso voy á retirar-

me para recobrar mi tranquilidad." En seguida salió del salon apoyándose en el brazo del religioso y seguido de Achmet.

Cristabela no pudo contener sus lágrimas á vista de esta escena.

— ¡ Tal es pues, exclamó, la vida humana ! He llegado al colmo de mis deseos y todavia conozco me falta algo para ser completamente dichosa ! El infortunio de Jacobo perturba mi felicidad, y se presenta de continuo á mi imaginacion para oprimirme, no obstante mis esfuerzos en desecharle de ella.

— Querida Cristabela, respondió el baron, tu tienes el don de atraer todos los corazones, y estoy firmemente persuadido á que Jacobo desea con ansia abrirte el suyo. Procura descubrir el origen de sus penas, á fin de que podamos ofrecerle algun consuelo.

— No sé, dijo Fitz Hugo, si acertaré en lo que voy á decir; pero me parece que entreveo aquí un misterio que no puedo explicar. Laroche posee la confianza de Jacobo; lo que no me admira, pero si me sorprende, que Achmet esté tambien enterado de sus secretos.

Á este tiempo avisó un criado á Cicely

que preguntaba por ella. Salió inmediatamente de la sala, y despues de haber permanecido un buen rato fuera de ella, volvió acompañada de su marido Leval, á quien el baron habia conocido hasta entonces bajo el nombre de Maynard. Su imprevista llegada disipó la tristeza que la conversacion precedente habia excitado en todos los circunstantes. Cristabela no pensó en aquella ocasion mas que en el gozo de volver á ver á su amigo. Pointz se apresuró á manifestarle el agradecimiento personal que le debia, y Fitz Hugo prodigó todas las muestras de afecto que pudo dictarle su corazon al padre de una esposa á quien tiernamente amaba.



CAPÍTULO XX.

Al dia siguiente dió el baron un magnífico banquete en celebridad de la llegada de Leval. El padre de la esposa de Fitz no habia adquirido por tal título mayores derechos al aprecio de Pointz; pero se elevaba por este medio sobre su antigua clase, y desde entonces se le consideró como un amigo de la casa, encargándose en su consecuencia á otro la administracion del dominio de Latimer. Laroche, que siempre habia rehusado aceptar las invitaciones del baron, quiso en este dia asistir tambien al convite.

Pointz colocó á su derecha á Cristabela, y Jacobo se sentó inmediato á ella. La comida fue mas espléndida que alegre, porque todos los corazones estaban profundamente ocupados de diversos pensamientos, sin que los esfuerzos del baron ni la alegría de Fitz lograsen disipar la melancolía que á su pesar les dominaba.

Cristabela se habia adornado con mas esmero que nunca: un vestido de muselina blanca descubria y realzaba la elegancia de su talle, y su cabeza, pecho y brazos estaban cubiertos de diamantes que en otro tiempo pertenecieron á su madre y á la baronesa.

—Querida sobrina, la dijo Achmet al fin de la comida, tus brazaletes no son compañeros, y yo me encargo de buscarte otro igual al del brazo izquierdo, que me parece vale infinitamente mas que el otro.

—Os agradezco tio mio vuestra generosidad, respondió Cristabela, pero no os molesteis en eso pues tengo el compañero. En cuanto al del brazo derecho, todos los tesoros del universo no me parecerian demasiado suficientes para pagar el compañero si le encontrase.

—¿Quién sabe? replicó Jacobo con un aire sombrío.

—Es imposible, contestó Cristabela.

Laroche conoció por el giro que tomaba esta conversacion, que iba á renovarse la agitacion de Jacobo, y procuró hacerla cambiar de objeto.

—Ya es tiempo, dijo, de pensar en desmentir la noticia de la muerte de Lady

Cristabela, y darla á conocer como la futura baronesa de Pointz.

—Sí, respondió el baron, amable Cristabela; Laroche tiene razon. Dignaos pues, poner un término á los males que hemos sufrido, y declarar vuestros sentimientos delante de los amigos que nos rodean, fijando la época en que me sea permitido miraros como mia. Conozco vuestro corazon; y creo que el mio no necesite hacer nuevos juramentos. Debo respetar vuestra modestia, pero ¿podriais ofenderos de una impaciencia tan natural?

—Milord, despues de las declaraciones que han precedido, pareceria muy mal que afectase una resistencia que solo serviria para añadir un yerro á los que me hizo cometer mi primera imprudencia. ¿Por qué he de ocultaros que mi mayor ventura consiste en la seguridad que he adquirido de vuestro amor? Quiero emplear el poco tiempo que me queda en reflexionar sobre los deberes que va á imponerme mi nuevo estado: lo demas pertenece á mi tio y á mi tutor.

Pointz se apoderó con alegría de una de sus manos que ella le abandonó, y esperó á que Laroche ó Achmet le diesen la

favorable respuesta que deseaba, pero ambos se mantuvieron silenciosos.

Jacobo tomó entonces la palabra, y con un tono tan firme como solemne dijo: "Cristabela, no teneis ningun pariente mas cercano que Achmet, y que pueda disponer de vuestra mano con mayor derecho que Laroche?

Sorprendida Cristabela al oir una pregunta tan inesperada, hizo un movimiento involuntario de asombro: mientras que todos los circunstantes fijaron la vista en Jacobo, como para descubrir si su proposicion era efecto de la malignidad ó si nacia mas bien de una imaginacion desarreglada.

— ¿No os acordais, amigo mio, replicó el baron con dulzura, que Cristabela es huérfana? Evitadla os suplico todo recuerdo que pueda renovar su dolor, y no pensemos en otra cosa que en contribuir á su felicidad.

— Estoy muy distante de querer affligirla respondió Jacobo, y aunque siempre he oido decir que el desgraciado Mowbray murió en Palestina á manos de Achmet ¿quién afirmará que esto sea cierto? ¿Acaso no puede haber sobrevivido á sus heri-

vuelta á la vida. Mi corazon está vivamente conmovido, pero no pierdo la razon, y en mi lugar Felipe de Pointz no seria tampoco dueño de sus acciones.

Al decir esto, la colocó suavemente en un sillon. Cicely y Ana se apresuraron á socorrerla, mientras que Jacobo inmóvil, y con los ojos clavados en ella, vió renacer su esperanza á medida que Cristabela iba insensiblemente volviendo en sí.

Pointz no se atrevia á contradecirle abiertamente temiendo que asustase mas á Cristabela: sin embargo, exigió que se esplicara y manifestase porque bajo el velo de un pretendido arcano, habia podido turbar de tal modo la paz de su morada, y complacerse en atormentar á una muger que él adoraba. "No necesito, añadió, hablaros del aprecio y respeto que siempre os he profesado; pero os confieso francamente, que la reserva que habeis tenido hasta ahora la creo indigna de vos; y si es cierto que estimais en algo nuestra amistad, os conjuro por todo lo mas sagrado que hay en el mundo que nos reveleis ese secreto que con tanto cuidado ocultais diciéndonos sin rodeos quien sois.

— Roberto de Mowbray....

— ¡Gran Dios! exclamó Pointz, es un sueño!.... es posible!...... Hablad Laroche, vos solo podeis confirmar esta asercion.

— Nada es mas cierto, Milord; y pongo por testigo de ello al Supremo Hacedor. . . . .

— Siendo asi, replicó Pointz, si Roberto de Mowbray no quiere hacerme el mas desgraciado de los mortales y privarme en Cristabela del único bien que me adhiere á la vida, le ruego que eche una mirada de compasion sobre su estado. Insensiblemente empieza á recobrar el uso de sus sentidos, y la impresion que haga en ella semejante é inesperada nueva puede serla funesta. Cicely, Ana, llevadla de aqui.

A este tiempo ya habia vuelto en su acuerdo Cristabela, y sus primeras miradas se dirigieron al baron. La dicha nos espera, la dijo éste, es preciso que Pointz viva para tí sola ó que muera.

Ya Cicely y su hija se disponian á cumplir con las órdenes de Pointz, y aun él mismo quiso ayudarlas; pero Cristabela empleó las cortas fuerzas que aun tenia para oponerse á sus deseos.

Dejadme, les dijo: dejadme, me acuer-

do bien de todo lo que he oido. Querido Jacobo, esplicaos. ¿Qué teneis que decirme de mi padre? Por poca esperanza que aun quede de que vive, este vá á ser desde ahora el solo pensamiento que me ocupe, y quiero manifestarle todo el cariño que le hubiera prodigado en el curso de mi vida sin la cruel separacion que me lo ha impedido.

Laroche se acercó á ella y la dijo con dignidad: Hija mia, jamas he dejado de alabar al baron el alma verdaderamente heróica que anima tu delicado cuerpo. Bastante lo has demostrado en los peligros que has corrido en la Palestina. Renueva en este instante ese valor que te es mas necesario que nunca; modera por medio de la oracion y tu gratitud al Ser Supremo, los efectos que deben causar en tí la emocion y la sorpresa. Cristabela, para Dios no hay nada imposible, tu padre.... vive aun....

— ¡Vive aun! mi noble, mi generoso padre vive! Ah Laroche! no creo pretendais engañarme tan cruelmente.... Pero, añadió despues de un rato de silencio con voz desmayada: ¿en qué parage? Quizá está cautivo entre los infieles? ¡Horrible

suerte!.... Buen Jacobo, ¿volveis el rostro? dijo á éste asiéndole del brazo; ¡ah! ya lo veo, lo he adivinado demasiado bien!.... Pero supuesto que el amor ha podido hacerme superior á mi sexo, ¿cómo me negará su auxilio la ternura filial? No: los mares, los precipicios, los peligros de toda clase, nada, nada será bastante á detener mis pasos, y ningun obstáculo me impedirá manifestar á mi padre el afecto que le debo.

Los sollozos de Jacobo no le dejaban responder. Laroche lo hizo por él diciendo: gracias al cielo, no tendrás necesidad de hacer ninguno de esos esfuerzos. Reune todavia todas tus fuerzas, ármate de nuevo valor, mira bien á Jacobo, consulta con tu corazon, y la naturaleza te dirá lo demas.

Mowbray, á quien daremos en adelante este nombre, abrió entonces los brazos á su hija que se precipitó en ellos, teniéndola largo rato estrechada contra su corazon. "Dichoso una y mil veces, prosiguió Laroche, el momento en que puedo entregar á mi Cristabela, el precioso depósito que me fue confiado, en el seno de su padre y mi antiguo amigo Roberto de Mowbray.

y yo, fue involuntario por mi parte; pero debia no rehusarle por mi honor y el de mi respetable amigo y bienhechor el difunto Falcomberg. Mi conducta en aquella ocasion fue dictada por el mismo motivo que te decidió algun tiempo despues á honrar secretamente la memoria de Mowbray en Palestina.

— El alma de Gilberto de Pointz, dijo Laroche, descansa en paz segun todas las apariencias en la morada de los bienaventurados. Allí sus sentimientos han adquirido una pureza que ha mudado sus disposiciones, y si en este momento considera lo que pasa en el castillo de Latimer, no hay duda que se regocija al ver una union que destruye para siempre el recuerdo de un antiguo ódio entre las dos familias. Las órdenes que dió á su hijo en sueños, no tenian seguramente otro objeto que el de la libertad de Mowbray, y la mano de Cristabela debia ser el premio de la sumision y esfuerzos de Felipe.

— Luego que estemos mas tranquilos, dijo Mowbray, hablaremos de estos sucesos; terminemos por ahora una conversacion que tal vez seria peligroso prolongar. Mi hija necesita de reposo, y es preciso que se retire á su aposento.

Antes que todos se separasen, Leval vino á ofrecer sus respetos á Mowbray, que estrechando afectuosamente su mano le dijo: virtuoso y buen Leval, vuestro padre fue mi mejor amigo, espero que este afecto será hereditario.

— Si asi no fuese, Milord, respondió Leval, no correria por mis venas su sangre. Mi respetable padre os amaba como á un hijo; tenia mas de noventa años cuando el cielo nos lo llevó, y Lady Cristabela puede deciros si cesó un solo dia de pensar en vos y llorar vuestra muerte.

— Nada hay mas cierto, repuso Cristabela, la edad habia disminuido sus fuerzas, pero no sus facultades intelectuales: él me recordó una gran parte de los hechos consignados en mis memorias, complaciéndose en hablar de mi padre y contar las hazañas de su juventud. ¡Cuál seria ahora su gozo si el cielo le hubiese permitido presenciar un suceso tan feliz!

Estas noticias acabaron de completar la dicha de Mowbray y de tranquilizar su espíritu. Acompañó á Cristabela hasta su aposento, y disfrutó al fin de la dulzura de un sueño pacífico, cuyo goce le era desconocido hacia muchos años.

CAPÍTULO XXI.

Al separarse Mowbray de su hija la ofreció dar principio á la relacion de sus aventuras al dia siguiente, en el que se celebró un acto tan piadoso como necesario. Todos los habitantes del castillo, fueron á pie á la iglesia del convento de Santa María, donde Mowbray reconoció á Cristabela por su hija en presencia de la mayor parte de los vasallos del baron. En seguida volvieron á Latimer, pero Achmet prefirió quedarse en compañía de Laroche por no hallarse con valor para oir el horrible proceder de su padre con Mowbray. Al fin de la comida, la impaciente Cristabela recordó á éste su promesa.

No la he olvidado hija mia, contestó pero es preciso que tú tambien tengas ánimo, pues te prevengo que en cuanto advierta no puedes reprimir tu sensibilidad cesaré de hablar. Procuraré olvidar lo pasado, añadió dando un profundo suspiro. Imita tú mi ejemplo.

Historia de Roberto de Mowbray.

Un triste y horroroso presentimiento oprimia mi alma en el instante en que despidiéndome de la amable Coraly, de su respetable madre y de la baronesa de Pointz, dejé la Inglaterra para seguir á Ricardo Corazon de Leon á Palestina. Mi esposa y su madre eran extrangeras á nuestros usos y costumbres, pero la baronesa me habia prometido (y yo sabia cuan sagrada era su palabra), servirlas de guia y de apoyo en mi ausencia. Tranquilo en parte sobre este particular, no por eso dejaba de estar entregado al dolor y á la melancolía que á todas partes me seguia. Obligado por los vientos contrarios á permanecer en Sicilia algunos meses, empleé este tiempo en escribir á Latimer, al fin fue preciso hacernos á la vela para la Palestina.

Por desgracia se originaron ciertas disensiones entre los Reyes de Francia y de Inglaterra durante la travesía, que terminaron en retirarse el primero antes de empeñar ninguna accion importante, reembarcándose con todas sus fuerzas á excep-

cion de diez mil hombres que dejó al mando del duque de Borgoña. Como me lisonjeo teneis mas deseo de saber los acontecimientos que me conciernen personalmente que los detalles relativos al ejército, los abreviaré todo lo mas posible. Mandaba yo en gefe á las órdenes de Ricardo cuando nos acampamos delante de Acre, y llegamos á las manos con las tropas de Saladino.

Al principio del combate el enemigo hizo un movimiento, que puso las alas de nuestro ejército en la posicion mas peligrosa; pero por fortuna el centro se mantuvo firme, y las preservó de una completa derrota restableciendo el órden de la batalla.

El visir Achmet estaba á la cabeza de los sarracenos. Ya le habia yo visto precipitarse por tres veces entre los mas espesos batallones, y lanzar por todas partes fulminantes miradas como si buscase á alguno determinadamente. Al fin nos encontramos. Me conocia por haberme visto en mi primer viaje á Palestina, y asi apenas me distinguió, paró su caballo y levantando la cimitarra, la descargó con furor sobre mi cabeza mas conteniendo diestra

mente el golpe con mi escudo logré al mismo tiempo desarmarle. En medio de todos mis padecimientos, he dado mas de una vez gracias al cielo por haberme concedido la serenidad necesaria para no privarle de la vida, pues desarmado como estaba no me hubiera costado ningun trabajo sacrificarle; pero recordé que era esposo y padre de los dos seres que mas tiernamente amaba en el mundo, y tanto á esta consideracion, como al encargo de María Lapole, debió su salvacion. Me alejé de él precipitadamente para buscar nuevos contrarios con quienes combatir sin comprometer mi honor, ni mi humanidad.

Hasta entonces no nos habiamos apartado Laroche y yo, pero bien pronto el ardor del combate nos llevó á distintos puntos, y apenas acabamos de separarnos, recibí órden de Ricardo para adelantarme á la cabeza de un corto destacamento hasta una eminencia desde donde debia reconocer la retaguardia enemiga. Obedecí prontamente, y ya me disponia á volver á mi puesto, cuando me ví repentinamente atacado por un numeroso cuerpo de sarracenos mandado por Achmet, á quien sin duda no se habia ocultado mi movi-

miento; y sin contenerle la moderada conducta que acababa de tener con él, se lanzó contra mí con el furor de un tigre. Mi escudo se rompió con la violencia del golpe que me dió y me ví precisado á usar de toda mi destreza para defenderme con la espada antes de llegar al último extremo. Tuve la fortuna de desarmarle por segunda vez; pero al mismo tiempo dos sarracenos me hirieron tan gravemente por la espalda, que caí del caballo. Un refuerzo enviado por Saladino á este tiempo, envolvió la poca gente que me acompañaba, y perdí desde luego toda esperanza de salvarme de las manos de los infieles.

Aunque privado de movimiento, no por eso perdí los sentidos: oí perfectamente el feroz grito de alegría que dió el bárbaro Achmet cuando me vió caer. Mandó á sus soldados me sacasen de aquel parage, y me cubrieran con las mantillas de los caballos, sin duda para ocultarme á la vista de todos. Fui conducido con estas precauciones al campamento de Saladino, donde contra toda esperanza, y mas aun contra mi voluntad, se registraron y curaron mis heridas con el mayor esmero. Despues de la capitulacion y rendicion de Acre, que

siguió á la batalla dada bajo los muros de aquella ciudad, ambos ejércitos se ocuparon mutuamente en recoger sus heridos, y enterrar los muertos.

Los merodeadores de ambos ejércitos, segun supe despues, despojaron igualmente á los oficiales cristianos y sarracenos que habian quedado en el campo de batalla, y asi no debió extrañarse que en aquella mezcla confusa de cuerpos mutilados y sangrientos no me hubiesen reconocido aunque realmente hubiera estado entre ellos.

Al cabo de algunos dias, gracias á mi robustez, recobré la salud á pesar de mis padecimientos. Yo observaba todo con la mayor atencion. Los que me custodiaban no proferian delante de mí una sola palabra por donde pudiese colegir la suerte que me estaba reservada, y esto mismo me hizo concebir la seductora esperanza de que el único objeto de mi cautiverio, era obtener un rescate exorbitante, no dudando que Ricardo le pagaria sin dificultad. Ah! mi ilustre amo creyó que habia quedado entre los muertos, y despues he sabido por Laroche todas las pesquisas mandadas hacer por Ricardo, y las recompensas prometidas al que me hallase que quedaron sin

efecto. La última vez que me vieron estaba rodeado de enemigos, y esta circunstancia debió precisamente persuadirles, que mi cuerpo destrozado era uno de los que habian enterrado confusa y precipitadamente en un foso abierto en medio del desierto.

Por el tratado concluido entre Ricardo y Saladino, los cristianos se volvieron á Europa, entre los que vino Laroche. El pesar y los padecimientos ocasionados por sus heridas, le atormentaban aun cuando volvió á Latimer. Formó el proyecto de consagrarse á Dios, y su afecto á María Lapole, á la baronesa, y Coraly, le decidió á elegir el convento en que aun permanece.

Quedé pues solo, y en poder de mis enemigos. Mi salud se restablecia diariamente: asi que conocieron me hallaba en estado de caminar, me colocaron sobre un camello, y despues de atravesar una parte del desierto llegamos á Joppé. No quise hacer ninguna pregunta por conocer que hubiera sido enteramente inútil, aunque no dudé al acercarme al harem, que iban á conducirme á mi antiguo calabozo.

La numerosa guardia que ví á nuestra llegada, y el lujo que reinaba por todas

partes; no me dejaron la menor duda de que Achmet se hallaba allí. Fui conducido á una sala baja custodiado por cuatro eunucos que no me perdieron de vista, no obstante la imposibilidad en que estaba de huir por las cadenas de hierro que sujetaban mis brazos y piernas. Á pocos instantes vinieron en busca mia, y despues de atravesar infinitos salones en los que brillaba el oro y las telas mas exquisitas, llegué á la presencia del Visir. La ferocidad que advertí en su semblante me pareció aun mucho mayor que la del dia de la batalla. Me miró con altivez y desprecio, y sacó por dos veces su puñal, manifestándose indeciso sobre si me daria la muerte al momento, ó diferiria su venganza.

La esperanza me habia sostenido siempre hasta mi salida para Joppé, pero al llegar á esta ciudad, ví que estaba destinado á la suerte mas horrible, y me dispuse á sufrir con valor todo cuanto pudiera sucederme. Achmet tenia junto á sí un intérprete tan diestro en el idioma inglés, como en el árabe. Las pocas palabras que yo sabia de este último, eran insuficientes para sostener una conversacion algo larga sobre cualquier asunto.

—"En fin ya estás en Joppé, infame cristiano, dijo Achmet, por medio del intérprete; tú te has burlado con insolencia de Achmet, y él mismo es quien vá á examinar ahora el premio que mereces; veamos pues, ¿qué es lo que esperas de él?

— La muerte, respondí con frialdad.

Una horrible sonrisa se dejó ver en su sombrío rostro al oir esta respuesta. ¡La muerte! No, tú no me encontrarás tan complaciente como has creido; no morirás, replicó. Mas antes que sepas la suerte que te preparo, dime lo que has hecho de dos mugeres que robaste de mi harem y que te han acompañado en tu fuga.

— Yo no he robado ninguna muger de tu harem.

— ¡Impostor! ¿No eras tú mi esclavo? ¿no has favorecido la evasion de María Lapole y de su hija?

— Sí, he sido tu prisionero; pero ni los lazos del honor ni los del agradecimiento me imponian el deber de permanecer en tu poder. Para adquirir sobre mí derechos incontestables, debieras haberme devuelto mi libertad, sujetarme con las cadenas de la generosidad y no con las de la

esclavitud: Las primeras ligan eternamente el corazon de un cristiano, las otras únicamente sujetan su persona.

—Es tambien el honor quien te obligó á huir con María y Coraly?

—¡Quién lo duda! el cautiverio de la una debia ser eterno: en cuanto á la otra, educada en nuestra santa religion y bautizada con las lágrimas de su madre ¿cómo habia de titubear en seguir á aquella de quien era el único consuelo y esperanza, y cuyas órdenes consideraba tan sagradas como las del cielo mismo? ¿No estaba en el caso de preferirla á un padre cuya severa frente no podia mirar sin temor, y que queria sacrificarla á un tirano por quien iba á ser condenada á vivir como una víctima y morir como mártir?

—¡Insolente! exclamó echando mano á su puñal; ¿despues del crímen que has cometido, aun tienes la audacia de provocar mi cólera?.... ¿Pero donde están esas pérfidas cristianas? Habla ó iré á buscar la verdad en tu infame corazon.

—"Esa amenaza me cierra la boca, repliqué. Mi infortunio llegó al colmo desde el momento en que caí tu prisionero. Llama á tus verdugos ó sé tu mismo mi aso-

sino. A todo estoy dispuesto. Mis tormentos concluirán con mi vida."

Achmet se quedó pensativo por algunos instantes, y tomando despues un tono mas dulce, dijo.

— Si quieres ser tratado con menos dureza explícate, y responde á mis preguntas.

— Un caballero cristiano, repliqué, interrogado por un sarraceno, no debia humillarse á satisfacerte, pero Achmet, el padre de Coraly, tiene un derecho á la obediencia de Mowbray. Vuestra hija, visir, es mi esposa, mi única esposa, porque los cristianos no profanan su tálamo, prodigando su cariño como vosotros á viles esclavas.

— ¡Temerario! y no tiemblas al confesarme esa criminal alianza!

— Al contrario, me hónro de ella á la faz del universo. Coraly es mi esposa, y quizá en el momento en que te hablo es madre, y esta persuasion me asegura de que no perecerá mi nombre si debo perder la vida en este odioso pais. Si, Achmet, tus descendientes han atraido las bondades del cielo; tendrán la dicha de ser cristianos, realizándose en ellos la promesa que en otro tiempo hiciste á María Lapole.

Achmet se levantó furioso de su asiento, y recorriendo precipitadamente el salon dijo: tu relacion, insolente cristiano, ha apurado mi sufrimiento. ¡Cómo! ¿Se ha atrevido María á disponer de mi hija? ¿Dónde está esa astuta muger que por tantos años supo fingirse moribunda engañándome con tanta destreza, y pagando mi generosidad con una perfidia?

— Si las consecuencias del crímen de que estuvo á pique de perecer en Palestina, no han abreviado sus dias, vive en Inglaterra. Allí, bajo la proteccion de las leyes, puede hacer cuanto la dicten su prudencia y su voluntad. A estos pormenores añadiré la obligacion que has contraido con ella. A su cariño, y no á otra consideracion debes haber salido con vida de la batalla donde me has hecho prisionero, porque á no ser asi, ¿quién hubiera detenido mi brazo cuando te dejé desarmado y sin defensa? No atribuyas á tu habilidad ni á mi moderacion la conducta que por dos veces he tenido contigo, sino á las últimas palabras de María que han estado siempre gravadas en mi memoria. "Hijo mio, me dijo al tiempo de separarnos, si durante el combate encuentras á Achmet,

haz que aprenda por medio de tu ejemplo á conocer la generosidad de los cristianos. Acuérdate que es el padre de tu Coraly, y que ha sido el esposo de María Lapole."

El empedernido corazon de Achmet, no pudo menos de enternecerse al oir estas palabras; pero procurando disimular sus remordimientos y afectos interiores, dió órden para que me alejasen de su presencia. Obedecieron los guardias, y colocándome en medio de ellos, fui conducido al antiguo calabozo, situado debajo del harem.

Apenas quedé solo me arrojé en tierra, entregándome á las mas tristes reflexiones. Vino la noche sin que el sonido de ninguna voz consoladora esparciese la calma en mi espíritu, y sin que ninguna mano piadosa aliviara los dolores que me ocasionaban las heridas. El sueño entorpeció por un rato mis sentidos; mas no por esto experimenté ningun alivio. Cuando desperté, consideré como una ilusion de la fantasía todos los acontecimientos que me habian ocurrido desde que habité aquel espantoso lugar por la primera vez, y penetrado de semejante idea, miré á todas partes esperando la llegada de María y de Malka: pero ¡ah! ninguna luz benéfica disipó las densas

tinieblas que me rodeaban, hasta el momento en que el sol elevándose sobre el horizonte, envió un débil y pálido rayo de luz sobre una de las paredes de mi calabozo; entonces entraron dos sarracenos con un poco de arroz cocido y una vasija llena de agua, que debia servirme de alimento para todo el dia.

Casi una semana pasé de este modo, hasta que los carceleros fueron en mi busca para conducirme de nuevo á la presencia de Achmet. Esta vez me pareció mucho menos severo, y su fisonomía, que como buen político sabia acomodar á las circunstancias, aparentaba la mayor tranquilidad.

Cristiano, me dijo por medio del intérprete, antes de usar del derecho que me conceden las leyes de la guerra, é imponerte el justo castigo que merece tu perfidia, quiero conferenciar contigo á pesar de lo poco acreedor que eres á este favor. No necesito advertirte que Achmet no se deja engañar dos veces: tu religion y tu persona peligrarian igualmente si intentases sustraer de mi harem á algunas esclavas mias: tu suerte está fijada irrevocablemente en Palestina, y en vano me ofreceria

donde habitan, para que vaya en su busca. — Quise interrumpirle, pero no me dió tiempo. — Juro por Alá, continuó, y por el sepulcro de su Profeta, que si condesciendes con mis ruegos, y recobro por este medio á María y Coraly, te volveré la libertad elevándote á los mas encumbrados honores: mas si eres tan poco cuerdo que no adoptas en un todo mi proposicion, entrégame al menos á mi hija, y te envio sin ningun rescate á Europa.

Mientras que el intérprete traducia el discurso de Achmet, le estuve mirando con la mayor atencion; la pureza de su pronunciacion en la lengua inglesa, su fisonomía diferente de la de los sarracenos, y el trage musulman que vestía, todo me hizo creer era un renegado que á costa de su alma habia comprado la libertad; sacando por consecuencia que Achmet le destinaba para que llevase mis cartas á Inglaterra.

—Visir, contesté, es inútil me concedais tiempo alguno para reflexionar sobre la proposicion que acabais de hacerme. Conozco la suerte que me espera, y solo pido al cielo la fuerza necesaria para sobrellevarla como cristiano. Deseo la muerte, pero

si el cautiverio debe ser mi destino, estoy resignado á sufrirlo. Nada será bastante en este mundo á hacerme mudar de religion; y en cuanto al proyecto de traer aqui á María y Coraly, es preciso que me conozcais muy mal para suponerme capaz de tan baja condescendencia. Respeto mucho á María: la miro como un ser infinitamente superior á nuestra frágil humanidad; Coraly es mi esposa; he jurado al pié de los altares protegerla: es madre de mi hijo, ambas están bien seguras, y asi no temo cuanto pueda sobrevenirme; y si es cierto que entre mis compatriotas hay uno tan vil que ha tenido valor para abjurar la fé de sus padres, y prestarse á serviros de emisario en esta ocasion, desde ahora le desprecio con toda mi alma, siendo esta la única recompensa que debe esperar de todos los hombres de bien.

Achmet, fuera de sí de furor, exclamó al oirme. "Insensato, pronto cambiarás de modo de pensar, pero entonces será en vano, porque permaneceré sordo á los clamores que me dirijas desde el fondo de tu calabozo para obtener el permiso de ejecutar lo que ahora me rehusas. Llevadle, añadió, pues no sé si podré reportarme, y no

quiero por un exceso de mi indignacion privarme de los medios de hacer que pese sobre él mi larga y justa venganza.

Inmediatamente me condujeron al calabozo, donde se me suministró por espacio de otra semana el mismo alimento, al cabo de la cual me sacaron una mañana, y subiéndome sobre un camello marché á Jerusalen con una buena escolta.

No es fácil expresar cuanto sufrí en la travesía del desierto. Mis miembros estaban tan fuertemente ligados, que no podia mudar de postura, agregándose á esta incomodidad una sed ardiente que me devoraba, y el calor del sol que caia á plomo sobre mi cabeza. Sin embargo, porque mis conductores no se complaciesen con mis padecimientos, me abstuve de proferir la mas leve queja, y llegamos á nuestro destino sin que ocurriese ningun suceso notable en el camino.

El palacio que poseia Achmet en las cercanías de Jerusalen, era tan vasto como magnífico segun juzgué por las pocas observaciones que en mi situacion pude hacer. Bajo sus cimientos existia un calabozo embovedado de una extension igual á la del edificio. El pavimento, lo mismo que el

de Joppé, estaba formado de agudas piedras; la luz penetraba por una reja de hierro cuyas barras eran de tal espesor, que no dejaban pasar sino una claridad súmamente débil con muy poca ventilacion, y de consiguiente fuera de este sitio, reinaba en todo lo demas la oscuridad mas profunda: tenia el mismo carcelero que en Joppé, el cual me entraba el alimento por sí mismo guardando como siempre un profundo silencio, lo que sin duda le estaba prevenido por Achmet.

Despues de una residencia de algunos dias en aquel lóbrego subterráneo, descubrí en un rincon una porcion de piedrecillas acinadas de las que resolví valerme para señalar el número de semanas que durase mi cautiverio, pero no siendo bastante considerables para ello, sostituí al cálculo de las semanas el de los meses, y cuando llegaba al duodécimo, cuidaba de reemplazar las piedras pequeñas con una mayor."

Habiendo notado Mowbray la viva sensacion que su historia causaba á Cristabela, suspendió su relacion para proseguirla al dia siguiente.

que me traia el ordinario alimento, se presentaron en la prision dos hombres, trayendo el uno una acha encendida y el otro el palo con que se castiga á los criminales, pero cuyo uso desconocia yo entonces. Colocaron el acha en el hueco de una piedra, y acercándose á mí me asieron con tal violencia, que desde luego creí que su intencion era asesinarme. Todos los dias pedia á la muerte terminase mis padecimientos; pero este amor maquinal de la vida que la naturaleza ha gravado en todos los hombres, me hizo pensar en mi defensa.

Dos cadenas sujetaban mis piernas y brazos, pero la primera era bastante larga y me permitia andar: la segunda aunque fuertemente asida á mis muñecas no me impedia la facultad de valerme de mis brazos. Cuando me vieron dispuesto á resistirles, conferenciaron entre sí y me pareció segun pude comprenderles, que iban á ejecutar las órdenes de Achmet.

Uno de ellos tuvo la osadía de descargar sobre mí la mano. Semejante atentado y la fuerza del dolor excitaron mi cólera á tal punto, que sin reflexionar en las consecuencias, me arrojé á él y le despedí con

tanta fuerza contra la pared, que cayó en el suelo privado de conocimiento. Su compañero, mas animoso que prudente trató de socorrerle, pero entonces fuera de mí levanté los dos brazos á un tiempo, y sirviéndome de las cadenas como de una arma ofensiva, descargué sobre su cabeza tan violento golpe que cayó muerto á mis pies. Dios me perdone este homicidio que fue involuntario; sin embargo oprime demasiado mi alma. Aquel desgraciado solo era el ciego instrumento de un tirano y no podia desobedecer sus terribles mandatos.

El primero á quien puse fuera de estado de combatir recobró presto el sentido, y salió precipitadamente del calabozo donde volvió á poco tiempo acompañado de dos soldados que llenándome de imprecaciones sacaron el cadáver de su compañero. Bien fuese que no se hubiera aun agotado todo sentimiento de humanidad en el corazon de Achmet ó que temiese los efectos de mi desesperacion para con sus emisarios ó para conmigo mismo, no volví á sufrir otro insulto de esta especie, y solo me suministraron desde aquel dia un pan negro y grosero, en vez del arroz que me habia servido hasta entonces de alimento.

Asi vivi mas de dos años sin que en nada variase la horrorosa monotonía de mi existencia, pues no puedo considerar como intervalos de ella las salidas que me obligaban á hacer de cuando en cuando para comparecer delante de Achmét, que renovó muchas veces y siempre sin fruto sus tentativas para que cediese á sus deseos.

Al cabo de este tiempo oí una mañana un ruido extraordinario en la puerta del calabozo. Descorrieron los cerrojos estrepitosamente y los carceleros introdujeron un hombre en la prision. El desgraciado se abandonó á los mas violentos accesos del dolor, y continuó lamentándose hasta que el llanto mitigó su amargura. Entonces me dirigió la palabra con gran sorpresa mia en mi propia lengua. "¡Ay! dijo, valiente Mowbray, vengo á morir contigo. Es verdad que soy un apóstata, pero no tan vil como has creido; pues solo el temor de la esclavitud y la promesa de la libertad me hicieron cometer la flaqueza de condescender con cuanto Achmet exigia de mí, renunciando aparentemente la religion de mis padres, y jamas concebí el horroroso pensamiento de traer á tu esposa á este pais. Unicamente esperaba un momento

favorable para aprovecharme de él y salvarme á mí mismo."

Por esta esplicacion conocí que mi compañero de infortunio era el intérprete á quien habia mirado como el agente de Achmet: sin embargo, un hombre capaz de renegar de su Dios no podia inspirarme confianza. Sospeché que se le encerraba conmigo con el objeto de sondear mis pensamientos y obligarme á declararle cosas que hubieran acaso empeorado mi posicion, y por lo mismo le traté con la mayor reserva durante muchos dias; pero al ver que su alimento no se diferenciaba del mio, que el duro suelo le servia como á mí de lecho, y que sus gemidos no cesaban de dia ni de noche, empezé á desterrar mis sospechas y á tratarle con alguna mas confianza. Supe que la causa de su desgracia provenia de haber intentado agregarse á la escolta de algunos mercaderes cristianos para huir de Jerusalen, y que habiéndose descubierto su proyecto le condenaron á prision perpetua por el crímen cometido contra la religion de Mahoma.

La sociedad de aquel desventurado suavizó por algun tiempo mis padecimientos, y al fin me convencí de su arrepenti-

miento en haber cedido á las instancias de los sarracenos y abrazado su creencia.

Desde entonces fuimos amigos. Registramos el subterraneo examinando cuidadosamente todas sus paredes para ver si nos ofrecia algun medio de escaparnos, pero estas indagaciones solo sirvieron para convencernos de cuan inútiles eran nuestras esperanzas y que no debiamos aguardar otro remedio que el del cielo á quien nos encomendamos de todo corazon. En esta ocasion fue cuando todo el horror de nuestra situacion, y los recuerdos de la amada pátria acudieron con mayor fuerza que nunca á afligirnos.

Pero aun me tenia el cielo reservadas pruebas mas duras. Al cabo de algun tiempo Ralph, que asi se llamaba el intérprete, cayó enfermo. Era de mas edad que yo y de una complexion menos fuerte que la mia. Vió acercarse su última hora con valor y resignacion. En pocos dias llegó su debilidad á tales terminos, que perdió el movimiento de todos sus miembros hinchándosele las piernas de manera, que con mucho trabajo ayudándole yo podia llegar debajo del agujero por donde entraba el poco aire que respirábamos. En esta posi-

cion tan crítica no obtuvo la mas leve señal de compasion de nuestros guardas.

Quiero echar un velo sobre una escena tan aflictiva para la humanidad. El infeliz exhaló el último suspiro en mis brazos, pidiendo humildemente á la Divina Misericordia le perdonase una falta de la que estaba verdaderamente arrepentido.

Ralph espiró por la madrugada, y como el carcelero no entraba sino de noche en la prision, fue preciso aguardar á su venida y tener á mi vista el espectáculo del cadáver de mi infeliz compañero, á cuya pérdida tributé lágrimas sinceras de dolor. Habia contribuido á disminuir los horrores de mi cautiverio, y su muerte me los representaba mas terribles que nunca.

Seis años consecutivos pasé en aquel verdadero sepulcro, y hacia ya mucho tiempo que parecian haberme olvidado Ya no me llevaban delante de Achmet, de modo que principié á creer que habia renunciado á la esperanza de vencer mi teson; mas un dia entró en el calabozo un hombre á quien no conocí precedido de algunos esclavos con luces. Se acercó á mí, pero la demasiada claridad de las antor-

chas me impidió fijar la vista en él y examinar su persona.

— Acabas de mudar de dueño me dijo; mi padre ha cesado de existir, y lo último que me ha encargado al morir ha sido que jamas te dé libertad. Lo he jurado asi sobre el Coran; pero aun me queda un medio para no faltar á mi juramento y aliviar tu situacion. Abraza nuestra creencia y desde hoy mismo te alojaré en mi palacio.

— Estoy ya habituado á este encierro, contesté: sino puedes restituirme á la claridad y darme libertad por otros medios, renuncio para siempre á ella.

— En ese caso, pues eres tan insensato, muere en él.

Dicho esto Othman me volvió la espalda y salió del calabozo rodeado de sus esclavos.

Desde aquel dia hasta el en que acaeció su muerte no hubo ninguna mudanza en mi situacion, y quedé plenamente convencido que nada tenia que esperar. Mi barba habia crecido extraordinariamente, y á la debil luz que penetraba en el encierro ví que se habia vuelto enteramente blanca. Esta observacion me causó un vivo placer,

pues me persuadia se acercaba el término que debia librarme del poder de mis opresores.

Un dia faltó el carcelero á llevarme la acostumbrada provision: el siguiente sucedió lo mismo, y no obstante mis deseos de concluir una penosa existencia, no pude menos de extremecerme con la idea de perecer de hambre, pues no dudé que esta órden habia sido dada por mi cruel tirano. Era ya cerca del mediodia y aun estaba entregado á tan horrorosas meditaciones, cuando llegó á mis oidos un ruido confuso de ladridos de perros y de caidas de cuerpos pesados, gritos de terror acompañados de gemidos, y por último las pisadas de muchos caballos. Por lo comun reinaba en el recinto de aquel palacio el mas profundo silencio, y esto me hizo creer que pasaba en él alguna cosa extraordinaria. Esperé con tranquilidad el resultado, bien seguro que nada podria acarrearme una suerte mas horrible que la que experimentaba. Al cabo de muchas horas levantaron la reja de hierro que cerraba el respiradero del calabozo, por donde penetró la voz de un hombre que preguntó si habia alguien abajo. Al momento respondí, rogán-

dole me socorriese, pero aun se pasó mas de una hora sin que lo verificasen, pues los agentes del Soldan no pudieron descubrir tan pronto la entrada del calabozo.

Yo ignoraba entonces el motivo de aquel suceso, pero ya os hareis cargo que debí mi salida del calabozo á la sentencia dada contra Othman. Cuando me sacaron á la luz del dia, y vieron el estado de miseria en que me hallaba, quedaron todos sorprendidos y desearon saber mi nombre. Por esta pregunta conocí que nada sabian de los pormenores relativos á mi prision, y respondí que era un cautivo cristiano, cuyo rescate habia descuidado Achmet, pero que esperaba obtener los medios de pagarle si me permitian hacer las diligencias necesarias al efecto.

El gefe de los agentes del gobierno no hizo caso de mis razones, y me confundió con otros esclavos, que ví á corta distancia, entre los cuales no encontré ni un solo cristiano.

Supe de ellos que Othman habia sido condenado á muerte por sus criminales inteligencias con los enemigos del Estado, y que poco tiempo antes habia sufrido su hermano igual suerte de órden suya. Al

fin me confirmé en la certeza de lo que veia por la egecucion del decreto del Soldan, que confiscaba todos los esclavos del visir y mandaba demoler sus palacios y harem.

Ninguna ventaja conseguí con la salida del encierro. Los hombres de cuya suerte participaba, me miraban como un ente infinitamente mas despreciable que ellos por mi calidad de cristiano. Falto de dinero, no podia interesar en mi rescate á ningun mercader de esclavos, mayormente cuando el mas cercano del punto en que nos hallábamos residia en Acre. Al primer rumor de la muerte de Othman, sus esclavos se habian fugado llevándose consigo todos los efectos preciosos que habian podido coger, y solo quedó un corto número de desgraciados como yo que los agentes del gobierno no tuvieron ningun escrúpulo en vender y apropiarse el producto.

El temor de las reclamaciones les impidió retenernos por mucho tiempo, y asi se dieron prisa á vendernos á un mercader de esclavos que me llevó á Rama, donde tuve la fortuna de ver colmados mis deseos. Estaba decretado por la Divina Providencia que deberia mi libertad al hijo de

Gilberto de Pointz, beneficio aun mayor que la vida. — Sí Felipe, continuó Mowbray dirigiéndose al baron: reconozco la mano de Dios en nuestro admirable encuentro. Cristabela completa en el dia su obra, convirtiendo en amor los sentimientos de una antigua enemistad, y reuniendo en un solo punto nuestros diversos intereses.

Dificil me seria explicarte los diversos afectos que me combatieron cuando al llegar al campamento supe por Gregorio que debia mi libertad al hijo de Gilberto de Pointz. Mi corazon sufrió alternativamente todos los movimientos del orgullo, del pesar y de la gratitud. Al pronto resolví renunciar á una obligacion que me era forzoso agradecerte, pero despues reflexioné que nada podia borrar de mi corazon el recuerdo de una accion tan generosa. Me ofreciste en seguida tu amistad y exigiste que te mirase como á un hijo. ¡Ah! querido Felipe, no necesité mas que mirarte para triunfar de la injusta prevencion que tenia contra tí. Quedé admirado al ver la perfecta semejanza de tu rostro con el de tu madre, y no tardé en amarte á mi pesar. Los cuidadosos esmeros de Beltran du-

rante mi enfermedad, y su conducta tan noble como desinteresada, me habian inspirado tal afecto hácia él, que antes de mi salida de Palestina, determiné instituirle mi heredero y manifestarle todo el cariño que hubiera prodigado á los antiguos objetos que para siempre creia perdidos. Esto era lo primero que trataba de poner en práctica luego que llegase á Inglaterra. Juzgad ahora si debió cambiarse mi resolucion luego que ví á Laroche el dia de mi llegada. Este digno amigo se entregó á todas las demostraciones de la mas viva alegría asi que se cercioró de mi existencia: sin embargo, me sorprendí cuando despues de estas vivas emociones se revistió de un aire indeciso y silencioso retirándose precipitadamente de mi vista. Estuve bastante tiempo solo discurriendo aunque en vano, qué razones podria tener Laroche para dar tan pocas muestras de placer por mi venida, hasta que al fin volvió acompañado del superior del convento. "Querido Mowbray, dijo, estaba ligado con un juramento, y acaba de decidirse que puedo quebrantarle en tu favor." En seguida me refirió que mi hija vivia aun, y gradualmente me descubrió su disfraz bajo el nom-

bre de Beltran y su secreta morada en Latimer.

A pesar de las precauciones de Laroche para comunicarme estas noticias, la impresion que me causaron pudo haberme sido funesta. Perdí el sentido, y ya mas recobrado tratamos del medio que debia adoptarse en tales circunstancias, y despues de una larga y madura deliberacion acordamos guardar todavia el secreto con mi hija y con el baron. Varias y poderosas razones hacian este plan indispensable, pues aunque el noble y generoso proceder de Pointz no me causaba ninguna inquietud, me atemorizaban sin embargo las ideas que un exagerado sentimiento de honor podia haber impreso en su alma. Me acordaba no sin sobresalto de la conversacion que tuvimos en Palestina, y de su injusta prevencion contra Mowbray, que desgraciadamente nacia de un principio loable en sí mismo, lo que me afligia extraordinariamente siendo en mi concepto el mayor obstáculo para la reconciliacion que yo tanto anhelaba. ¡Cuánto fue mi pesar cuando Laroche me confió que las consecuencias de esta enemistad no se limitaban á mí solo, sino que influirian para

siempre en la felicidad de mi hija. Desde entonces pensé que no debia esperarse que Pointz participara de un afecto, que segun sus ideas creeria reprobado por el honor y el deber, y miré como imposible la ejecucion de un proyecto deseado y tantas veces manifestado por la Baronesa. Sin embargo no me hallaba con valor para anunciar á Cristabela tan triste verdad, ni podia resolverme á descubrirme á ella para sacarla de una ilusion que tantos encantos esparcia sobre su existencia: no queria que la época de nuestra reunion fuese la de su desgracia. Estas consideraciones me decidieron á seguir guardando el secreto, pues no podia menos de considerar como obra de la Divina Providencia todo lo que habia pasado, y me lisonjeaba de que se terminaria felizmente la aventura. Contaba sobre todo con el efecto de esta simpatía que el cielo habia infundido en vuestras dos almas, que tan visiblemente se habia demostrado ya en Palestina. El exito ha justificado mis esperanzas: Ana ha preparado la dicha de Cristabela: el amor ha superado todos los obstáculos contra los cuales quizá se hubiera estrellado la mas consumada prudencia. Llegó por fin el mo-

mento de mi triunfo: entonces debia reclamar á mi Cristabela, este don precioso y único escapado de mi naufragio. Hoy, hija mia, nada me queda que desear. Mis trabajos han sido grandes, pero el cielo sábiamente lo dispone todo para nuestro mayor bien. Ahora solo le pido aumente con toda la dicha de que me ha privado, la porcion que te esté destinada, como igualmente la del noble y virtuoso jóven que posee tu corazon.

Las últimas palabras de Mowbray borraron la penosa impresion que en todos habia causado la relacion de sus largos padecimientos; y la alegría á que se entregó en el resto del dia, sirvió de preludio á la que dentro de poco debia poner el colmo á sus deseos.

CONCLUSION.

Aunque ocupado el baron con los preparativos de su dicha, no por eso se olvidaba de cumplir con los deberes que le imponia

UNIV

el agradecimiento. Desde el dia siguiente tomó sus medidas para asegurar á Filz Hugo la posesion de un territorio considerable próximo á Auckland, acompañado de magníficos presentes que hizo á su esposa. El buen Leval y la respetable Cicely, no quisieron aceptar otro beneficio que el de pasar el resto de sus dias en el castillo, y poderse entregar sin reserva á los afectos de gratitud de que siempre estaban penetrados sus corazones.

Cristabela, concluidas estas disposiciones, viéndose estrechada por la autoridad de un padre y por la viva impaciencia de su amante, fijó por último la época en que debia celebrarse su matrimonio. El rumor de su muerte estaba enteramente desmentido: y la vuelta de Mówbray anunciada públicamente, por lo cual solo se pensó en celebrar el casamiento con toda la pompa y suntuosidad convenientes al rango de los esposos.

Llegó en fin el dia tan ardientemente deseado por Pointz. Las banderas blancas tremolaban en lo alto de las torres del castillo, y la capilla se adornó con la mayor ostent[illegible]ion. Una doble fila de vasallos del barone[illegible] y [illegible]dos entre los mas ancianos,

guarnecia el camino hasta el convento. Rompieron la marcha los músicos seguidos de jóvenes de ambos sexos que esparcian flores por el suelo, cantando himnos de accion de gracias, y detrás iban seis heraldos con sus banderas, precediendo á veinte caballeros sin otras armas que sus espadas y adornados de ricos y vistosos trages, los cuales acompañaban á otras veinte doncellas vestidas de blanco con guirnaldas en la cabeza. En seguida venian Achmet y Mowbray escoltados por dos caballeros: el uno llevaba el escudo de sus armas reunidas, y el otro la santa Cruz de Jerusalen, ricamente bordada sobre fondo blanco. El baron de Pointz iba inmediato á ellos dando la mano á Cristabela, en cuyo vestido brillaban los diamantes y piedras preciosas. Fitz Hugo, su esposa, Leval, Cicely y mas de cincuenta soldados que habian acompañado al baron á la Palestina, cerraban la comitiva.

Los sacerdotes revestidos con los sagrados ornamentos, esperaban en la puerta del monasterio: Laroche celebró la ceremonia, y delante de el pronunciaron sus juramentos los dos esposos: [illegible] enagenado con su dicha, [illegible] que [illegible] mano á

su tímida esposa y se adelantó hácia el altar seguido de Mowbray, quien en presencia del cielo dió su hija á Felipe de Pointz. Despues de la bendicion volvieron al castillo entre las aclamaciones de sus vasallos, que todos adoraban á Cristabela desde su infancia, y no pusieron límites á su alegría cuando supieron que vivia la que habian llorado por muerta.

Los regocijos dispuestos para el casamiento, duraron por espacio de un mes. El baron recibió las felicitaciones de todos los señores vecinos, y entre los mas ancianos de ellos tuvo Roberto de Mowbray la satisfaccion de hallar gran parte de sus antiguos amigos y compañeros de armas.

Al cabo de este tiempo Leval dió sus cuentas á Mowbray, que quedó maravillado al ver las enormes sumas que le entregó, las cuales provenian no solo de la acumulacion de las rentas durante su minoridad, sino tambien de las mejoras y aumentos hechos por Falcomberg y la Baronesa en la infancia de Cristabela.

Concluidos los festejos, los habitantes de Latimer fueron á visitar los dominios que poseia Mowbray en los condados de Dorset y de York. Este era el mas conside-

rable; y en él empleó lo supérfluo de su renta para embellecerle y mejorarle, y en sus cercanías compró Achmet una bella posesion para no separarse jamas de su amigo.

La dicha de Cristabela se aumentó en el primer año de su matrimonio con el nacimiento de un hijo que casó mas adelante con la hija de Fitz y de Ana, siendo esta union un nuevo lazo que estrechó la amistad que se profesaban hacia largo tiempo sus padres.

En fin, el buen Laroche vivió hasta una edad muy avanzada, como tambien Leval y Cicely que tuvieron la satisfaccion de gozar por muchos años del espectáculo de una felicidad de que ellos habian sido los primeros autores.



INDICE

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO.


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA






251
25


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm